
Rechazada
por el CEO...
con un bebé
en caminho
SIL ZAFIA

Rechazada por el CEO... con un bebé en caminho

SIL ZAFIA

Copyright© 2021 SIL ZAFIA

Traducción 2025

RECHAZADA POR EL CEO... CON UN BEBÉ EN CAMINHO

Portada: Sil Zafia
Maquetación: Sil Zafia

Está prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o formato —electrónico, mecánico o mediante procesos de fotocopia—, incluido el uso de internet, sin autorización expresa del editor (Ley 9.610 de 19/02/1998).

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en ella son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos de esta edición están reservados por la autora.

Texto adaptado a las normas del Nuevo Acuerdo Ortográfico de la Lengua Portuguesa (1990), vigente

desde el 1 de enero de 2009.

Esta obra contiene lenguaje informal.

Índice

Sinopse

Nota de la Autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Agradecimentos

Degustalectura

Tentación de Vecino

ARTHO – CLUB DE CANALLAS

UN REGALLO PARA EL CEO

Contratada Para Casarse Con El CEO

Redes Sociais da autora

Sinopsis

Abigail Oliveira tiene como principal objetivo de vida conquistar su independencia. Hija de padres rigurosos y humildes, se da maña para alcanzar su libertad.

Sebastian Roux, CEO de una importante cadena de hoteles, se dedica exclusivamente a aumentar su fortuna. Congeló su corazón tras ser dejado plantado en el altar y lo último que desea en la vida es involucrarse con otra mujer de nuevo.

Acostumbrado a tener muchas mujeres, a las cuales siempre descarta a la mañana siguiente, cree que la noche de placer con la dulce e inocente Abigail no pasará jamás de eso.

¿Qué ocurrirá cuando ella aparezca en su despacho, meses después, con una noticia que desestabilizará por completo la vida de ambos?

Nota de la Autora

Queridos lectores, esta novela forma parte del universo literario de **"Melodía Salvaje"**, que se publicará el **10 de agosto**. Aquí conoceréis la historia de **Sebastian y Abigail**. Para descubrir más sobre el evento mencionado en esta obra, así como a los demás becarios y celebridades, esperad el lanzamiento de la novela **"Melodía Salvaje"**.



Capítulo 1

Abigail

¿Alguna vez has mirado a alguien y has visto en esa persona a los hijos que tendrías? El futuro de una vida pasando por tu mente en el instante en que tus ojos se cruzan con los de esa persona...

Yo sí, pero no servía de parámetro para ser comparada, al fin y al cabo me enamoraba con tanta facilidad que podía imaginar mi boda con un chico que me miraba por una fracción de segundos en la calle.

El corazón blando y un alma demasiado optimista que podían llevar a cualquiera a la ruina.

Así era yo, una romántica incurable, pensando que un día encontraría a alguien a quien amar el resto de mi vida, un hombre

con quien construir un hogar feliz, diferente de la casa en la que vivía, donde las peleas eran constantes.

Sí, yo era una ilusa. Hasta que conocí a Sebastian Roux.

La historia de cómo me quedé embarazada del CEO más cascarrabias y arrogante que he tenido el desagrado de conocer comenzó en una fila de entrevista de prácticas en el pasillo del hotel más lujoso de la ciudad.

Aguardaba al lado de una chica muy arreglada y su novio guapísimo. Él la miraba y la cuidaba exactamente como yo soñaba en ser cuidada algún día.

Estaba distraída, pensando en cómo la vida era tan generosa con algunas personas, cuando oí pronunciar mi nombre.

— ¿Abigail Oliveira? — llamó una mujer elegante, sujetando la puerta del despacho donde el CEO del Colline Hotel comenzaría las entrevistas.

— Soy yo — respondí, ansiosa. Me presentaba a la plaza de unas prácticas como asistente de músicos mundialmente famosos que pasarían una temporada en Brasil.

Me levanté, arreglando el vestido blanco de verano, rogando que la base de maquillaje aún cubriera mis pecas. No quería ser rechazada por una cuestión de apariencia. Agarré mi bolso color caramelo y me puse de pie.

— Serás la primera — dijo la mujer.

— ¿Yo? — Me tragué en seco. Había una fila de otras chicas arregladas y elegantes. Con mi vestido sencillo y las sandalias planas, sería olvidada en el mismo instante en que saliera de la sala.

— Es por orden alfabético — explicó ella, pero sonó un poco irónica, más aún cuando me miró de pies a cabeza.

Caminé por el pasillo de suelo de mármol y boiserie en las paredes, nerviosa, mordiéndome con fuerza el labio inferior, ya que era feo morderse las uñas en público.

Ella sostuvo la puerta abierta para mí y se aclaró la garganta, mirando directamente a mi vestido. Me subí el escote para cubrir totalmente los pechos, un instante antes de entrar en el despacho, sin saber lo que encontraría allí dentro.

Sentí que la puerta se cerraba tras de mí, con el corazón martilleando en los oídos, respirando por la boca, y me quedé allí plantada, mirando al hombre moreno, alto y sexy, preparando un cóctel en un aparador situado en la esquina este del despacho, un ambiente claro y minimalista.

Me tragué la saliva. Lo último que esperaba encontrar allí era un dios griego como entrevistador. Intenté controlar el corazón blando, mientras observaba su rostro de perfil y recorría con la mirada los dedos de manos grandes y tatuadas, buscando un anillo de matrimonio, pero no había nada.
Contrólate, gritó mi mente.

— Hola — susurré cuando el hombre no me miró.

Entonces, lo vi volver el rostro lentamente, como si hubiera cometido un crimen al saludarlo. Cuando me vio, su semblante cambió de ira a conmoción. Fue como si hubiera pensado que me conocía, encontrándose con alguien a quien no veía desde hacía mucho tiempo.

Yo tenía la certeza de que nunca lo había visto antes, no era una persona que pasara desapercibida. Llevaba traje de grafito,

camisa gris y corbata, además de zapatos que debían valer más que toda la ropa de mi familia junta.

— Soy Abigail Oliveira — dije, mostrándole una sonrisa simpática y caminando hacia él con la mano extendida para saludarlo.

Él seguía mirándome fijamente, como si mi rostro lo hubiera conmovido tanto que su mente se había vaciado. Aquel día, me pareció la cosa más romántica del mundo. Un hombre como aquel, guapo y rico, encantado por mí. Aparté de mi cabeza la idea de que quizá le recordara a una ex de su pasado y lo miré con más intensidad.

— Sebastian Roux — murmuró él, desviando la mirada de mi rostro a mi mano extendida, como si no conociera el saludo. Solo entonces, después de analizarme, me estrechó la mano.

Su piel era suave y cálida.

Yo nunca me había acercado a un hombre tan atractivo y poderoso, dueño de una cadena de hoteles de lujo, y sabía que, si no conseguía aquellas prácticas, probablemente nunca volvería a hacerlo.

Necesitaba dar lo mejor de mí para impresionarlo. Las chicas de fuera llevaban ropa cara, los estudios y la inteligencia. Yo solo tenía el último punto, además de algo en mi apariencia que pareció llamar bastante su atención.

— Me encantó el hotel — comenté, intentando parecer encantadora, arreglándome el pelo detrás de la oreja.

Él observó mi movimiento con atención, respirando por la boca. Luego me señaló una silla frente a su mesa. Me senté, sujetando el bolso en el regazo, y crucé las piernas. El vestido

llegaba hasta mis pantorrillas. Verifiqué que mis pechos grandes estuvieran bien cubiertos y respiré aliviada.

Sebastian se acercó más a mí; era alto y parecía tener músculos rígidos bajo la ropa. El cabello era castaño oscuro y liso, echado hacia atrás de la manera más encantadora posible. El arco de cupido de sus labios me daban ganas de besarlo.

Yo no era interesada, ni tampoco lanzada; para ser sincera, no había estado con nadie desde el feriado de la independencia, pero él era una mezcla de tantos atractivos que perdí la noción.

— ¿Te gustan las pelirrojas? — pregunté, incapaz de controlarme.

El hombre se quedó aún más pasmado.

— No estoy flirteando — tuve la decencia de aclarar —, solo lo comenté porque me estás mirando así.

— No me importa que flirtees conmigo — dijo, y la comisura izquierda de su labio se curvó hacia arriba en una sonrisa tan seductora que me hizo jadear.

— ¿No? — pregunté, sintiendo que la respiración me fallaba.

— No — susurró él, yendo hasta su mesa y acomodándose en la silla de cuero con respaldo alto, como un rey en su trono.

Con las manos tatuadas, Sebastian Roux tomó mi currículum sobre la mesa, reclinándose hacia atrás mientras leía.

— ¿Has trabajado con celebridades, Abigail? — quiso saber, sin apartar los ojos del papel.

— Aún no he tenido la oportunidad — respondí, poniéndome seria y enderezando la postura.

— ¿Y qué te hace pensar que estás cualificada para esto? Veo aquí que solo has hecho cursos rápidos y simples, no tienes experiencia ni...

— Aprendo rápido y soy determinada — lo interrumpí. — Puedo trabajar bajo presión, seré la mejor asistente que haya trabajado para usted.

Sebastian me escuchaba muy serio, pero la sonrisa torcida apareció en cuanto me miró de nuevo, como si no pudiera disimular.

Podía sentir la tensión entre nosotros; él me atraía de una forma que me ponía caliente, me hacía querer saber cómo era su tacto y el sabor de su beso, a pesar de que solo tenía veintiún años y nunca me había relacionado con alguien mucho mayor que yo. Él probablemente rondaba los treinta y tantos.

— ¿Planeas almorzar con alguien hoy? — quiso saber, con voz suave.

— No tengo planes — respondí, rápido.

¿Era tan vergonzoso aceptar la invitación de mi entrevistador? A mí no me importaba.

— ¿Quieres almorzar conmigo, Abigail?

Me encantó la forma sensual en que pronunció mi nombre.

— Sí, quiero — dije, arreglándome de nuevo el pelo detrás de la oreja e intentando respirar tranquilamente, consciente de que ni siquiera sabría usar los cubiertos correctos en un almuerzo con un hombre así.

— Vuelve a las once, cuando las otras ya hayan sido entrevistadas, sé discreta — dio las instrucciones, como si hablara de trabajo pero, en ese momento, ni me importó.

— Vale. ¿Estoy... contratada?

Sebastian intentó ponerse serio, pero terminó esbozando de nuevo aquella sonrisa torcida.

— Me convenciste cuando dijiste que trabajas bajo presión. Un buen currículum no vale nada si no manejas bien el estrés de ese mundo — dijo y humedeció el labio inferior con la lengua. — Puedes irte ahora.

Asentí con la cabeza y me levanté, rodeando la mesa y acercándome para despedirme con un apretón de manos.

Extendí el brazo, pero Sebastian agarró mi muñeca con firmeza, tirando de mí hacia él. No resistí, y caí sentada en su regazo. Mi intimidad palpité cuando una de sus manos agarró los mechones de mi pelo anaranjado. Me acerqué aún más hasta casi rozar su boca con la mía, aspirando el olor a whisky en su aliento.

Sujetando un mechón de mi pelo, pasó la nariz muy cerca de mi cuello, como si me olfateara, en un gesto muy íntimo.

Tuve que apretar los muslos para no temblar en su regazo. Toqué su pecho por encima del traje y me mordí el labio, gimiendo bajito cuando sus labios rozaron mi mandíbula.

— Vete ahora — pidió Sebastian. — Estoy tan hambriento que si te quedas un segundo más, te devoraré, en lugar de entrevistar a las otras chicas.

¿Y si alguna de ellas le interesa más?, pensé en preguntar, pero me contuve; no quería parecer insegura.

Me levanté de su regazo, agarré el bolso y salí caminando. Solo me di cuenta de que había flirteado con el CEO del Colline Hotel cuando llegué a la puerta. Lo miré por encima del hombro y me mordí el labio, sintiendo el corazón desbocado, luego abandoné su despacho.



Capítulo 2

Sebastian

Era una forma que ella tenía de mirarme con la cabeza baja, haciéndose parecer pequeña, con una falsa inocencia que intentaba disimular la sensualidad visible en sus ojos claros.

El hecho de ser pelirroja era solo un detalle. Ella no sería la primera mujer de cabello color fuego con la que me acostaría, mucho menos la última.

Las mujeres eran mucho más fáciles ahora que tenía dinero y un nombre reconocido. Caían en mi regazo sin que necesitara hacer ningún esfuerzo. Aun así, todavía me gustaba la conquista, el suspense de no saber si sería aceptado o recibiría un rechazo. El problema es que ellas siempre abrían las piernas y la conquista perdía sentido.

Me gustaban los desafíos.

Miré a la pelirroja parada en la puerta de mi despacho, con ropa barata y el rostro cubierto por una capa de maquillaje. Económicamente, y en cuanto a lo que vestía, no era mi tipo.

Solía salir con mujeres de clase media o alta y, desde luego, que no trabajaran para mí.

Pero no había tenido sexo en casi tres semanas. Andaba demasiado estresado con los asuntos del evento para ir a un bar a ligar. Nunca repetía el mismo encuentro sexual dos veces y aborrecía la idea de pagar a una prostituta. No tenía una mujer a la que llamar desde que mi compromiso había terminado desastrosamente hacía más de doce años, cuando la mujer que creí que me amaba, me dejó plantado en el altar, frente a todos los invitados.

Me había concentrado en mi trabajo el último mes, olvidando las juergas y las conquistas vulgares. Pretendía expandir los negocios, convertir mis hoteles en la opción número uno para grandes eventos con celebridades; no podía perder el enfoque.

Ahora, las cosas se encaminaban como planeaba, y ligar un poco no iba a entorpecer mis negocios.

Miré a la pelirroja con más atención, pensando en cómo sería estar con alguien como ella. Pasé la vista rápidamente por su mano, solo para asegurarme de que no había anillo. No toleraba la idea de relacionarme con una mujer comprometida, aunque fuera solo por una noche.

Ella me miraba de vuelta, pareciendo curiosa, haciéndome desear saber qué estaba pensando.

Se presentó, y siguió con la misma mirada misteriosa. No era la misma mirada que recibía de las otras chicas, que me observaban como alguien que pagaría una cena. Era diferente.

Al final de la entrevista, ya estaba casi ofreciendo un cheque por sus pensamientos, cuando la invité a almorzar y ella aceptó.

Sabía que debía tener cuidado, que haría prácticas conmigo en las próximas semanas y que sería pésimo tener a una mujer ilusionándose conmigo durante ese tiempo, pero yo sabía cómo comportarme para no ilusionarlas.

No solía sentir ansiedad por quedar con una chica desde hacía mucho tiempo.

Mientras las entrevistadas iban pasando, me pregunté si Abigail me estaría esperando para almorzar o si se había ido, y eso me puso ansioso. Me gustó probar aquella emoción de nuevo.

Cuando la última entrevistada salió, una chica de clase baja que había llegado tarde, llamada Emily Costa, pregunté a Karine, mi secretaria, si Abigail estaba fuera.

— Sí, Sebastian — respondió.

— Entonces prepara la mesa.

— ¿Pretendes almorzar aquí, con esa... chica? — preguntó Karine, como si fuera asunto suyo.

— Mesa para dos — respondí, seco, sin alzar la mirada para enfrentarla. Ella me conocía, sabía exactamente lo que mi indiferencia quería decir. — Mándala entrar.

Karine salió moviendo el trasero enmarcado por la falda ajustada, visiblemente irritada porque había invitado a una simple becaria a almorzar conmigo en el salón privado.

Abigail apareció tras ser llamada, agarrando con fuerza la asa del bolso barato. Pensé en pedirle a mi secretaria que le comprara

un bolso de diseñador, pero pronto desistí de la idea. Sería algo para que se encariñara, y yo nunca repetía el mismo polvo dos veces, ¿por qué regalaría algo a una chica?

— ¿Entrevistó a muchas personas? — quiso saber, en cuanto se acercó, parándose con las manos sobre mi mesa, apoyándose, sin darse cuenta de lo apretados que estaban sus pechos dentro del vestido.

Quizás hasta lo notaba y solo me estuviera provocando, intentando seducirme aún más. Sin embargo, algo en su mirada decía que ella no era como las otras mujeres con las que solía salir, que Abigail no tenía habilidad para seducir, que no estaba acostumbrada a salir con una docena de hombres al mes, que no era del tipo que follaba casualmente. Una mujer más decente, ingenua.

Debería haberme sentido repelido, pero la idea hizo que mi polla se pusiera dura como una piedra. Incluso con una mirada pícara, sentía que ella no era alguien que abría las piernas en la primera cita. Y si realmente era como pensaba, ¿por qué no la echaba?

Miré la piel suave de sus pechos en el escote y tuve que cerrar las manos en puños para controlarme y no invitarla a acercarse más, no tirar de las tiras de aquel vestido barato y hundir mi boca en sus pechos, mientras la tocaba por dentro de las bragas.

— Algunas, pero la mayoría no pasó — respondí, imaginando sentarla frente a mí y almorzar su coño, llenar mi boca de su sabor, su olor, sentir su clítoris hinchado palpitar contra mi lengua, luego chuparla hasta hacerla gritar de tanto deseo.

— Debes ser muy exigente — dijo Abigail con aquella mirada y mordió la comisura del labio.
Clavé la mano en el brazo de la silla, sintiendo el corazón en la

garganta, imaginando agarrar su barbilla y meter mi lengua en su boca. Apreté la polla por encima del pantalón, preguntándome si estaría dejando traslucir mis pensamientos e intenté sonreír.

Por más que ella me dejara hambriento, quería retrasar aquel polvo el máximo tiempo posible, dejándome seducir, lanzando cebos para que se soltara, mostrándome cómo era realmente.

— Lo soy — respondí con voz ronca de tensión. — ¿Qué sueles comer en el almuerzo?

Ella soltó una risita y, pareciendo aún más inocente, se encogió de hombros.

— Suelo comer arroz e feijão todos los días — confesó, arrugando la nariz que revelaba tener una piel con pecas bajo la capa de maquillaje. — No suelo salir a almorzar fuera. Pero te aseguro que como de todo.

Aquello debería haberme alertado; claramente no estaba fingiendo, realmente no estaba acostumbrada a salir. Debería haberle pedido que se fuera y buscado a alguien de mi estilo para ahogar aquel deseo, pero no pude hacerlo.

— Tenemos una cocina variada. Hoy comerás lo que desees — dije, poniéndome de pie y quitándome el traje.

Lo coloqué sobre el respaldo de la silla y observé cómo sus ojos claros brillaban, como si comer fuera uno de sus mayores placeres.

¿Sabría ella que sería mi postre?



Capítulo 3

Abigail

Él parecía aún más atractivo sin el traje. No tenía idea de en qué me estaba metiendo. Seguro que pasaría vergüenza en ese almuerzo, pero irme estaba fuera de cuestión.

¿Cuándo volvería a estar cerca de un CEO de una cadena de hoteles? ¿Algún día sería invitada a almorzar con un hombre tan atractivo como Sebastian? Quizás sí, pero no tan pronto.

Mientras esperaba el fin de las entrevistas en el vestíbulo del hotel, tuve tiempo de investigar sobre Sebastian Roux. Descubrí que había venido de Francia a Brasil con sus padres aún en la infancia y que habían vivido aquí algunos años, hasta que decidieron volver. Sebastian se quedó, se licenció en administración y unos años después abrió el Colline Hotel en Teresópolis, el primero de una cadena internacional. Ahora, con treinta y cinco años, era uno de los hombres más ricos de Brasil.

Pensar que alguien como él me había notado hasta el punto de invitarme a salir era inexplicable.

Aproveché para ver los nombres de los músicos ya confirmados para el evento. Pasé la vista por nombres como Alek, Nils Edberg, Caleb Hayden y Swedish Legends, y tuve que ir al baño a gritar de emoción cuando caí en la cuenta.

Iba a restregárselo en la cara a mi insoportable hermano, que dijo que nunca elegirían a una idiota como yo para trabajar con un artista internacional. Bueno, ocultaría la parte en que me senté en el regazo de Sebastian Roux, claro.

Mi nueva realidad era dulce y emocionante. Llevaba una vida sencilla, en una casa sencilla, compartiendo habitación con dos hermanas menores, recibiendo golpes e insultos de mi hermano desde niña, y no veía la hora de empezar a trabajar en producción de grandes eventos. Ya había trabajado en el área, pero nada importante. Estas prácticas, aunque no remuneradas, eran mi puerta de entrada a mi sueño.

— Hay una zona privada donde estaremos más cómodos. No hay cámaras de seguridad aquí — dijo, apretando un botón en el llavero discreto. La pared blanca tras su mesa se deslizó con un ruido bajo, dejando una abertura de aproximadamente metro y medio de ancho. — Solo mi secretaria conoce la existencia de esta ala.

Mientras me acercaba, él me miraba como un león miraría a su presa, y a mí me encantaba ser deseada así.

Lo seguí por la abertura, sintiéndome caliente y despierta. Había un salón con piscina, cascada, mesas de billar y otros juegos, además de un amplio comedor. Se abrieron persianas, revelando ventanales con vistas a las montañas. Era un lugar agradable, lujoso y oculto.

Me sentí aún más deslumbrada, recorriendo con la mirada cada detalle de la decoración, queriendo grabar en la memoria todo lo que había allí. Sebastian solo quería acostarse conmigo, mejor ser consciente de ello, pero no costaba hacer que todo fuera inolvidable.

Pensé qué tipo de cosas haría él allí...
Él acercó la silla de la mesa puesta para que me sentara, luego me dijo que echara un vistazo al menú.
Pasé la vista por él, ignorando los precios, sintiendo el estómago vacío.

— ¿De verdad quieres que elija? — pregunté, mirándole fijamente a sus ojos marrones.

Él parecía divertirse conmigo. Asintió con la cabeza y se mordió el labio de una manera que casi me hizo pedirle que olvidáramos el almuerzo y se quedara conmigo de una vez, pero logré contenerme.

— Lo que desees — murmuró, con aquella sonrisa de medio lado.

— Vale — respondí, emocionada. Me di cuenta de que él no pagaría por aquella comida, porque el hotel era suyo, así que pedí varios de los platos del menú.

Fue su secretaria quien entró tras su orden, anotó los pedidos y luego nos sirvió una copa de vino blanco.

No me gustó mucho; estaba acostumbrada a bebidas más dulces y baratas, pero logré disimular, dando sorbos pequeños, sintiendo el líquido bajar caliente por mi garganta y calentar mis extremidades.

— Leí que vives aquí desde hace mucho tiempo — comenté. — No tienes acento.

— Llevo viviendo en Brasil veintidós años — explicó. — Mis padres volvieron a Francia cuando yo estaba en la universidad.

— ¿Y por qué no te fuiste con ellos? — no pude evitar preguntar. — Quiero decir, ¿no sería mucho mejor estudiar en Europa?

— ¿No leíste sobre el motivo por el que me quedé? — quiso saber Sebastian, inclinando la cara hacia un lado y entrecerrando los ojos, como si quisiera ver a través de mi piel. Me asusté de que descubriera lo que estaba pensando, cómo deseaba que pusiera su boca en una parte muy específica de mi cuerpo.

— No leí nada sobre eso — respondí. La tirante de mi vestido se había caído, pero no me importó subirla de nuevo; me sentía más sexy así.

— Me alegra, porque pagué a un hacker para borrar todo de internet — admitió, ensanchó la sonrisa y dio otro sorbo de la bebida, mirando la piel expuesta de mi hombro.

— ¿Y qué pasó? — quise saber, curiosa.

— Me quedé porque estaba enamorado. Fui contra la voluntad de mis padres, permanecí en Brasil y le pedí matrimonio.

Miré de nuevo sus dedos, buscando el anillo.

— No, no estoy casado — dijo Sebastian al notar mi mirada. — ¿Te irías si lo estuviera?

— Sí, me iría — respondí con firmeza.

— Pero no lo estoy. Ella me dejó plantado en el altar.

Abrí mucho los ojos, buscando en su cara si era una broma, pero no detecté nada.

— No puedo creerlo — comenté.

Él se encogió de hombros y bebió el resto de la bebida, haciendo una mueca, como si el rechazo aún le doliera.

— Creo que los hackers hicieron un buen trabajo — dijo.

— Lo siento — susurré y extendí la mano para tocar la suya sobre la mesa.

Acaricié el dorso de su mano con el pulgar. Sebastian entrecerró los ojos, observando el movimiento de mi dedo como si no estuviera preparado para recibir la caricia.

Me levanté de la mesa y me acerqué, sin soltar su mano, luego besé la parte superior de su cabeza y acaricié su cabello con la mano libre, oliendo su champú masculino, los mechones suaves deslizándose entre mis dedos.

Él emitió un sonido, pero apoyó la cabeza contra mis pechos.

— Y nunca más quisiste involucrarte con otra mujer. Jamás volviste a enamorarte — susurré.

— ¿Eres así de cariñosa con todos? — preguntó con voz ronca, pasando el brazo alrededor de mi cintura y besando la piel expuesta de mi pecho derecho.

Sentí las llamas lamiendo mi piel, invadiendo el interior de mis muslos.

— ¿Con todos los hombres? — le pregunté.

— Sí — susurró.

— No salgo mucho — admití, arrugando la nariz en una mueca. — Pero sí, soy cariñosa con todos los que me importan.

Sebastian me atrajo por la cintura, haciéndome sentarme en su regazo. Suspiré por cómo me miró, necesitado. Por un instante, comencé a alimentar la idea de hacer que se enamorara de mí, de salir con este hombre, de ser parte de su vida, pero ¿qué tenía para ofrecer además de mi cariño?

No estaba tan ilusa como para creer que haría que un hombre poderoso como él se fijara en mí, tipo, amarme. Pero no costaba soñar con la idea por un momento.

Me removí en su regazo y toqué su cuello con ambas manos, recibiendo su mirada necesitada, acariciando su nuca con las yemas de mis dedos.

— ¿Sueles salir con hombres como yo? — quiso saber. Su rostro estaba serio, pero había algo íntimo entre nosotros.

— ¿Ricos o guapos?

Él rió.

— La primera opción.

— No — respondí. — Es la primera vez que alguien me invita a un almuerzo así.

Inclinándose hacia mí, recorrió el escote de mi vestido con la boca. Sentí su lengua tocar mi piel y temblé. Olí su pelo de nuevo, intensificando la presión de mis dedos en su cuero cabelludo, deseando tener su boca en la mía.

— Esto no va a acabar bien — dijo al encontrar mi cuello.

Apreté los muslos con fuerza.

— No tiene que acabar — murmuré, ardiendo de deseo, sin poder pensar antes de hablar.

— ¿Entiendes que no me involucro con nadie? ¿Percibes lo que estamos haciendo? — quiso saber, inclinando la cabeza para mirarme.

— Es solo una vez — susurré, sorprendida por lo atraída que estaba.

Sebastian asintió, sin apartar sus ojos marrones de mí.

Mis latidos se aceleraron. Maldición, me estaba diciendo claramente que solo quería acostarse conmigo, bien podría levantarme de su regazo e irme.

No te ilusiones conmigo, gritaba prácticamente, pero ¿por qué no podía irme de allí?

¿Por qué tenía que ser tan intensa, involucrarme tan fácil? ¿Acaso algún día aprendería?

— ¿Te has acostado con alguien tan cariñosa como yo? — pregunté, acercándome hasta rozar sus labios con su cuello, oliendo su perfume de hierbas, probando su piel con mi lengua.

— No — respondió en un susurro, un segundo antes de que la secretaria golpeara la puerta y entrara, empujando un carrito con nuestra comida.

Solo cuando empezaron a servir la comida me di cuenta de la cantidad de cubiertos.

Sebastian se rió de mi expresión mientras se servía risotto.

— Usa los que quieras, no te preocupes — dijo, en tono bromista. — No necesitas impresionarme.

— Ni lo intentaría — admití, haciéndole reír de nuevo. — Creo que me invitaste a almorzar solo para reírte de mí.

Él echó la cabeza hacia atrás y rió aún más, haciéndome reír también, mientras cortaba con uno de los múltiples cuchillos un trozo de filete. Sabía que debía aprender a usar todos esos cubiertos antes de que empezaran las prácticas, pero no lo había considerado hasta ese momento.

— ¿Sabes lo que más me gustó de ti? — preguntó, tras recomponerse.

— ¿Qué?

— Que no finges ser algo que no eres.

— No podría fingir ser rica sin serlo.

— Me encantó eso. Adoro tu sinceridad. Eres auténtica — dijo, y llevó a la boca el tenedor con un poco de risotto.

Ignoré su encanto durante los siguientes treinta minutos mientras intentaba meter la mayor cantidad de comida posible en mi estómago sin hincharme. No tenía idea de cuándo volvería a comer así, ni cómo sería en las prácticas, si podría comer bien o si los becarios solo podrían comer un plato combinado con arroz, feijão e ovo frito. ¡Vaya a saber!

Cuando sentí que ya no cabía comida de forma segura en mi barriga, solté los cubiertos y me limpié la boca con la servilleta. No de papel, como en los restaurantes donde solía comer, sino de lino.

— ¿Guardaste espacio para el postre? — quiso saber, todavía divertido. — El pastelero hace unos macarons buenísimos.

Yo solo había probado macarons una vez, cuando un chico con el que salí unos meses me llevó a comer en San Valentín. Me habían encantado, pero eran demasiado caros para repetir.

— Creo que hay espacio para dos o tres — respondí, esbozando una sonrisa que él parecía adorar.

Él envió un mensaje de voz a su secretaria, pidiendo que preparara el postre. Pero antes de que llegaran los macarons, mi móvil Samsung empezó a sonar.

Esbocé una sonrisa incómoda y busqué el aparato en el bolso. Miré la pantalla rota y vi la llamada de mi hermano mayor. Un idiota que se creía el rey del mambo porque trabajaba de repartidor en moto y ayudaba a pagar la cuenta del supermercado.

— ¿Qué quieres, Caio? — exigí saber en cuanto contesté.

— Mamá tuvo que salir a trabajar, Camila se fue al curso y no hay nadie para cuidar a los pequeños. Tienes que venir a casa.

— ¡Pero es sábado! — le recordé. — Mamá tiene libre.

— La patrona llamó y pidió que fuera a limpiar la cocina porque hubo una fiesta en la casa, alguna mierda así. Tienes que venir ya.

No podía creerlo.

— ¿No puedes pasar la tarde con ellos? — pregunté, rogando que por una vez en la vida me ayudara.

— No, imbécil. Si pudiera quedarme, no perdería tiempo llamándote.

— Pero estoy en el Colline Hotel, para esa entrevista.

— Nadie va a contratar a una imbécil como tú — insultó. — Si no estás aquí en media hora, vas a estar jodida conmigo.

Yo sabía de lo que Caio era capaz. Inventaría mentiras para mi padre y él le creería, porque era su niñito preferido hablando.

— ¡Vale! — casi grité.

¡Te odio!, murmuré al colgar.

Sebastian me miraba, curioso.

— Tengo que irme — me quejé, dándome cuenta de que ni siquiera había probado un beso suyo.

— ¿Qué pasó? — quiso saber.

— Tengo que cuidar a mis hermanos pequeños.

— ¿Ahora? — Sebastian parecía decepcionado.

— Sí. Mi hermano mayor es un pesado. Si no voy a casa rápido, hará de mi fin de semana un infierno.

Entonces, él envió un mensaje de voz a la secretaria y pidió que trajera los macarons envueltos para llevar.

— Gracias por el almuerzo — dije tan decepcionada que no pude disimular, poniéndome de pie, con los hombros caídos. *La alegría del pobre dura poco, ¿no?*

— Yo agradezco la compañía — dijo, y se levantó.

— Te hice reír mucho — bromeé, pero sin poder sonreír.

— Me hiciste olvidar el estrés — confesó Sebastian, poniendo la mano en la base de mi espalda, haciéndome desear con todas mis fuerzas que me besara.

— No tenía nada programado para el resto del día, había pensado en pasar la tarde contigo. Podríamos ir a Río, tomar la lancha...

No pude evitar poner morritos. La idea era irresistible, Sebastian era irresistible. Lo imaginé en bañador, tomando el sol en una lancha blanca y lujosa, mientras yo lo admiraba, bebiendo agua de coco bajo una sombrilla, pero si no me iba en ese momento, mi hermano se las arreglaría para que me echaran de casa.

— Una vez más, gracias — murmuré, inclinándome para besarle la cara.

— ¿Qué harás mañana? — quiso saber, sujetando mi codo, manteniéndome apoyada contra su pecho.

Suspiré, extasiada con la idea de que quisiera verme otra vez.

— No lo sé — susurré. — No tengo planes.

— Te recojo por la tarde. Veremos el atardecer en Arpoador y luego cenaremos en un buen restaurante.

Me mordí el labio y asentí con la cabeza, antes de darme cuenta de que no tenía ropa para un restaurante lujoso y que odiaba usar bikini por mis estrías en las caderas.

— ¿Qué pasa? — quiso saber.

— Y-yo... no sé si es buena idea.

Claro que quería ir. Ver el atardecer con ese hombre en Río, en una lancha, era más de lo que esperaba, pero...

— ¿Por qué no lo sería?

Parpadeé. Pensé que me llevaría a una de las habitaciones del hotel, donde le pediría apagar la luz antes de que me quitara la ropa y viera mis imperfecciones, pero en una lancha en la playa, no podría esconderme.

— No se me ocurre una respuesta — susurré, sintiéndome cohibida cerca de él por primera vez.

— ¿Es por lo que dije de no involucrarme? — preguntó Sebastian, tocando mi barbilla, obligándome a levantar la cara para mirarle.

— Y-yo... — volví a tartamudear.

— Vamos a ver qué pasa, ¿te parece?

Parpadeé.

— ¿Por qué quieres tanto salir conmigo? — pregunté al fin, con la guardia baja, sin ningún encanto, expuesta y vulnerable ante un dios griego.

— Me gustas — admitió, acariciando mi barbilla con la yema de los dedos.
Me agarré a la mesa tras de mí, mareada por la atracción que ejercía sobre mí, temiendo enamorarme de verdad.

— Puedes estar con la chica que quieras — susurré. — Cualquiera.

— Te dije que nunca he estado con nadie tan cariñosa — dijo, y acarició mi labio inferior con su pulgar.

Sabía que debía huir, que me metía en algo peligroso, que no pertenecía a su mundo, y por mucho que hubiera pensado que sería divertido acostarme con alguien como él, al final quedaría claro lo diferente que era de lo que solía saborear. Sebastian salía con mujeres ricas, guapas y llenas de plástica, silicona, rellenos, sin defectos. Yo no era parte de ese mundo.

Aunque me hubiera presentado para trabajar con un artista internacional, solo sería la becaria; salir con el CEO que me contrató era completamente distinto.

A sabiendas de todo eso, agarré su muñeca y me puse de puntillas al notar que iba a besarme.

Sebastian solo rozó mis labios con los suyos, pero fue suficiente para embrollar mi mente.

— No tienes que hacerme promesas — susurré contra su cuello. — Sé que no buscas una novia, solo compañía para el fin de semana.

Al menos era sincero.

— Enviaré un conductor para llevarte a casa y recogerte mañana a las quince horas.

Asentí, sin saber cómo escapar, loca por quedarme allí.



Capitulo 4

Abigail

Saqué del bolso el envoltorio de acrílico con los macarons y lo puse encima del armario, para que Camila no lo viera y lo devorara al llegar del curso. Tampoco quería que Jeniffer, mi hermanita de ocho años, lo viera y pidiera uno. Sabía que era egoísta, pero había sido un regalo de Sebastian, algo íntimo que no quería compartir.

Caio había salido a trabajar y dejado a Jeniffer y Brian, de tres años, conmigo. Los llevé a todos al salón a ver dibujos y me encerré en la habitación que compartía con Jeniffer y Camila.

Me quité el vestido blanco y miré mi cuerpo, haciendo una mueca ante las estrías anchas en mis caderas y los hoyuelos en mi culo. Me encantaba mi cuerpo cuando estaba vestida, pero desnuda era muy diferente.

Abrí el armario y busqué un bikini y un pareo. No había nada glamuroso, así que elegí uno negro básico.

Cuando Camila llegó del trabajo, dos años menor que yo, le pedí que me prestara un pareo y le confesé que saldría con el dueño del Colline Hotel.

— Tonta, claro que no es el dueño. El Colline es un hotel de puta madre, con sucursales en varias ciudades de Brasil y hasta en Miami, no conociste al dueño — dijo mi hermana, riéndose de mí.

— ¡Sí que lo conocí!

— ¡No, Bia! Como mucho sería un socio queriendo follarse a una pelirroja — bromeó. — Y tú caíste redondita.

Cogí mi móvil y busqué el Instagram de Sebastian Roux.

— ¡Es él!

Mi hermana cogió el móvil y miró las fotos.

— ¡Hostia puta, Bia! — dijo, impactada. — ¿Este buenorro quiere salir contigo?

— ¿Ves? Es CEO del Colline. Él me entrevistó y, por cierto, conseguí la plaza de prácticas, seré asistente de un músico internacional — dije toda ufana.

Camila seguía mirando sus fotos, haciendo zoom para verlo mejor.

— Joder — exclamó, girando la pantalla para mostrarme una foto donde él llevaba bañador blanco en un yate. — ¡Este hombre es un monumento! ¿Qué hiciste para llamar su atención? ¿Ibas maquillada?

— ¡Claro! ¿Crees que iría a una entrevista con esas pecas visibles? Y no hice nada del otro mundo — me encogí de hombros,

intentando parecer inocente.

— ¡Guarra pecosa! — bromeó. — No es que no seas guapa y buena, pero hombres como él salen con mujeres más...

— Sofisticadas — completé su frase.

Mi hermana rió y siguió mirando las fotos. Ella era rubia y tenía la piel lisa, sin manchas, para envidiar. Yo era la única pelirroja de la familia.

— Él dijo que le gustó cómo no intento parecer alguien que no soy — le confesé.

Ella abrió mucho los ojos azules, del mismo color que los míos, y me dio un toquecito en el muslo con la punta del dedo gordo del pie.

— ¿Y si fue un flechazo? ¿Como un cuento de hadas? Él parece tener más de treinta, ¿y si eres su puerto seguro, el lugar donde por fin se asentará?

— No te pases, Camila. Acabas de decir que solo quería follarme.

— Lo dije, pero no sabía toda la historia.

— Lo importante es que me eligieron para las prácticas.

Aún era difícil creer todo lo que había pasado. Pero necesitaba prepararme. Dentro de una semana habría una reunión donde asignarían un asistente a cada músico. Debía rezar para no tocar con alguien muy mimado y tener problemas.

— Si me sale bien, podría conseguir unas prácticas remuneradas en alguna empresa de eventos.

— Y si te sale aún mejor, podrías conseguir un puesto en el corazón del CEO soltero y buenorro — dijo mi hermana, tocándome el muslo otra vez.

— ¡No seas tonta! Tú misma dijiste que solo quiere acostarse conmigo. Es solo un rollo. Y ni siquiera sé si aparecerá de verdad.

— ¿Adónde van? — quiso saber.

— A ver el atardecer en lancha, en Arpoador. ¿Me cubres? Si Caio se entera, no me dejará salir de casa.

— Cuenta conmigo, futura esposa del CEO.

Fue mi turno de darle un leve puntapié en la pierna. Era ridícula, pero sabía que solo bromeaba, porque primero: mi hermana apoyaba totalmente la independencia económica y jamás animaría a una mujer a perseguir a un multimillonario. Segundo: Sebastian Roux no perdería más que una tarde con alguien como yo, si puede tener una mujer mucho más sofisticada, elegante y de familia importante, muy diferente del caos que es la mía.

Tomé una ducha rápida, intentando ignorar el rastro de fuego que sus manos y labios habían dejado en mi piel, y corrí por la casa, poniendo la ropa a lavar, colgándola en el tendedero y haciendo una limpieza general, con la esperanza de que mis padres estuvieran contentos y no hicieran comentarios sobre mis prácticas no remuneradas.

Sabía que necesitábamos dinero, y que con veintiún años era mi obligación traer comida a casa, pero este trabajo era una oportunidad que no podía desperdiciar. Un día, sería una gran productora de festivales de música, y hombres como Sebastian pujarían por salir conmigo.

Hasta yo me reí de mi propio devaneo.

Por la noche, mi hermano llegó del trabajo, se duchó y cenó arroz, feijão e ovo, mientras me interrogaba sobre mi entrevista de trabajo, haciendo comentarios maliciosos sobre qué tendrían en la cabeza para contratarme.

Antes de salir para su segundo trabajo como repartidor de pedidos, me dio un golpecito en la frente y besó mi mejilla, felicitándome por las prácticas.

— ¿Me conseguirás entradas para las fiestas? — quiso saber.

— Sigue soñando — bromeé.

Nos peleábamos, pero en el fondo, muy en el fondo, imaginaba que le caía bien.

Cuando mamá llegó del trabajo y le conté la buena noticia, recorrió los muebles con la punta del dedo índice, comprobando si había limpiado bien, luego preguntó quién cuidaría de los niños cuando fuera al hotel.

— Camila estará de vacaciones la semana que viene — le informé. — No te preocupes.

Ella puso los ojos en blanco, como si debiera dejar de perseguir mis sueños y aceptar cualquier trabajo solo para ayudar en casa.

Mi padre hizo más que poner los ojos en blanco. Con las manos llenas de grasa del taller donde trabajaba, hizo comentarios despectivos sobre si quedaría embarazada o empezaría a drogarme en esas fiestas. Dijo que no mantendría a una hija embarazada y mucho menos a un bebé.

Ignoré sus observaciones y me di una ducha rápida. Subí a la litera de arriba y me dormí sin cenar.



Me había depilado las piernas y dejado la piel suave con hidratante, pero no sabía si el maquillaje cubriendo mis pecas aguantaría. Mientras metía el pareo y algunos artículos de higiene personal en el bolso, pensé en mi base derritiéndose y revelando mi rostro lleno de pecas. ¿Qué pensaría Sebastian?

Pero la verdad es que ni siquiera sabía si aparecería o ya se había olvidado de mí.

Puse la excusa de que pasaría el resto del día en casa de una amiga de la universidad y salí. Mi madre estaba satisfecha con la limpieza que hice el día anterior y no le importó. Mi padre tenía partido del Flamengo que ver, como el resto de la familia Oliveira, y ni siquiera notó cuando me fui.

Caminé casi un kilómetro hasta una plazuela del barrio vecino al mío, porque no estaba loca de pedir que el conductor me recogiera en mi calle, arriesgándome a que me asaltaran. Aunque el coche debería ser blindado, de todos modos, no quería que supieran dónde vivía.

Cuando llegué a la plazuela, faltaban veinte minutos para la hora acordada, pero el coche ya estaba aparcado. Era un Rolls Royce negro y reluciente, que me hacía sentir aún más pobre de lo que era.
El día anterior, el conductor me había traído en un Hummer, también negro.

Me acerqué al coche, preguntándome si realmente era Sebastian, y la puerta del pasajero se abrió. Entré de inmediato,

escapando del sol de diciembre que derretía mi maquillaje.

— Hola — respondí, sin aliento, cuando miré a aquel monumento de hombre sentado en el asiento de cuero.

— Buenas tardes, Abigail — pronunció mi nombre lentamente, inclinándose y apretando sus labios contra los míos.

— Llegaste antes de lo acordado — dije, sintiéndome menos segura que el día anterior.

— Odio los retrasos — explicó Sebastian.

— Tuve miedo de que no aparecieras — confesé, colocando un mechón de pelo detrás de la oreja, y dejando el bolso a mi lado en el asiento.

— ¿Por qué haría eso? — preguntó curioso. Sus labios eran algo con lo que me habría gustado pasar la tarde, y su perfume inundaba el coche, atrayéndome aún más hacia él. Su cuerpo atlético dentro del pantalón de vestir negro y la camisa beige me hacían querer tocarlo, sentarme en su regazo y moverme sobre él. Todo en Sebastian era tentador.

— Podrías haberte olvidado — susurré, mareada por el efecto que ejercía sobre mí.

Él se inclinó hacia mí y olió un mechón de mi pelo, liso por encima y ondulado desde los hombros, llegando hasta la mitad de mi espalda.

Miré su boca de cerca y me pregunté qué haríamos el resto del día.

— ¿Te gusta el mar?

— Me encanta — respondí.



Capítulo 5

Abigail

No estaba preparada para el lujo que presenciaría, mucho menos para ir en jet privado desde Teresópolis a Río. Ya había volado una vez, cuando fui con mis padres y hermanos a visitar la familia de mi padre en Paraíba, pero nada se comparaba a la sofisticación de viajar sola con él en una aeronave privada.

— ¿Es tuyo? — no pude evitar preguntar, al acomodarme en el asiento de cuero caramelo, recorriendo con la vista los detalles dorados.

— Sí, es mío — admitió Sebastian.

Jadeé.

— Ni siquiera puedo imaginar lo rico que eres — comenté, sin darme cuenta de lo que decía. — Quiero decir, no es asunto mío.

— Está bien, no necesitas disculparte. Trabajo mucho, tener dinero y lujo es una recompensa por lo que hago. No es un crimen comentarlo.

Suspiré, era tan educado.

En cuanto el jet despegó, Sebastian tuvo que atender el teléfono, hablando en inglés con alguien muy importante. Incluso alzó la voz, pero colgó al acercarnos a Río.

La vista era impresionante. Me di cuenta de que bien podría acostumbrarme a una vida así, pero que sería imposible para alguien como él cambiar de lugar conmigo.

Un Range Rover nos esperaba en el aeropuerto, y de allí fuimos directos a la Marina, donde tomamos lo que en realidad no era una lancha, como Sebastian había dicho, sino un yate que nos esperaba con una tripulación de capitán, azafata, camarero y chef. Todo para servirnos.

Me sentí como una princesa y tuve que recordarme todo el tiempo que era solo por una tarde.

El capitán guió el yate mar adentro, mientras yo veía la playa hacerse cada vez más distante, protegida por una sombrilla, bebiendo un cóctel que trajo el camarero, mientras Sebastian atendía otra llamada.

— Lo siento — dijo al colgar. — Cuanto más se acerca el evento, más estresante se vuelve.

Arrojó el móvil a uno de los bancos y vino a sentarse cerca de mí, abriendo los botones de su camisa.

— Prometo que te daré atención ahora — susurró cerca de mi oreja.

Intenté contener los escalofríos, pero no pude. Quería preguntar algo inteligente, aún así, me quedé quieta, sintiendo sus labios tocar mi piel caliente.

— ¿Por qué pensaste que no aparecería? — quiso saber, deslizando ahora la boca por mi cuello.
Apreté los muslos con fuerza e intenté a toda costa mantener la compostura.

— Somos de mundos diferentes, una invitación a salir para ti podría no significar lo mismo que para mí, o... — murmuré — podrías haber pensado simplemente que no valía la pena.

— Es un compromiso — dijo, volviéndose hacia mí, analizándome con sus ojos marrones y observadores. — Cumplir compromisos no tiene que ver con clase social. Puede que no sea romántico, pero no te dejaría plantada. Si no quisiera salir contigo, no te habría invitado.

Me tragué en seco, sintiéndome diseccionada, mientras él deslizaba la tela de la camisa por sus hombros, revelando la piel bronceada, el pecho musculoso y tatuado. Me sentí aún más simple y frágil, mirando su torso, su imponencia sobre mí.

— Sebastian — susurré su nombre, incapaz de disimular cuánto lo deseaba.

Él se puso de pie y me tendió la mano. Las olas golpeaban contra el casco del yate, pero apenas se movía.

Acepté su mano extendida y me levanté. Mi corazón latía rápido, y respiraba por la boca.

Lo seguí al interior del yate, hasta un suite con vistas al mar.
Me quedé quieta, tímida, ante Sebastian, mientras él seguía

estudiándome, analizándome como si fuera algo que necesitara conocer mejor antes de tocar.

Su atención me hacía sentir insegura y a la vez deseada.

— ¿Estás nerviosa? — quiso saber.

— Un poco — confesé.

— ¿Por qué? — preguntó Sebastian, esbozando una media sonrisa. — ¿Sigue siendo por la diferencia de clases?

— Eres muy guapo — admití. — El tipo de hombre que solo esperas ver en películas. Hasta parece un delito acercarse a alguien como tú.

— ¿Ya te dije que adoro tu sinceridad?

Se acercó aún más, apoyando su cuerpo contra el mío. Debía medir al menos veinticinco centímetros más que yo. Se me puso la piel de gallina cuando Sebastian pasó su antebrazo alrededor de mi cintura y sujetó mi barbilla con las yemas de los dedos, oliendo mi cuello un segundo antes de besarme.

Su lengua invadió mi boca de la forma más ardiente posible. Sus labios eran suaves y rápidos, hábiles. Pasé mi lengua por la suya y ardí de deseo, enlazando mis brazos alrededor de su cuello y colgándome de sus hombros, sintiendo mi corazón martillear en mi pecho.

Mi cuerpo encajó perfectamente en sus brazos, sentí su olor invadirme, su sabor despertar aún más deseo en mí y su calor arrebatarme.

Sebastian me levantó en brazos y me llevó hasta una encimera en la pared sur de la habitación, luego me sentó sobre ella

y se apartó para mirarme de nuevo.

— Puedes ser aún más preciosa — dijo con mirada de depredador.

Mordí la punta de mi pulgar y sonreí tímidamente.

Entonces se alejó, entrando por una puerta junto a la encimera, volviendo poco después con una toalla húmeda en la mano. Lo miré fijamente, sin entender, hasta que apoyó la toalla caliente en mi rostro.

Sujeté su muñeca cuando frotó mi piel.

— ¿Qué haces? — pregunté, saliendo del trance en que me había sumido.
Cerré las piernas, avergonzada al saber que mi base se traspasaría a la toalla.

— Quiero verte como eres realmente — susurró, tocando mi barbilla con delicadeza pero firmeza, obligándome a mirar hacia arriba mientras se colocaba de nuevo entre mis muslos. — Por favor.

— No me gustan mis pecas — murmuré. Aunque avergonzada, la proximidad de nuestros cuerpos era reconfortante, haciéndome desear complacerlo en todo.

Mi pecho subía y bajaba mientras él continuaba frotando la toalla caliente por mi mejilla, luego soltó mi barbilla y deslizó su mano por mi cuello, dejándola caer hasta tocar mi pecho. Estremecí cuando su pulgar rozó mi pezón. Sebastian siguió bajando, hasta encontrar el dobladillo de mi vestido estampado, metiendo la mano por debajo y tocándome por encima del bikini.

Intenté contener el gemido, pero fue demasiado.
Su pulgar presionó justo sobre mi clítoris, rodeándolo lentamente,

mientras la otra mano trabajaba en mi rostro. Cuando terminó, tenía las piernas alrededor de su cadera, sintiendo mi sexo palpitar de deseo bajo su caricia.

— Eres deslumbrante — dijo, inclinándose hacia atrás para mirarme. — Me haces olvidar que no me involucro con nadie desde hace tanto tiempo.

— No digas esas cosas — rogué en un susurro. — No crees ilusiones, por favor.

Él parpadeó; sus pestañas negras eran largas, haciéndolo aún más tentador.

— No estoy creando una ilusión — dijo acercando su rostro al mío. — ¿Y si quisiera más que una vez?

Presioné mis dedos contra su boca; me derrumbaría si seguía hablando así.

— Solo fóllame — pedí, mordiéndome el labio. — Sin charlas de enamoramiento. Estoy aquí entregándome, no necesitas decir esas cosas.

Negó con la cabeza como si estuviera perdiendo la cordura, luego me besó de nuevo. Extendí la mano hacia abajo y toqué su polla por encima del pantalón, sintiéndola dura y rígida, recorriendo toda su longitud y notando que era más grande que la de los otros tres chicos con los que me había acostado.

Abrí el botón de su pantalón y él agarró el dobladillo de mi vestido, alejándose.

— ¿Puedes cerrar las persianas? — pedí, antes de que me desnudara y notara que no era tan deslumbrante como pensaba. — Solo para hacerlo más acogedor.

Sebastian se apartó, mirándome muy serio.

— ¿Hay algo más que quieras esconder? — quiso saber.

Lo miré fijamente, sintiendo cómo el deseo se desvanecía.

— No soy como las modelos con las que posas en las fotos de Instagram — admití.

— ¿Revisaste mi perfil para ver el tipo de mujer con el que suelo salir? — preguntó Sebastian con el ceño fruncido.

— Está expuesto ahí para que todos lo vean.

Mi corazón me traicionaba otra vez, porque él sabía exactamente cómo mirarme para desarmarme.

Se volvió con el botón del pantalón abierto, y cerró parte de las persianas, pero no lo suficiente para ocultar mis estrías.

— Un poco más — rogué.

Su rostro giró hacia mí, aún serio, y negó con la cabeza.

— Quiero mirarte, Abigail — susurró, volviendo hacia mí. — No pienses en nada, solo entrégate. Eres tú a quien quiero, no a las mujeres de las fotos.

— Pero... — intenté argumentar, pero él presionó sus dedos contra mis labios.

— Te quiero a ti, y eso es lo único que importa.

Sus manos alcanzaron el dobladillo de mi vestido otra vez y tiró hacia arriba. Levanté los brazos, dejando que me desnudara, quedándome solo en bikini. Intenté meter la barriga, pero tarde o temprano lo notaría.

— Relájate — dijo, agachándose frente a mí, besando la zona de mis costillas, lamiendo la curva de mi cintura, deslizándose por mi vientre, luego alejándose lo suficiente para ver mis caderas.

La punta de su dedo índice recorrió una estría y me mordí el labio con fuerza, recordando a mi último novio que criticaba mi cuerpo, decía que debía usar una crema para eliminar las estrías.

Su pelo castaño y suave caía sobre la frente mientras seguía observándome.

— Eres real — dijo Sebastian. — Es lo que más me gusta de ti.

Su pulgar alcanzó un hoyuelo de celulitis y lo acarició. Mi ex también decía que debería hacer más ejercicio, quizás así desaparecería la celulitis.

— ¿Esto no te hace perder el interés? — pregunté.

Él rió bajito, besando la cinturilla del tanga de mi bikini.

— ¿Por qué crees que perdería el interés? Eres perfecta. ¿Alguien te ha dicho que no lo eras?

— Mi ex novio. Odiaba ver mis estrías. Hacíamos el amor con la luz apagada.

Sebastian me miró como si no lo creyera.

— Espero que le hayas dado una buena patada en medio del culo — dijo, haciéndome reír.

— Me encantaría decir que sí.

— ¿Crees que a todos los hombres les importa eso? Estás tan buena que ni notaría tus inseguridades si no hubieras pedido cerrar

las persianas. Son solo unas líneas más claras en tu piel, y te hacen aún más bonita.

— ¿Existes de verdad? — no pude evitar preguntar.

Era el paquete completo.

Él rió de nuevo.

— Me gusta cómo soy cuando estoy contigo — me confesó Sebastian, acariciando mi vientre.

— ¿Y cómo eres?

— Soy yo mismo — admitió. — Porque tú eres sincera, eres auténtica.

— Excepto el maquillaje que usé para cubrir mis pecas — bromée.

— Pude verlas en cuanto entraste por la puerta de mi despacho ayer.

Dicho esto, se inclinó para besarme, haciendo encajar nuestros cuerpos perfectamente.

Sentí su erección entre mis piernas, presionando mi sexo sobre las bragas, haciéndome arder de deseo otra vez.

Sebastian me levantó en brazos y me llevó a la cama, colocándome con cuidado sobre las sábanas de seda. Encendió música y una melodía envolvente comenzó a sonar, luego se acercó a mí, frotando su pulgar sobre mis labios antes de besarme.

Perdí el aliento con su beso cálido e intenso, lenguas chupándose, dientes mordiendo mis labios. Cuando terminó, sentí que entraba en combustión.

Sus manos desataron el nudo de la parte superior de mi bikini y me di cuenta de que no había tenido sexo en mucho tiempo. No tenía idea de lo hambrienta de deseo que estaba hasta probar su boca.

Me tragué en seco cuando sus manos recorrieron mis pechos expuestos. Las yemas de sus dedos eran ásperas y provocaban una sensación deliciosa. Sebastian se inclinó hacia adelante y la punta de su lengua tocó mi pezón izquierdo, luego el derecho. La humedad de su saliva hizo que mis pezones se endurecieran, y cuando empezó a chuparlos, me mordí el labio con fuerza para no soltar un gemido.

— Esto es delicioso — susurré desinhibida, porque Sebastian me había hecho sentir cómoda. Entrelacé mis dedos en su cabello y eché la cabeza hacia atrás, deleitándome con el placer, sintiéndome deseable y valorada por primera vez.

Sebastian detuvo lo que hacía y levantó la cabeza un momento, mirándome con esa mirada pícara y expresión llena de deseo. Esbozó su sonrisa torcida y mordió su labio, observándome como si fuéramos íntimos desde hacía mucho.

Su mano bajó por mi vientre y se deslizó entre mis piernas. La punta de su dedo medio rozó mis bragas, frotando justo donde mi clítoris palpitaba deseando ser tocado. Oí a Sebastian emitir un sonido que recordaba un rugido.

En ese instante, se sentó entre mis piernas, interrumpiendo todo gesto, tomó mi mano y la llevó al interior de mis muslos, haciendo que mis dedos resbalaran sobre las bragas.

— Siente lo mojada que estás de deseo — susurró.

No sentí vergüenza, había superado esa etapa. Aparté el bikini y froté mis dedos sobre mis labios mayores. Amé la sensación de

masajear mi clítoris. Me volvía loca de deseo y él seguía mirándome con esa cara de canalla.

Sin pensar, retiré mis dedos de allí y los llevé a sus labios.

— Chúpamelos — sugerí en un susurro, colocando mis dedos índice y medio en su boca. Su lengua caliente los recorrió, chupándolos. Fui retirando los dedos lentamente y Sebastian sujetó mi mano con fuerza, manteniendo solo las puntas entre sus labios, mordiéndolos y lamiéndolos.

Era puro erotismo y no podía pensar en nada más que en entregarme aún más. Nunca había deseado a un hombre como lo deseaba ahora. No había duda de que me enamoraría de Sebastian, y nada más importaba en ese momento.

Desesperada por acabar con esa tortura, me lancé contra él, apretando mis labios contra los suyos y metiendo mi lengua en su boca. Tiré de su pelo y bajé mis manos por su cuerpo, sintiendo la firmeza de sus músculos, alejándome de sus labios para admirarlo mejor.

Había un vello muy fino en su pecho, que bajaba por su vientre seco y definido, ocultándose dentro del cinturón del pantalón. Me encantó saber que Sebastian era así de crudo y tan masculino. Aún tenía la barba sin afeitar que me hacía literalmente arder.

Volvió su boca hacia mí con más intensidad, como si también estuviera hambriento, alternando entre mis labios y cuello, mientras yo acariciaba todo su torso, sintiendo la dureza de sus músculos y el calor de su piel bronceada, recorriendo sus tatuajes con las yemas de mis dedos.

Mi toque en su cuerpo pareció despertar en él un deseo profundo. Estábamos de rodillas sobre la cama, frotándonos uno

contra el otro, cuando él me empujó para caer de bruces sobre el colchón.

Sentí su peso sobre mis piernas y su aliento contra mi cadera, un instante antes de que mordiera mi culo. Ardía, pero no me importó el dolor; hasta sus mordiscos me excitaban. Sentí su saliva caliente en el costado de mi cadera y, en una fracción de segundo, estaba desatando el nudo del tanga del bikini con los dientes.

Ya no respondía por mí y, desesperada por aliviar el deseo que me consumía, me frotaba contra las sábanas, moviendo discretamente mis caderas. Sé que Sebastian tampoco respondía por sí mismo. Actuábamos como animales, gimiendo y gruñendo como si solo existiéramos nosotros dos en ese yate.

De repente levantó mi cadera, poniéndome a cuatro patas. Dio una palmada nada cariñosa en mi trasero y un segundo después sentí su aliento entre mis piernas. Solté un gemido cuando me lamió — comenzando en mi pubis, deslizándose por dentro de mis labios, empujando su lengua en la entrada de mi vagina y terminando subiendo hasta la base de mi columna, besando mi zona lumbar donde tenía dos hoyuelos. Ya no me importaban las estrías ni la celulitis; estaba cómoda con mi cuerpo, sintiéndome sexy.

Él lo hizo de nuevo. Sentí el mayor placer que había experimentado. Abandoné mi cabeza sobre las sábanas de seda y ahogué mis gemidos contra una almohada. Era ardiente. Era delicioso sentir su lengua justo allí, lamiéndome y chupándome.

Aproximadamente en la quinta vez que repitió el movimiento, noté que el deseo aumentaba tan intensamente que pensé que moriría de placer. Cada célula de mi cuerpo quería ser suya. Mi piel empezó a hormiguear, una sensación deliciosa subió por mis muslos y, cuando su lengua me lamió por sexta vez, sentí una explosión. Fue el placer más intenso que había disfrutado. Fue como si me hubiera llevado al paraíso, como si mi cuerpo flotara por un instante.

Agotada, cedí al cansancio, saliendo de la posición a cuatro patas y tumbándome en la cama.

Oí el sonido de una cremallera abriéndose, el crujido de ropa y algo rasgándose. Luego vino su peso sobre mi cuerpo.

Sebastian agarró mi muslo derecho y lo deslizó por las sábanas hasta formar un ángulo recto con la otra pierna, luego se deslizó entre ellas y comenzó a penetrarme.

Lentamente, penetraba y luego sacaba; cuando volvía, entraba cada vez más profundo. Su torso sudoroso estaba sobre mi espalda, firme y pesado. Sus manos sujetaron mis muñecas con fuerza y ahora sí, era completamente suya.

El deseo volvió aún más violento y, cuando me di cuenta, estaba gimiendo de nuevo. Su boca besaba y chupaba la parte trasera de mi cuello, mordía mis hombros. Sebastian se movía sobre mí con voracidad, empujando con sus caderas mientras gruñía, salvaje.

Luego me hizo girar, penetrándome de una vez. Me aferré a sus caderas y me moví bajo él, intentando seguir su ritmo, deseando más y más, enroscándome en él, palpitar de deseo.

Él era el mejor polvo de mi vida y me llevaría a otro orgasmo.

Me agarré a su cuello, contrayendo mi interior, haciéndole gemir más fuerte. El sonido de nuestras pieles sobresalía al de la música, pero a ninguno nos importaba.

Apreté sus hombros y mordí su labio carnoso.

— Quiero estar encima — murmuré contra su cuello.

Sebastian me hizo girar y monté sus caderas, comenzando a moverme cada vez más rápido, apoyada en su pecho, con sus manos agarrando mi culo.

Cabalgué sobre él, apretando su miembro largo dentro de mí, sintiéndolo llenarme por completo, y fui más rápida, inclinándome para besarlo cuando la explosión de placer sucedió otra vez, mientras él también se corría, fuerte y voraz.

Relajé mi cuerpo tembloroso sobre él y, poco a poco, resbalé hacia un lado. Su pelo estaba empapado de sudor, igual que el resto del cuerpo.
Me pregunté si había sido tan bueno para él como para mí.

Poco a poco volvió la conciencia, y con ella, un miedo desesperado de no repetirlo nunca más. Si él no me quisiera de nuevo, me rompería el corazón.

— Mierda — refunfuñó él.

— ¿Qué pasa?

— El condón se rompió. Estás demasiado buena.

Me incliné de lado, apoyando la cabeza en la almohada.

— No te preocupes, no estoy fértil.

Respiró hondo y me atrajo hacia su pecho.

— ¿Fue bueno para ti? — no pude evitar preguntar.

Sus manos acariciaron mi rostro y sopló un mechón de mi pelo que caía sobre mi frente.

— Fue increíble — dijo Sebastian. — Cuando empezaste a mover las caderas encima de mí...

Se rió y mordió su labio, haciéndome sentir aún más íntima con él.
Nuestras piernas se entrelazaron y sentí ganas de pasar el resto de mi vida a su lado.

Era patético cómo me enamoraba fácilmente, pero esta vez había motivos de sobra. Quería pedirle que no me rompiera el corazón, pero no quise arruinar el momento con melancolía.

Nos duchamos en el baño con ventanal panorámico. Sebastian lavó mi pelo mientras me penetraba por detrás, con el agua caliente resbalando por mi cuerpo.

Jamás me cansaría de él. Nuestros cuerpos encajaban, él me llenaba, me hacía sentir la mujer más sexy del mundo, la más deseada, y eso era algo que ya no quería perder. Era adictivo.

Salimos a la cubierta del yate cuando el sol ya se ponía. El capitán navegó cerca de Arpoador, donde vimos el sol besar el mar mientras bebíamos champán.
Era tan fácil acostumbrarse a alguien como él.

Me quedé solo en bikini, sin sentir ya vergüenza de mi cuerpo. Si un hombre como él, que podía tener a cualquier mujer, no se inmutaba, yo ya no me escondería.



Capítulo 6

Abigail

— Tu coño sabe a miel — dijo entre mis piernas. La luna brillaba en el cielo mientras me saboreaba. Mis muslos rodeaban su cabeza, mis pies cruzados en su espalda, y me aferraba con fuerza a la manta debajo de mí, mientras Sebastian me comía el coño con ganas.

Pensar eso solo avivaba mi deseo. La tripulación estaba en la cubierta inferior y esperaba que la gente de la playa no pudiera vernos.

Joder, cómo me lamía. Derramando champán sobre mi vulva y saboreándome con voracidad, haciendo temblar mis piernas.

— Soy toda tuya — murmuré con voz entrecortada, sintiendo su lengua presionar mi clítoris, mirando la luna y llegando al clímax otra vez.

Él se incorporó sobre mí y colocó mis tobillos sobre sus hombros, luego me penetró por completo, esbozando una sonrisa torcida y pícara, deteniéndose un segundo.

Sentí su polla gruesa palpitar dentro de mí, rígida, y me contraje con todas mis fuerzas, haciéndole soltar un gemido de placer y poner los ojos en blanco.

— No tienes idea de lo bueno que se siente esto — dijo Sebastian contra mi pie, besando mi tobillo antes de la primera embestida.

— Fóllame — pedí, apretando mis pechos y mirándolo fijamente, enfrentando sus ojos hambrientos de deseo, mareada de pasión.

Grité cuando empujó más fuerte y me corrí cuando se inclinó para devorar mis pechos mientras me poseía.

Era el paraíso, pero teníamos que irnos.

En el jet, no pude contenerme, necesitaba preguntar:

— ¿Volveré a verte?

Él parpadeó, haciendo que su cortina de pestañas se abriera y cerrara, y me lanzó un beso al aire.

— Tengo que estar en Bruselas mañana para los últimos preparativos de la llegada de los artistas — explicó Sebastian. — Pero volveré antes de Navidad.

Eso no era un sí, pero tampoco un no.

— Estarás muy ocupado hasta que empiece el evento — murmuré, acurrucándome en el asiento de cuero.

— Fue inolvidable — dijo, tocando la punta de mi nariz con su dedo largo, luego besando mi frente. — No sabes cuánto bien me hiciste.

— También fue inolvidable para mí. Me hiciste sentir la mujer más deseada del mundo — admití. — Es una pena que no te involucres, que esto sea como una regla para ti.

— Las reglas están hechas para romperse.

Me mordí el labio con fuerza; no quería ilusionarme, pero ya estaba sucediendo.



En los días que siguieron a mi encuentro con Sebastian, él no salió de mi cabeza. Su olor, su voz, su tacto aún rondaban mi mente, como si estuviera cada vez más cerca de mí.

Camila se rió de la cantidad de tiempo que perdí mirando las fotos que tomé con él en el yate. Era ridículo y lo sabía, pero no podía evitarlo; de hecho, no quería.

El martes, su secretaria me llamó y dijo que la reunión para sortear los músicos a los que asistiríamos sería en el Colline Hotel, en víspera de Navidad.

— ¿Estará presente Sebastian Roux? — pregunté, sintiendo mi corazón acelerarse y mis manos sudar.

Ella soltó una risita cínica antes de responder.

— Sí, Sebastian Roux estará allí. Él mismo hará el sorteo, pero, si fuera usted, no me emocionaría tanto.

Tuve que morderme la lengua para no decirle que me importaba un bledo su opinión.

— Gracias por el consejo — dije con aspereza, antes de colgar.

Pasé los días contando las horas para volver a verlo. Él tenía mi número, obviamente, pero yo no tenía el suyo.

Seguí sus viajes en los stories de Instagram e incluso respondí con un corazón a un boomerang que hizo de la vista desde la ventana de un hotel en Bruselas, pero Sebastian no respondió nada; ni siquiera lo vio.

No me puse paranoica. Sabía que estaba demasiado ocupado para enviar mensajes.

De vacaciones universitarias y sin prácticas, acepté hacer limpiezas en las mansiones de la urbanización donde mi madre trabajaba como empleada doméstica. Fue agotador, pero al menos podría comprar un regalo para Jeniffer y Brian, mis hermanos menores, y después de dar la mitad a mi padre, me sobró algo de dinero para llevar en la cartera y no ir pelada a las prácticas.

El día antes de la reunión, estaba terminando de limpiar el exterior de una ventana de una mansión, cuando vi el Rolls Royce pasar por la calle. Me sequé las manos rápidamente e intenté arreglarme el pelo, reconociendo la matrícula de su coche.

Mi corazón latía tan rápido que tuve que llevarme la mano al pecho y masajearlo.

No podía creer que viviera en la misma urbanización donde yo trabajaba como persona de limpieza, donde mi madre trabajaba todos los días. ¿Qué pensaría si me viera allí? O quizá solo estaba visitando a alguien.

Corrí hacia la calle y vi el Rolls Royce entrar en el garaje de una casa de dos plantas.

La ansiedad revolvía mi estómago y oprimía mi corazón. Solo tenía que esperar unas horas más para verlo, debía controlarme. Cuando me di cuenta, estaba caminando hacia la casa, bajando la calle asfaltada. Un hombre con uniforme de empresa externa usaba un soplador para apartar las hojas de la calle. El clima era caluroso y sofocante. Me percaté de que no podía llamar a su puerta en mitad de la pendiente. Así que di media vuelta y volví a la casa.

¿Qué iba a hacer?

Terminé las ventanas, limpié alrededor de la piscina y recogí el pago sobre la encimera. Volvería en una semana para preparar la casa para Año Nuevo.

En casa, me esmalté las uñas descorchadas de rosa e hidraté mi pelo, recogiéndolo en un moño bajo antes de dormir para que quedara ondulado.
Di vueltas en la cama hasta quedarme dormida, ansiosa no solo por verlo, sino también por descubrir al día siguiente con qué músico trabajaría.



Como tenía algo de dinero y no quería tomar el autobús, pedí un Uber para llevarme al Colline.

En recepción, encontré a la pareja que había visto el día de la entrevista. Él parecía aún más guapo y ella mucho más arreglada, pero fue con una chica llamada Mila con quien me senté.

Estudiaba en una universidad diferente a la mía. Nos sentamos en la tercera fila de un auditorio del hotel. Poco después,

su amiga llegó y se unió a nosotras. Se llamaba Ariele, era elegante y usaba ropa de marca, pero tan simpática que pronto olvidé la diferencia de clase.

Cuando todos estaban presentes, Karine entró con una urna, colocándola sobre la mesa unos minutos antes de que él apareciera.

Todas las chicas en el auditorio parecían fijarse en él. Todo quedó en silencio mientras Sebastian caminaba hacia su mesa; solo se oían los martilleos de mi corazón.

Saludó a todos, pareciendo de mal humor, muy diferente del hombre que me había llevado a ver el atardecer en Arpoador, y comenzó los sorteos.

Fui la primera, por orden alfabético. Leyó mi nombre como si no me conociera, como si nunca hubiéramos intercambiado una palabra. Me sentí terriblemente rechazada. Mi corazón se oprimió tanto que no pude emocionarme al saber que sería asistente de Nils Edberg, uno de los DJ más jóvenes y talentosos del mundo.

— Soy muy fan de Nils — dijo la chica llamada Mila a mi lado, apretándome suavemente el antebrazo.

Su amiga Ariele fue elegida para asistir a Caleb Hayden, otro DJ increíble, pero todo pasaba ante mí como un borrón.

Me odié con todas mis fuerzas por crear expectativas, por pensar que me miraría con esos ojos marrones hambrientos y me invitaría a almorzar. En lugar de eso, me rechazó como si fuera desechable.

— Imbécil — murmuré en voz baja. Era el turno de Mila para saber con quién trabajaría.

Le tocó ser asistente de una banda sueca de rock llamada Swedish Legends.

Todos en el auditorio se volvieron a mirarla, porque la banda era muy respetada.

— Son tres... tres... músicos — balbuceó en voz baja, mientras todos la observaban, incluso Sebastian.

— ¿Cómo dijo? — casi gritó él, haciendo que Mila se encogiera.

— ¿Puedo cambiar? — preguntó ella.

Imaginé que Sebastian la fulminaría con su mirada imponente mientras su rostro bronceado se enrojecía. Sentí su vergüenza cuando Mila se deslizó en la silla como queriendo desaparecer.

Tomé su mano y entrelacé nuestros dedos con fuerza, intentando no solo darle seguridad sino también sostenerme yo misma.

— Todo saldrá bien, son increíbles — susurré cuando Sebastian, furioso, retomó los sorteios.

— Estoy jodida — refunfuñó ella, pero le acaricié la mejilla intentando calmarla.
Cuando terminó la reunión, él salió de la sala antes de que nosotras, las becarias, empezáramos a salir.

Hice morritos y acompañé a las chicas al aparcamiento, sintiéndome la más imbécil por haber esperado tanto solo para ser ignorada.

Ariele nos invitó a ir en su coche al centro comercial; necesitaba comprar pendientes para la cena de Navidad. Viajaría con

sus padres esa misma tarde a Miami, donde su familia tenía una casa.

Mila pasaría las fiestas en casa, igual que yo.

Aproveché para comprar una muñeca para mi hermanita Jeniffer y un balón para Brian. Descubrí que O Boticário regalaba minifrasco de hidratante y convencí a Ariele para ir conmigo, cogiendo dos: uno para Camila y otro para mi madre.

Compré una botella de sidra para mi hermano y un llavero del Flamengo para mi padre, terminando mis compras navideñas.

Con toda la amabilidad del mundo, Ariele me dejó en casa, luego pasaría por el barrio de Mila para dejarla a ella. Era diferente a todas las personas ricas que había conocido.

Bueno, Sebastian también había sido diferente, pero ahora era alguien a quien quería olvidar.

Vi a la chica pecosa mirándome fijamente en el reflejo del coche de Ariele cuando me dejó, y me pregunté si él me habría mirado si hubiera llevado maquillaje.

— Imbécil — maldije de nuevo.

Era tan duro tener que olvidar a alguien con quien había fantaseado tanto, que me había tratado tan bien... pero era necesario.

Pasé los siguientes días trabajando de limpiadora. Vi su Rolls Royce pasar varias veces por la urbanización y, en cada una, mi corazón me traicionaba. Pero nunca paró a saludarme; si me vio, fingió no conocerme.

Durante las noches, estudiaba todo lo posible sobre Nils Edberg: su historia, sus gustos, su familia.

Cuando llegó el día de empezar las prácticas, apenas pensaba en Sebastian Roux. Al menos eso intentaba convencerme.



Capítulo 7

Sebastian

La idea de reunir a tantos músicos en mi hotel era peor de lo imaginado. Sus exigencias sobrepasaban los límites del sentido común. Tuve que viajar de Brasil a Europa tres veces para ocuparme personalmente de detalles que los mantuvieran satisfechos.

No tuve Navidad, ni mucho menos Año Nuevo, y aún tuve que oír las quejas de mi madre, reprochándome que nunca tendría una familia si seguía matándome trabajando.

Mis niveles de estrés habían aumentado hasta el punto de que mi pelo empezaba a caerse.

Lo peor era dejar a todos esos artistas en manos de universitarios que jamás habían trabajado en algo similar.

Gasté una fortuna en la mejor comida, transformar habitaciones en estudios, adaptar suites para hacerlas más lujosas, sin contar la compra de un nuevo helicóptero. Esperaba que, al

término de Tomorrow is Mystery —festival en seis semanas dentro del Colline—, recibiera un pago justo por todo este estrés.

Me irritaba saber que había dado oportunidades a becarios de Producción y Eventos para trabajar en el mayor festival musical del mundo, y algunos parecían importarles una mierda.

— ¿De verdad no se puede cambiar? — preguntó una universitaria llamada Mila, sentada frente a mi mesa, como si no tuviera tres docenas de problemas que resolver.

Karine me llamaba sin parar, cada hora con un imprevisto distinto. Los helicópteros y el jet no bastaban para transportar artistas que llegaban sin avisar, aún traían instrumentos que debían trasladarse con seguridad a Teresópolis, contenedores con equipos para montar escenarios —venidos de Bélgica— retenidos en puerto, además de mil problemas que requerían mi atención. Y esa chica quería que parara todo para ver si otro becario quería cambiar con ella.

En sus gafas de sol, colgadas del escote de su vestido ajustado, podía ver mis ojeras profundas. No dormía bien hacía semanas, mis nervios lanzaban descargas y mi pulso acelerado por las bebidas energéticas que tomaba para mantenerme despierto.

— Si no quieres la beca, lárgate ahora — refunfuñé, masajeándome las sienes para aliviar el dolor de cabeza.

— La quiero. Claro que sí. Vale — respondió con mirada inocente.

La observé una vez más, negando con la cabeza, rogando a todos los dioses que pudiera manejar a la banda de rock Swedish Legends, cabeza de cartel del evento. Si algo salía mal con ellos, los organizadores de *Tomorrow is Mystery* cancelarían futuras ediciones en Brasil. Ella no tenía idea de la responsabilidad que cargábamos.

— Ahora vete, chica — pedí, suplicando mentalmente un descanso. — Y recuerda: esos tres son tus dueños ahora. Haz todo lo que pidan sin quejarte. Hazles una mamada a los tres a la vez si es su deseo. Tu obligación es satisfacerlos; no quiero molestias por caprichos de celebridades.

Ella abrió mucho sus ojos oscuros, pero pareció entender la gravedad. Cuando salió para recibir a los músicos, dejé caer mi cabeza sobre la mesa fría y permanecí inmóvil casi un minuto, hasta sentir mi móvil vibrar en el bolsillo del traje.

Respiré hondo, dejando que sonara hasta parar, luego llamé a Karine.

— ¿Qué ocurre, señor? — preguntó, entrando rápidamente. — ¿Se encuentra mal?

Creía que sí, pero no podía darme el lujo de ir al médico por un calmante.

— Toma una botella de agua helada y viértela sobre mi cabeza — pedí, con la mejilla aplastada contra la mesa.

— ¿Qué?

— ¡Solo hazlo, mujer! — insistí. ¿Por qué tenía que resolver todo yo y mi secretaria no podía hacer algo tan simple sin bombardearme a preguntas?

Oí sus tacones golpear el suelo mientras se movía por el despacho, fue a su mesa y cogió una botella de agua de la nevera. Antes de hacer lo que pedí, Karine apartó el pelo de mi frente y tocó mi piel. Me estremecí al contacto de su mano húmeda.

— Tienes fiebre, Sebastian — murmuró, echándome el cabello hacia atrás. — Sería mejor ver a un médico.

— ¿Tú crees? — refunfuñé, cerrando los ojos mientras deslizaba su mano por mi cabeza y presionaba la botella contra mi frente.

— Has ido y venido de Europa, pasando frío y volviendo al calor; tu cuerpo no aguanta tanto shock térmico — dijo, como si no lo supiera. — ¿Te duele la garganta?

— Un poco — respondí. — Pero solo porque grité a la becaria.

— Por lo que te conozco, seguro dormiste con la ventana abierta y pillaste un resfriado.

— Si me conocieras bien, sabrías que no paro por un dolor de garganta.

Oí su suspiro; luego se alejó de nuevo, volviendo con una toalla húmeda que colocó sobre mi cabeza.

— Nada que un analgésico no solucione — dije, apretando los ojos. — ¿Sabes si llegó esa asistente? ¿Abigail?

Karine guardó silencio un instante antes de responder.
— ¿La pelirroja con la que almorzaste el sábado de las entrevistas?

— Ella misma.

— Ya está en el hotel — informó la secretaria.

— Que venga aquí — ordené, entrecerrando los ojos, intentando soportar el dolor. Era como si mi cerebro fuera a explotar.

— No vas a ligar ahora, Sebastian — dijo Karine, como si tuviera autoridad sobre mí. — Ve a descansar.

— Llámala — elevé la voz para que recordara quién mandaba.
— ¿Le pediste que viniera a mi despacho tras la reunión del sorteo?

— Claro que se lo pedí, pero ya sabes cómo son estas chicas. Estaba histérica con el resultado; no quiso quedarse.

Parpadeé, con el estómago revuelto y apreté la mandíbula. Por eso jamás repetía con la misma mujer; no después de que me dejaran plantado en el altar.

— Hm — gruñí, intentando mostrar indiferencia. Traté de levantar la cabeza, pero el dolor era insoportable. — Entonces llámala otra vez, o dame su número y llamo yo.

— La llamaré — cedió Karine, como si perdiera la paciencia. — Para eso me pagan, ¿no? Pero solo después de que descanses.

Metió la mano en mi bolsillo del traje y sacó mi móvil, que volvía a vibrar.

— Esto se queda conmigo unos minutos. Necesitas un respiro.

Karine me hizo quitarme el traje, salió de la sala y volvió con una manta que arrojó sobre mis hombros. No quería descansar, quería ver a Abigail y saber por qué no me esperó aquel día. Quería sus besos, su olor, su ternura; solo una dosis más de ella, de sus comentarios espontáneos, de su sonrisa, de su tacto.
Ella era lo único que deseaba en días de dolor y malestar que no me dejaban levantar la cabeza de la mesa.

Sentí a la secretaria apretar mis hombros sobre la manta, la oí arrastrar una silla cerca de la mía, luego se inclinó y tocó mi frente, pero no era su cuidado lo que anhelaba.

— Llama a Abigail y vuelve a tu puesto — murmuré, pero apenas escuchaba mi propia voz. El despacho se había oscurecido, mi garganta ardía tanto que no podía tragar saliva, todo mi cuerpo dolía.

— Shhh — susurró Karine cerca de mi oído, soplando su aliento contra mi piel, deslizando dedos por mi cabello. — Ya llamé al médico.

— ¡Vete a la mierda! — balbuceé. No sé si entendió, pero se rio antes de salir unos minutos.

Al volver, sentí su mano en mi hombro.

— Ya vino el médico — susurró.

— No necesito médico. Solo quiero que llames a Abigail — insistí, con la mejilla aún contra el escritorio.

— Parece que estás enamorado de esa chica. No está a tu nivel, no tiene clase, elegancia, y viste fatal. Por Dios, Sebastian, ¿de todas las mujeres que te rodean, vas a suspirar por una universitaria de barrio pobre que hace limpieza por unas monedas? — me reprendió Karine, frotando el lóbulo de mi oreja.

— ¿Limpieza? — mi pregunta fue solo un silbido débil que ella entendió porque estaba encima de mí.

— Sí, la vi tres veces en tu urbanización cuando llevaba tu ropa. Limpiaba ventanas en tu calle. La primera vez hasta corrió tras el coche. Fue patético.

— Dame mi móvil.

— Su número no está en tus contactos — canturreó, como celebrando el hecho.

— Lo encontraré.

— No, ardes de fiebre. Y eres demasiado para ella.

Sentí mi cuerpo temblar. Abrí los ojos y palpé el escritorio buscando el teléfono. La sala estaba oscura.

— Quita tus manos de mí — exigí cuando sus dedos apretaron mis hombros con más fuerza.

Ella obedeció, pero no llamó a la única persona que quería ver. Al final me dormí, o perdí el conocimiento por el dolor, y al despertar un médico metía un depresor en mi boca.

Dijo que mis amígdalas parecían misiles y que debía operarme. Solo no le clavé el depresor porque Karine se interpuso. No sabía cuánto había dormido, pero estaba seguro de que todo era un caos por lo pendiente.

— ¡Si no te comportas, llamaré a tu madre! — amenazó Karine como si fuera mi novia. Me contuve porque lo último que necesitaba era a mi madre en Brasil montando un escándalo.

Me quedé quieto y acepté la inyección que me aplicó en la nalga, que ardía como ácido, pero apreté la mandíbula y fingí que no dolía.

— Necesitas reposo hasta que baje la inflamación — dijo el médico mientras recetaba medicamentos que probablemente no tomaría.

Miré a Karine, esperando que lo hiciera desaparecer.

— Sebastian descansará — dijo ella, nerviosa. Cogió la receta y logró despachar al médico de mi despacho, guiándolo a su mesa para el pago.

— ¡Hostia puta! — maldije, presionando la nalga dolorida por la inyección.

— ¿Qué coño es esto?

Pero hablar solo hacía arder más mi garganta.

Karine volvió minutos después.

— ¿Cómo te sientes? — quiso saber.

Entrecerré los ojos y la miré fijamente, mostrando mi furia.

— Tengo la llave de la suite principal. Necesitas acostarte. Cuando te dormiste, casi llamo a seguridad para llevarte a rastras, pero sabía que me despedirías.

— Estarías jodidísima — murmuré, pero mi garganta parecía carne viva. No podía hablar mucho, pero necesitaba que hiciera algo, así que intenté ser más amable. — Llama a Abigail, por favor.

Aunque ya no le importara, quería oírlo de su boca.

— ¿Dices "por favor" por primera vez solo por esa limpiadora? No sé qué hizo esa chica para merecerlo, pero...

Un gruñido escapó de mi garganta, haciéndola callar.

— Vale, pediré que vaya a la suite, pero dudo que venga; está persiguiendo a Nils Edberg como una perrita.

Tendría que cambiar de secretaria, pero Karine lo sabía todo de mí, cada detalle personal y profesional. Estaba jodido.

Dejé que me guiara al ascensor, anotando mentalmente hacerla pagar cada palabra cruel sobre Abigail... cuando mi garganta sanara.

Me tumbé en la cama y recibí mi móvil. Fingí dormir mientras Karine iba de un lado a otro. Cuando al fin se fue, pasadas las diez

de la noche, me duché, cambié de ropa, me sentí mejor y busqué el Instagram de Abigail.

Descubrí que ya me seguía y había respondido a un *story* mío de Europa. La seguí de vuelta y le envié un mensaje preguntando cómo estaba. Esperé una respuesta mientras pasaban los minutos.

Intenté no pensar que estaría demasiado emocionada con el DJ sueco para responderme. Me dormí viendo sus fotos.

Desperté con el móvil sonando: las 3:47 a.m. Ignoré la llamada y abrí Instagram para ver si había respuesta. Entré en su perfil y abrí el direct, imaginando que no había notificaciones porque mi *community manager* podría haber respondido, pero ella solo lo había visto.

"Necesito que vengas a mi despacho cuanto antes" envié de nuevo, sin importar la hora.

Solo entonces revisé los problemas urgentes que resolver.

Pasé el resto de la madrugada en la suite. Dormí un poco más y llamé a Karine al despertar, ordenándole pasar por mi casa para recoger documentos.
Fui a mi despacho antes de desayunar y esperé a Abigail hasta las ocho y media, cuando finalmente respondió al direct: *"Estoy en camino"*.

Ella olía a dulces cuando entró. Llevaba una blusa verde y un *shorts* azul, además de zapatillas deportivas. Su pelo rojo estaba ondulado, cayendo sobre uno de sus pechos generosos; su rostro lleno de pecas estaba limpio. Sonreí, notando que se gustaba más a sí misma, sin querer ocultar lo que la hacía única.

— ¿Qué quieres, Sebastian? — preguntó Abigail, muy seria, sin corresponder a mi sonrisa.

Mi garganta aún dolía al hablar, así que debía economizar palabras. Hice señas para que se sentara, sorprendido de que no me saludara con un beso en la mejilla, y esperé a que se acomodara. Tragué saliva, que pasó con dificultad, e intenté decir algo.

— ¿Todo bien con el DJ? — pregunté, arrepintiéndome al instante de desperdiciar mi voz con eso.

— Está siendo muy bien atendido — dijo, apretando la mandíbula.

Mi pecho se oprimió por su tono, como si quisiera provocarme.

Me levanté y me acerqué, apoyando mi nalga aún dolorida en el escritorio. Sentí el pinchazo de la inyección y puse mala cara, pero lo disimulé.

— ¿Quieres tomar café conmigo? — la invité, extendiendo la mano y tocando su hermoso cabello, tragando saliva al instante para aliviar el ardor.

— No, muchas gracias — respondió apartando mi mano de su pelo. — Solo estoy aquí para trabajar con Nils Edberg. Agradecería que no volvieras a tocarme.

Abigail me miró con desdén.

Fue como un puñetazo en el estómago. Abrí la boca para decir algo, pero no se me ocurrió nada. No pasaba de las primeras citas; ya no sabía cómo seguir. Mi respiración se hizo pesada cuando retiré la mano.

— ¿Es todo? — quiso saber Abigail, alzando una ceja pelirroja para desafiarme.

Asentí con la cabeza; no forzaría mi garganta con alguien que me despreciaba así.

Cuando se levantó y se alejó luciendo sus curvas, solté una risotada sarcástica, sintiéndome ridículo.

Ella me había dicho que no le creara ilusiones, pero fue ella quien fue demasiado cariñosa, solo para descartarme después.

Eso era lo que hacían todas las mujeres con las que me involucraba.
Abigail no quiso verme tras el sorteo porque estaba demasiado emocionada con ser asistente de ese DJ idiota, y ahora se reiría de mí a mis espaldas porque él le gustaba más que yo.

Golpeé el escritorio, avergonzado de haber insistido tanto a Karine para que la llamara en mi delirio febril. Mi secretaria tenía razón: ella no era mujer para mí. Volví al trabajo, decidido a superarlo.

Pasaron los días y el estrés solo aumentó. No me enorgullece admitir que intenté verla cuatro veces más, y me rechazó en todas. Hasta me bloqueó en Instagram.

Me golpeé la cara frente al espejo, sintiéndome un pringado por alimentar esas ilusiones otra vez.



Capítulo 8

Abigail

Nils Edberg era el mejor artista del mundo. Trabajar con eventos de música electrónica era mi nuevo objetivo de vida. Pasé seis semanas en un hotel, acompañando los bastidores de conciertos, entrevistas para programas de televisión, radio y la grabación de un videoclip. Era la primera vez que realmente me sentía parte de algo, y me gustaría crecer cada vez más en mi profesión.

Las personas eran animadas, a pesar de que el estrés nos consumía a veces. Hice amistades verdaderas con asistentes y artistas, y me mantuve lejos de mi familia.

Engordé, vi mi barriga crecer más de lo normal, pero no podía moderar la alimentación, había tantas comidas deliciosas que consideraba una ofensa pensar en hacer dieta.

Mi peso volvería naturalmente cuando estuviera en casa otra vez.

Tomé baños en la piscina, viajé en jet, helicóptero, cené en restaurantes de lujo con Nils y recibí muchos elogios por exhibir mis pecas, sin mencionar los miles de seguidores que gané en Instagram solo por ser asistente de uno de los mejores DJs del mundo. E ignoré a Sebastian, así como intenté ignorar durante dos meses el hecho de que mi menstruación estaba retrasada, como polvo que barremos debajo de la alfombra.

Pero en el fondo, creo que siempre lo supe. Cada vez que rechazaba una bebida alcohólica, aunque fuera inconscientemente, era en eso en lo que pensaba. Mi ciclo nunca se había retrasado.

Fue Mila quien estuvo conmigo en el momento de hacer las pruebas de farmacia. Aunque conocía la verdad, deseaba con todas mis fuerzas que dieran negativo.

— Todas... las cinco... — murmuró para mí, sus manos temblaban. — Han dado positivo.

— Por favor, Mila, no bromees conmigo — supliqué, con el corazón amenazando con pararse.

— ¿Crees que iba a bromear, Abigail? — cambió su tono de voz. — Tú eres la que lo estaba tomando a broma.

— No me grites — lloriqueé. De todas las formas en que imaginé descubrir que era madre, ninguna era así.

Benicio Larsson, baterista de Swedish Legends, con quien Mila estaba saliendo, entró en el baño y empezó a hacer preguntas. Intenté mantener la respiración controlada, pero era imposible.

Yo no quería tener un hijo con Sebastian, no quería ser madre ahora. ¿Qué iba a hacer con mi vida? ¿Por qué había quedado embarazada si, según mis cálculos, no estaba fértil aquel domingo en su yate?

Era un hombre despreciable, arrogante, y que me había rechazado como un canalla.

Había tratado mal a mis amigas y me había enviado mensajes en Instagram incluso después de pedirle que me dejara en paz. Tuve que bloquearlo. Y ahora descubría que llevaba en mi vientre un bebé con su ADN.

Mi padre y mi hermano me iban a matar. Pensé en el límite de mi tarjeta de crédito, en lo que podría comprar, entonces me di cuenta de que no sería una aprovechada por pedir manutención. Él fue quien reventó el preservativo dentro de mí, no hice a aquel bebé sola. Era su obligación asumir al niño.

Le pedí a Nils que me dejara ir a la ciudad y él accedió. Allí me hice un análisis de sangre y lo pagué con el dinero que aún me quedaba de las limpiezas. Solo volví al Colline Hotel con el análisis en las manos.

Mila y Benicio me acompañaron hasta su despacho, pero parecía que estaban allí más para resolver un asunto personal. Benicio odiaba que Sebastian diera órdenes a Mila todo el tiempo, que le alzara la voz, pero ¿qué novio no lo odiaría?

Y yo odiaba tener que enfrentarme a Sebastian Roux otra vez, porque, a pesar de despreciarlo, él todavía me perturbaba, su voz, su olor, su mirada, todo hacía que mi corazón se acelerara. Por mucho que la razón dijera que era un cretino que me había ignorado en aquella reunión como si nunca hubiéramos intercambiado una palabra, que no me había dado ni una sola llamada ni un mensaje deseándome feliz Navidad o un próspero año nuevo, mi corazón seguía acelerándose cada vez que necesitaba hablar con él.

Además estaba su secretaria, que me miraba de arriba abajo, juzgando mi ropa barata, mis pecas, incluso mi postura. Me odiaba, y podía quedarse segura de que era recíproco.

Mientras Mila, Benicio y Sebastian discutían por el modo en que Sebastian había hablado, arrojé el análisis sobre su mesa con los nervios hechos trizas. Quería llorar, deseaba que alguien me abrazara y dijera que todo iba a salir bien, que mi padre no me echaría de casa y que mi hermano no me atormentaría.
Desesperadamente quería alguien en quien apoyarme, pero en realidad yo era el apoyo de la vida que crecía en mi útero.

Sebastian abrió el papel y vi la vena de su cuello marcarse. Para disimular, soltó una risa extraña.

— Solo me faltaba esto. ¿Qué tengo yo que ver con eso? No vengas a decir que te dejé embarazada.

— Podemos hacer una prueba de ADN — comenté, intentando mantener la cordura. — No espero que hagas nada más de lo que la ley te obligue.

— Hazlo en una clínica de tu confianza, y con un abogado presente — Benicio me alertó.

— Por supuesto — respondí, respirando hondo para contener las lágrimas que amenazaban con derramarse. — Solo era eso. Mi abogado te contactará.

Me di la vuelta, confundida, loca por alejarme de él y al mismo tiempo deseando oír una palabra de apoyo de su boca, un gesto de cariño siquiera. Era demasiado humillante que el único hombre con el que había estado en los últimos meses no creyera que el hijo era suyo.

— Espera — pidió Sebastian cuando Benicio abrió la puerta. — Solo tú.

— No hace falta que te quedes — Mila dijo en voz baja. Respiré hondo, intentando contener las emociones en mi pecho unos

instantes más, y asentí, tratando de decirle con la mirada que estaba bien.

— Si la torturas psicológicamente, te las verás conmigo — Benicio lo amenazó.

Esbocé una sonrisa sin humor, agradecida por saber que se preocupaban por mí, y tragué el nudo en la garganta.

Me quedé mirando al suelo después de que se marcharon, deseando tocarme la barriga, pero avergonzada de mostrar debilidad delante de él.

Oí el sonido metálico de la estructura de la silla cuando Sebastian se levantó. Sus zapatos golpearon el mármol blanco mientras se acercaba.

— ¿Qué te he hecho yo? — preguntó.

Miré hacia arriba, confundida, enfrentándome a sus ojos marrones por primera vez en semanas. Fue aún más impactante que la primera vez. Por mucho que quisiera tragarme la atracción, olvidar que alguna vez tuvimos algo, el sentimiento estaba ahí, y yo era una tonta por no poder olvidar.

— ¿Cómo que qué me has hecho?

Parpadeé, desconcertada. ¿Acaso no sabía que me había despreciado? ¿O creyó que por ser pobre aceptaría que me ignorara y luego me quedaría con él como una muñequita?

— ¿Por qué me has estado ignorando todo este tiempo? — preguntó Sebastian.

— ¿Qué? — Elevé el tono de voz. ¿Cómo podía ser tan cretino? — Te pedí que no hablaras de ese modo, que no dijeras que

querías verme de nuevo, y aun así lo hiciste, ¿y para qué?

Él pasó la mano por el cabello, echándolo hacia atrás, y aflojó el nudo de la corbata como si estuviera asfixiándose.

— Te dije que quería verte de nuevo. ¿Y tú no quisiste? — preguntó, como si no lo entendiera.

— ¡Por el amor de Dios, eres un idiota!

— Sé que lo soy, no hace falta que me lo eches en cara — gruñó. — Fuiste tú quien me ignoró todo este tiempo, hasta me bloqueó, solo porque estaba demasiado ocupada complaciendo a ese DJ idiota.

Mi mandíbula cayó, estaba perpleja ante su actitud.

— ¡Eres un cretino! ¿Cómo puedes meter a Nils Edberg en esto? — grité. — ¿Cuando supiste que hacía limpiezas en tu precioso condominio de lujo, te dio vergüenza?

— ¿Qué? ¿Vergüenza? — dio dos pasos atrás y frunció el ceño. — Yo solo lo supe a finales de enero, cuando mi secretaria dijo que te vio allí cuando pasó en coche a recoger documentos en mi casa.

— ¿No eras tú en el Rolls Royce el 23 de diciembre? — pregunté, perdida en la conversación.

— Era la secretaria.

— ¿Me culpe todo este tiempo por haber ido tras el coche cuando ni siquiera eras tú?

— ¿De verdad fuiste tras el coche? — Sebastian pareció conmocionado.

— Volví a mitad de camino. No iba a llamar a tu puerta.

— ¿Fue por eso que no quisiste verme después de la reunión, en Nochebuena? ¿Porque creíste que pasé de largo sin detener el coche?

— ¿Vernos después de la reunión? — Ahora me tocó fruncir el ceño. — ¡Ni siquiera me miraste a la cara!

— No podía estar coqueteando con una becaria delante de todos. Pero te esperé más de dos horas en mi despacho. Me dijeron que estabas demasiado emocionada por ser asistente de ese DJ, que no querías verme.

— ¿Quién dijo eso?

Sebastián alzó la barbilla y se frotó el índice en los labios, pensativo.

— Ella no te dio el recado, ¿verdad? — quiso saber.

Respiré hondo.

— ¿Quién?

— Mi secretaria.

— Me detesta. No me pasó ningún recado.

Él pasó a mi lado y abrió la puerta de golpe, golpeando con el puño el escritorio de Karine.

— ¿Tienes una buena explicación para no haberle pasado mis recados a Abigail?

Ella se inclinó hacia atrás, asustada, luego me miró y levantó la barbilla.

— No era sobre trabajo. No iba a ayudarte a alimentar un flechazo por esa...

No terminé de oírlo. Sebastian había vuelto rápido y cerrado la puerta. Respiré hondo y me mordí el labio, desbordada por las emociones.

— ¿Flechazo? — susurré, luchando por controlar la sonrisa, pero sin conseguirlo.

— Ella estaba exagerando. Solo porque tuve fiebre y me puse a murmurar, pidiéndole que te llamara, deseando que vinieras a cuidarme, a darme cariño.

Yo ya no sabía qué pensar. ¿Cuándo había estado Sebastian enfermo?

— Quería haber pasado la Nochebuena contigo, hasta te compré un regalo, pero no viniste. Estaba lejos de mis padres, no podía ir a Francia porque estaba saturado de trabajo...

— No lo sabía — murmuré, acercándome sin pensar bien en mis actos, y toqué su pecho, sobre el traje caro. — Conté los días, las horas y los minutos para verte de nuevo, y entonces ni siquiera me miraste.

— Me estaba conteniendo para no demostrarlo — murmuró él, sujetando mi barbilla.

Mi corazón se aceleró. Se puso caliente, como si creciera en mi pecho.

Me puse de puntillas y me colgué de su cuello cuando me besó. No era bueno sentir sus labios en los míos otra vez, su lengua, su tacto.

— No puedo creer que hayamos estado en este hotel cinco semanas sin hablarnos. El evento termina la próxima semana y yo... — dijo.

— ¿De verdad quieres que me haga la prueba de ADN? — quise saber, temiendo la respuesta.

— Claro que no. Nunca pensé que tendría un bebé así, pero sé lo que pasó aquella vez.

— Dijiste que el preservativo se rompió.

— Sí — confirmó, apretándome contra su pecho. — Me odié por no poder dejar de insistir en verte, Abigail. No sé qué me hiciste, pero no saliste de mi cabeza en todos estos meses.

— Solo te di cariño, ¿recuerdas?

— ¿Cómo podría olvidarlo? — dijo y me besó otra vez, haciéndome palpitar de deseo.

Por mucho que quisiera negarlo, estaba enamorada de Sebastian desde la segunda semana de diciembre, y ya estábamos en marzo.

— Él... el bebé... — Sebastian dijo, tocando mi vientre sobre el vestido. — ¿Ya puedes sentirlo moverse?

Mi corazón se llenó de amor al sentir su ternura sobre mi vientre. Parpadeé varias veces porque no quería llorar.

— Todavía no puedo sentirlo.

— ¿Ya fuiste al médico?

— Tampoco — le confesé.

— ¿Tienes seguro médico? No entiendo mucho de bebés, pero creo que necesitas empezar con los análisis cuanto antes.

Sonreí para él, todavía sin querer creerlo.

— ¿No estás enloqueciendo?

— No soy un chiquillo, Abigail. Tengo treinta y cinco años, creo que mi madre ya ha esperado demasiado por un nieto. Además, la parte más difícil de cargar al bebé y luego parir será la tuya.

— Eres hijo único, ¿verdad? — pregunté, y él asintió con la cabeza.

— ¿No te importa que haya hecho limpiezas en las mansiones de tu urbanización? Mi madre también trabaja allí, es empleada doméstica.

Él tomó mis manos y las besó, luego me miró intensamente.

— Me importaría si hubieras hecho algo ilegal, como robar en alguna casa, estafar a un anciano, pero trabajar... Trabajar nunca ha sido motivo de vergüenza — dijo Sebastian, continuando con los besos en mis manos, frotando sus pulgares en el centro de mis palmas.

Mi respiración se descontroló, mis extremidades palpitaban.

— No he tenido sexo desde aquel domingo — confesó. — Estoy hambriento.

Abri una sonrisa de felicidad.

— ¿No eras tú el que salía con montones de mujeres? — pregunté.

Él solo sonrió con complicidad, como si fuera el hombre más correcto del mundo.

— Siento lo de mi secretaria. Jamás imaginé que se metería así en mi vida.

— Le gustas — comenté, pero sin querer sonar celosa.

— Creo que necesitaré formar a otra persona, se pasó de la raya. El problema es que es casi imposible encontrar a alguien que dé la talla.

— No te precipites, deja que pase el Tomorrow is Mystery — dije, acariciando su nuca. Él cerró los ojos y sonrió, como si muriera de nostalgia por mi tacto.

Todavía tenía que enfrentarme a mi padre y a mi hermano, pero ahora me sentía mucho más tranquila y segura. Seguía sin poder creer que Sebastian hubiera planeado invitarme a pasar la Nochebuena con él.



Capítulo 9

Abigail

Mila había sufrido un accidente justo después de que yo tuviera la confirmación del embarazo. Necesitó ser hospitalizada, así que tuvimos que desdoblarnos para visitarla en el hospital y cubrir los últimos días del evento. Sebastian estaba hecho un manojo de nervios, y yo agradecí que solo quedaran unos días de prácticas, hasta tener que volver a casa y contar a mis padres que estaba embarazada.

Él y yo nos habíamos entendido, pero nada que hiciera pensar que realmente tendríamos algo más serio.

Cuando el Tomorrow is Mystery finalmente terminó, me despedí de Nils Edberg, cogí mis maletas, que ya estaban preparadas desde la noche anterior, y dejé la suite de hotel donde había vivido seis semanas.

Sebastian necesitaba reunirse con los organizadores para hacer un balance general del evento, pero dijo que me enviaría un

mensaje en cuanto tuviera tiempo.

Llevé mis maletas hasta el aparcamiento y las coloqué en el coche de Ariele, aceptando que me llevara a casa.

Miré mi barrio, sintiéndome extraña al volver, como si hubiera estado fuera años. Cuando entré en casa, no aguantaba más de ansiedad.

— Estoy embarazada — anuncié a Camila en cuanto la vi, estudiando en la mesa de la cocina.

— ¿Qué? — Ella abrió los ojos como platos, soltando el bolígrafo sobre la mesa y corriendo a abrazarme. — ¿Quieres matarme del susto? Eso no es ninguna broma.

— ¿Qué broma? — oí la voz de mi hermano acercarse, hasta que entró en la cocina y clavó los ojos en mí.

— Bia dijo que está embarazada — mi hermana dijo contra mi cuello, abrazándome con fuerza. — Tontita.

Cuando me soltó, miré sus ojos azules con seriedad. Camila se quedó con la expresión congelada.

— Es de ese CEO — murmuró, tras un largo momento, llevándose la mano en copa a la boca.

— ¿Es el qué? — Caio bramó, poniéndose frente a mí, cruzando los brazos y mirándome fijamente. — ¿De qué estáis hablando? ¿Estás embarazada de verdad?

Asentí, intentando disimular las emociones y el miedo. Era mejor arrancar la tirita de una vez y exponer la herida.

— Tú... — Caio avanzó hacia mí con el dedo estirado, pero Camila lo sujetó.

— ¿Vas a pegarme? — grité, sintiendo las lágrimas calientes resbalar.

Él apartó los brazos de mi hermana y sacó el móvil del bolsillo, mirándome como si fuera una criminal.

— No, pero nuestro padre sí lo hará — amenazó, mientras marcaba. Puso el móvil en manos libres y esperó a que contestaran. En ese momento, mis hermanos menores ya estaban en la cocina, queriendo saber por qué estábamos discutiendo.

— ¡Cuelga este maldito teléfono! — pidió Camila, pero antes de que pudiera coger el móvil de Caio, mi padre atendió.

— ¿Qué necesitas? — dijo con paciencia, ya que era su hijo preferido, honesto y trabajador, el que había llamado. Si hubiera sido yo, mi padre probablemente ni habría atendido.

— La descarada de tu hija ha llegado a casa ahora, después de pasar casi dos meses fuera, diciendo que está embarazada.

Mi nuca empezaba a sudar, mi corazón latía apretado, mis manos temblaban de nerviosismo.

— ¿Abigail? — preguntó mi padre.

— Ella misma — dio la confirmación Caio.

Oí el suspiro de mi padre antes de colgar.

Dejé a Caio gritando en la cocina y fui escoltada por Camila hacia el dormitorio. Estaba demasiado nerviosa para seguir oyendo sus alaridos, pero antes de entrar, me desvié hacia el baño, asaltada

de repente por las náuseas. Habría vomitado sobre Camila de no correr hasta el váter.

Me agarré al borde del lavabo mientras esperaba que pasara el mareo, preguntándome si sería así hasta que naciera el bebé, si mi familia me humillaría todos los días.

Necesitaba encontrar un trabajo pronto, que pudiera pagar el alquiler de un estudio y el resto de las facturas. Sebastian probablemente pagaría una pensión, pero sería todo para el bebé. Yo no usaría su dinero para mantenerme.

Me lavé la cara y fui a la habitación.

— ¿Puedes explicarme mejor qué pasó? — quiso saber Camila en cuanto entré.

Ya echaba de menos tener un cuarto solo para mí, como en el Colline, donde podía llorar sola cada vez que me sentía mal. Me acurruqué en la cama y abracé las piernas. Las lágrimas resbalaban sin que pudiera controlarlas.

— ¿Él ya lo sabe? Me dijiste que había sido un gilipollas...

Me soné y le conté a mi hermana todo sobre lo que hizo su secretaria y cómo reaccionó Sebastian, sobre los malentendidos y los últimos detalles del evento.

— Estás cargando en tu vientre al heredero de un imperio — dijo cuando terminé de hablar. — No hagas caso a Caio o a nuestros padres. No dejes que sus palabras te afecten, le hará daño al bebé. Ay, Dios mío, ¿crees que te llevará a vivir con él?

— ¡No seas tonta! Sebastian no quiere una relación. Lo abandonaron en el altar hace unos años.

— Pero estás esperando un hijo suyo. Las cosas han cambiado.

— Él dará todo lo que el bebé necesite, pero no se casará conmigo — dije, poniendo los ojos en blanco.

— ¿No dijiste que está enamorado? — insistió Camila.

— Solo fue un comentario de su secretaria.

— ¿Crees que ella está enamorada de él?

Eché la cabeza hacia atrás y respiré hondo antes de responder.

— Es difícil no enamorarse de Sebastian después de conocerlo. Las becarias lo detestaban por su temperamento, pero cuando estás a solas con él, lejos del trabajo, te hace sentir la mujer más importante del mundo.

— Estás enamoradísima — mi hermana bromeó, pasando la mano por mi vientre. — Y yo seré una tita muy protectora.



Antes de que mis padres llegaran del trabajo, recibí un mensaje directo de Sebastian en Instagram. Era un vídeo de un huevito que se transformaba fácilmente en un cochecito, puro lujo. Decía en el mensaje que estaba buscando uno de esos para comprar.

"¡Me encantó! Espero que encuentres" respondí.

“En realidad, le pedí al secretario de mi padre, en Francia, que busque. Tú sabes...”

“Sí, sé lo ocupado que estás.”

Los padres de Sebastian poseían una cadena de hoteles en Francia, Italia y Alemania, llamada Roux. Eran casi tan ricos como su hijo.

“La secretaria ha concertado la cita con la mejor obstetra de la ciudad. Paso a recogerte mañana para la primera consulta prenatal.”

“¿Vas a acompañarme?” pregunté, un poco impactada.

“Solo faltaría si no estuviera en Brasil.” respondió.

Me alegré tanto con la noticia que apenas me afectaron las palabras de mi padre. Me insultó de mil formas cuando llegó a casa, luego culpó a mi madre por no llevarme con rienda corta, como si tuviera quince años.

Caio lo ayudó a restregarme que aún dependía de ellos, que el dinero era escaso, la casa pequeña, y que un bebé solo estorbaría. Además, el hombre que me dejó embarazada desaparecería sin darme manutención.

Cuando por fin dejaron de insultarme, mi madre me acompañó al cuarto y dijo que era un gran error, pero que ya estaba hecho. Miró alrededor y señaló el rincón donde estaba la caja de cartón con los juguetes de Jeniffer.

— Podemos poner una cuna allí. La hermana de mi patrona tiene un niñito pequeño. Para cuando des a luz, ya habrá desocupado la cuna. Puedo pedirla.

— ¡Mamá, Bia espera un bebé de un empresario multimillonario! — dijo Camila. — ¿Crees que él querrá que su hijo use cosas de segunda mano?

— ¿Estás segura de que no está casado? — mamá me preguntó por décima vez.

— Absolutamente — confirmé.

— Si no paga la pensión, irás a por tus derechos — dijo. — Tendrá que hacerse cargo.

— Lo hará — respondí con seguridad.

— Mejor así. No tendremos para mantener una boca más. No conseguirás trabajo en estas condiciones. Ni de asistenta, y no ocultaré tu embarazo a las señoras del residencial. ¿Y la universidad?

— Continuaré — le aseguré.

Camila se rió. Ella era la única que creía que Sebastian realmente se haría cargo del bebé.



Al día siguiente, mi estómago estaba revuelto ya en el desayuno. Rechacé el pan con mantequilla calentado en la sartén que Camila me hizo antes de irse a la universidad. Limpié la cocina y arreglé la casa rápido, luego me duché y pedí un Uber para visitar a Mila en su casa antes de ir a mi primera consulta.

Me encontré con Vincent Cavallari y Adrian Jacob en la acera de su casa, los otros dos integrantes de Swedish Legends, amigos de Benicio Larsson. Habían venido a despedirse de Mila antes de tomar el avión a Suecia. Benicio ya se había ido porque necesitaba

resolver un problema: su ex, de quien aún no se había divorciado, intentaba estafarlo para robarle todos sus bienes.

Entré con Vincent mientras Adrian esperaba en la sala. Estuve con Mila hasta recibir el mensaje de Sebastian diciendo que su chófer iba en camino. Ella se había roto la pierna y el brazo en el accidente, pero su madre era enfermera y Mila se recuperaría pronto. Todos estábamos deseándolo.

Su madre me ofreció café con pastel antes de que llegara el coche, pero lo rechacé. No podía comer nada.

Cuando salí de la casa sencilla de Mila (aunque no tan sencilla como la mía), el Rolls Royce de Sebastian esperaba junto al Hummer que había traído a Vincent y Adrian.

Vi a algunas vecinas mirando, probablemente especulando quién nos visitaba. Me pasé la mano por el pelo y entré en el coche.

— Apuesto a que nunca había estado en un barrio tan humilde — comenté tan pronto lo vi, acomodado en el asiento trasero.

Él no respondió a mi comentario, sino que me atrajo hacia sí y apretó sus labios contra los míos. Lo abracé con fuerza, sintiéndome más segura contra su pecho tras enfrentar a mi familia.

— ¿Se lo dijiste a tus padres? — quiso saber.

— Se lo dije. Fue un escándalo — respondí. — Pero no me echaron de casa.

Él rio como si no pudiera creer que eso fuera posible.

— El secretario de mi padre encontró el huevito. Ya hizo la compra — explicó, pasando la mano por mi cabello.

— ¡Qué bien! ¿Tu familia ya sabe que dejaste embarazada a una...

Iba a decir "pobre", pero él me interrumpió.

— ...a la mujer más guapa con la que he salido.

Me reí de su ocurrencia, intentando no deslumbrarme.

— Me encantaría pasar más tiempo contigo, pero compré un edificio en Ibiza, España, y necesito volar allá para reunirme con los ingenieros. Voy a demolerlo y construir un hotel en la isla.

— Entonces el evento te dio buenos beneficios — comenté, jugando con su corbata.

— Valió todo el estrés — dijo, guiñándome un ojo. — Y ¿cómo te sientes?

— Mareada — me quejé. — No he podido comer nada.

— Vamos a pedir a la doctora que te recete algo.

Suspiré y apreté mis labios contra los suyos.

— ¿Cómo vas a la universidad todos los días? — quiso saber.

— En autobús — respondí, encogiéndome de hombros.

— Pediré que un chófer del hotel te lleve y recoja cada día. Y si necesitas algo y no puedes contactarme, llama a Karine.

— ¿Tu secretaria? — pregunté, con una risita burlona. No sentía celos de ella, pero era moloso saber que me detestaba.

— Es la última oportunidad que le daré. Si vuelve a meter la pata, la echo a la calle. Lo cual espero que no ocurra, porque lo sabe

todo del trabajo, de mi vida. Sería un problema tener que formar a otra persona.

Me mordí el labio sin saber qué decir.

Paramos frente a la consulta y el chófer abrió la puerta para que bajáramos. Era una clínica de lujo, pero tras trabajar con Nils Edberg, ya no me sentía fuera de lugar.

Sebastian tomó mi mano al entrar. Nos sentamos juntos y él aprovechó para responder mensajes en el móvil. Vi que tanto otras embarazadas como la recepcionista lo miraban discretamente. No las juzgaba: era un hombre que llamaba la atención.

En el consultorio, cuando la ginecóloga puso el aparato para oír el corazón del bebé, fue cuando cayó el veinte. Había una vida creciendo dentro de mí. Abrí los ojos como platos, sintiendo el pecho llenarse de sentimientos por esa cosita pequeña con un corazón tan acelerado. Miedo, ilusión y amor: una mezcla intensa de emociones.

¿Cómo iba a hacer para cuidar una vida? Sí, porque Sebastian viajaba constantemente. Por mucho que pagara la manutención, yo estaría sola la mayor parte del tiempo.

Empecé a llorar, deseando con todas mis fuerzas ser una buena madre: cariñosa, comprensiva, poder ser todo lo que un niño necesita.

Sebastian apretó mi mano con fuerza, pero no apartó los ojos de la pantalla donde la doctora mostraba la ecografía. Miraba con extrema atención, tratando de entender aquellas manchas.

— El mes que viene quizás ya podamos ver el sexo — explicó la ginecóloga, detallando también el tamaño del bebé, su peso y su buen desarrollo.

Mi corazón fue creciendo hasta doblar su tamaño. Me mordí el labio al darme cuenta de que aquel era el sentimiento más grande que había experimentado.

— Es una niña — balbuceé tan bajito que nadie oyó. No necesitaba pruebas para saberlo.



Capítulo 18

Sebastian

El ingeniero español era un hijo de puta. Parecía no entender ni una palabra de lo que decía, insistía en hacer el plano a su manera, como si supiera más de hoteles que yo. Aunque estuviera a punto de matarlo, dejé el trabajo de lado por primera vez para atender mi vida personal.

— No te he preguntado cómo crees que quedará mejor la distribución de las habitaciones. Haz exactamente lo que pedí — ordené por teléfono. Estaba en Brasil mientras él dirigía el proyecto de construcción de un Colline Hotel en Ibiza.

Tras otro sonido gutural, guardé el teléfono en el bolsillo del traje y salí de la consulta. Estaba demasiado estresado para seguir al lado de Abigail. Temía terminar descargando mi ira en ella, y sabía que no me perdonaría si lo hacía.

El mundo parecía girar en torno a la frase que había oído de la ginecóloga durante el control prenatal de Abigail. No tenía cabeza

para preocuparme por la construcción del hotel y procesar la noticia.

Fui a recepción y me senté en uno de los cómodos sofás para intentar ordenar mis pensamientos.

Una niña.

No pensé en nombres ni en a quién se parecería la bebé. No pensé en ropita rosa, biberones ni nada de eso.

¡Niña!

Solo podía pensar en la cantidad de corazones que había roto y si esta era la forma en que la vida me pasaba factura. Había estado con un número considerable de chicas a las que nunca volví a buscar. No soportaría ver que otros le hicieran a mi hija lo que yo hice a tantas.

— ¿Por qué pones esa cara? — preguntó Abigail al salir de la consulta, apoyando una mano en mi hombro. — ¿Pasó algo?

— Más problemas — refunfuñé. — Una niña... ¡Vamos! Necesito revisar mi colección de armas y buscar un colegio de monjas aislado.

— ¿Para qué las armas? — preguntó confundida, siguiéndome hacia la salida.

— Para disparar al primer hijo de puta que la mire.

— ¡Sebastian! Aún está en mi vientre — dijo Abigail con una sonrisa. — No puedo creer que ya sientas celos.

— No sabes lo que pasa por la cabeza de un padre — dije entre dientes mientras la guiaba al aparcamiento. Mi corazón estaba oprimido como nunca antes.

Era como si de repente me hubiera vuelto impotente, como si todos los miles de millones que había ganado no bastaran para proteger la vida que más me importaba. Nunca había sentido algo así, no tenía idea de que ser padre fuera tan abrumador.

Miré a Abigail, llevando a mi bebé en su vientre, y me pregunté cómo había tenido el valor de alejarme de ella casi un mes, cómo pude dar más importancia a una construcción que a las dos mujeres que serían parte de mí el resto de mi vida.

— Me excitas tanto con ese carácter autoritario — susurró ella enroscándose en mi cintura. — Llévame a tu casa.

— Iremos después. Ahora vas a almorzar. Ya que tendré una hija, quiero que sea fuerte para defenderse de los imbéciles que aparezcan.

— Deja de hablar así o tendremos que follar en el coche. No sabes cómo son las hormonas del embarazo.

— Contrólate. Serás recompensada más tarde — pedí, apretando su mano con firmeza, con la cabeza llena de pensamientos tanto buenos como malos.

Me daba cuenta de que, por mucho que quisiera, nunca podría proteger a mi hija de todo. Y eso era aterrador: ella no era como un hotel que pudiera dirigir.

Frente a la consulta había un restaurante discreto y sofisticado. Solía comer allí cuando estaba por la zona, pero nunca había llevado a una mujer.

Era la primera vez.

Parados en la acera esperando el semáforo, nuestras manos se rozaron y Abigail agarró la mía con firmeza, sonriendo.

— Este restaurante parece caro — comentó Abigail mientras cruzábamos la calle de la mano. — ¿No podemos ir a otro sitio más económico? Quiero guardar el límite de la tarjeta para comprar la primera ropita de nuestra hija. Mis padres ya me odian por estar embarazada de alguien que ni conocen, si pido más dinero...

— Voy a fingir que no oí eso — respondí. — Como si no fuera a daros todo lo que necesitéis. Como si te invitara a comer y te pidiera pagar la mitad. Me ofende que pienses así.

Abigail apretó los labios y desvió la mirada, emocionada.

— No sabes por lo que estoy pasando en casa — murmuró. — No imaginas los cálculos que he hecho. Mi madre dice que el bebé estará en mi habitación para no despertar a toda la casa cuando llore de noche. Pero mi cuarto ya es pequeño...

— Espera — la interrumpí al entrar al restaurante. Era un cliente habitual y todos los empleados me conocían. Quedaron pasmados al verme de la mano con una chica.

Nos acomodamos en una mesa céntrica.

— Mi casa tiene tres habitaciones libres. Mi hija no será "una boca extra" que alimentar en una casa llena. No será la molestia de una cuna en un cuarto diminuto.

Abigail abrió la boca sin saber qué decir.

— Me encantaría que te mudaras... que os mudarais las dos a mi casa. Estoy seguro de que una de las habitaciones será perfecta para que decores como quieras.

Ella se mordió el labio mientras yo me culpaba por no resolver esto al saber del embarazo.

— ¿Quieres que me vaya a vivir contigo? — preguntó perpleja.

— Será mejor para todos — dije, tocando su mejilla cálida. Las pecas estaban más oscuras, destacándose en su piel blanca; era tan hermosa.

— ¿Quieres que el bebé y yo seamos tu familia?

— Ya lo sois. Desde el momento en que me dijiste que estabas embarazada, sois mi familia — confesé, notando que abría no solo las puertas de mi casa, sino las de mi corazón por primera vez desde que me plantaron años atrás.

Abigail mordió de nuevo su carnoso labio inferior, con una sonrisa radiante, pestañas húmedas y claros ojos brillantes.

— Creo que será genial. No veo la hora de decirle a mis padres que vas a asumirnos. ¿Estamos...? — buscó la palabra. — ¿Saliendo?

— Estamos juntos — respondí, aunque aquello me asustara. No había más remedio: ellas eran todo para mí a partir de ahora, y quería que estuvieran siempre a mi lado, lo suficientemente cerca para protegerlas. — Vamos a almorzar, luego pasamos por una tienda a comprar ropita y, al final de la tarde, vamos a tu casa a recoger tus cosas. ¿Te parece?

— ¿Vendrás conmigo? — abrió los ojos como platos, como si no pudiera creerlo. — O sea... mis padres estarán allí. ¿Vas a... saludarlos?

— ¿Tu padre también tiene colección de armas? — bromeé, y entonces comprendí lo que él debía sentir. Saber que un tipo dejó embarazada a su hija sin siquiera presentarse a dar explicaciones.

Yo, en su lugar, habría perseguido al hijo de puta hasta el infierno. No se deja embarazada a una chica y se la abandona un mes, sin dar cuentas a sus padres, sin apoyarla. Yo era justo el tipo de cabrón del que tendría que proteger a mi hija.

— No, pero debería. ¿Crees que le caeré bien a tu familia?

— Mi madre está loca por conocerte. Te gustará.

— Yo limpiaba en tu urbanización, ¿ella lo sabe?

— Hablas como si hubieras formado parte de una banda.

— Apuesto a que hasta los porteros me pararán...

— Será la primera y última vez — la aseguré. — Nadie se meterá con la madre de mi hija.



Capítulo 11

Abigail

Compramos casi toda la tienda. Era como si Sebastian quisiera disculparse por el mes que pasó en España. La dependienta, que me había mirado de pies a cabeza al entrar y venía detrás de mí preguntando si necesitaba ayuda mientras Sebastian hablaba por teléfono, parecía radiante al final de las compras. Me dio su tarjeta y dijo que podía llamar cuando no quisiera ir personalmente.

Me sentí elegante al guardar el cartón en el bolso.

Antes de ir a mi casa, Sebastian tocó mi vientre y preguntó si ya sentía a nuestra hijita patear. Le expliqué que solo sentía un leve temblor, pero que él aún no podría notarlo.

— ¿Y tu ropa? — comentó, manteniendo la mano sobre mi vientre. — La barriga ya está creciendo. ¿Te siguen valiendo?

— Algunas — respondí, lamiendo el helado que acababa de comprarme.

El chófer nos seguía tras llevar las bolsas al coche, pero era demasiado discreto para mostrar que oía nuestra conversación.

— ¿Compramos algunas prendas? — sugirió, inclinando la cabeza hacia una tienda de lujo en la que jamás habría pensado entrar.

Reflexioné un momento. Yo no le pedía que me comprara nada, pero él quería hacerlo. Me mordí el labio y lo miré fijamente, comprendiendo que mi vida jamás volvería a ser igual.

— Vamos — decidí aceptar. Al fin y al cabo, ahora era su familia.

Mi corazón no cabía de felicidad cuando paramos frente a mi casa.

Ya era de noche y sabía que mi familia estaría reunida cenando. La luz exterior estaba encendida. Sebastian entró conmigo, apretándome la mano con firmeza. Lo observé mientras cruzábamos el terreno hasta la pequeña entrada: noté sus ojos analizando la pared sin revocar, las trastos de mi padre por los rincones, las bicicletas viejas apoyadas en el muro este, pero no dijo nada. Sabía que jamás había pisado una casa tan humilde, pero si le importara, no estaría conmigo.

Entré tirando de su mano, aparté con el pie el balón de mi hermanito Brian que estaba cerca de la sala, y lo guié directo a la cocina, donde el olor de la comida de mi madre impregnaba el aire. Las náuseas habían cesado al final del primer trimestre, y ahora mi apetito había vuelto con fuerza.

Llegamos a la puerta y todos en la mesa se volvieron a mirar.

— Este es Sebastian — anuncié, sintiéndome en las nubes por fin al presentarlo.

Camila atragantó con farofa al verlo. Mi madre dejó el tenedor en el plato y mi padre lo escrutó de arriba abajo. Entonces todos se agitaron. Jamás habíamos recibido a nadie como él. Era extraño, pero no en el mal sentido.

— Coge un plato — dijo mi madre, levantándose, alcanzando uno del armario y ofreciéndoselo a Sebastian.

— La comida es sencilla, pero muy bien sazonada — le expliqué, segura de que jamás se sentaría a cenar con mi familia. Me sorprendió cuando aceptó.

Mi madre cogió una silla del salón y la trajo para que se sentara.

— Así que tú eres el tipo que dejó embarazada a mi hija — comentó mi padre con autoridad en cuanto Sebastian se acomodó, como si fuera un chico cualquiera del barrio y no un hombre rico y poderoso.

— Papá... — iba a protestar, pero Sebastian me dio un codazo.

— Sí, soy yo — respondió a mi padre con un respeto que nunca le había visto mostrar. — Disculpe por no haber venido antes a hablar con ustedes. Tuve que viajar por trabajo, pero ahora que volví, por fin puedo llevarme a Abigail a vivir conmigo.

Mamá y Camila se miraron, sonriéndose, mientras mi padre permanecía callado.

— Es una niña — les conté, parpadeando rápido para no echarme a llorar. Estaba tan sensible que cualquier cosa me hacía llorar.

No imaginé que Sebastian y mi padre pudieran conversar, pero lo hicieron, y duró mientras yo llenaba bolsas con la ropa que me

llevaría. Mamá iba detrás de mí, contentísima, ayudándome a guardar todo como si hubiera ganado la lotería.

— Estoy tan feliz porque él va a asumirte — dijo al cerrar la última bolsa. — No sabes cómo me partía el corazón pensar que serías madre soltera.

— Me habría arreglado bien sola — me quejé, pero en el fondo entendía su angustia.

— Pero es mucho más fácil cuando se tiene marido.

— No nos casamos, mamá. No es que me haya pedido matrimonio — expliqué, sin entender del todo lo que pasaba entre Sebastian y yo.

— Viviréis juntos. Eso es más que suficiente.

Al final de la noche, mi padre estaba feliz porque Sebastian me asumía, porque me llevaba a vivir con él. Aliviado, igual que mamá. Los besé y me despedí de mis hermanos. Caio llegaba con un bocadillo justo cuando salíamos. Me miró con curiosidad, pero no me detuve a explicar. Entré en el Rolls Royce y les saludé con la mano hasta que el coche dobló la esquina. Suspiré con el pecho invadido por una euforia deliciosa. Sentía como si soñara.



La casa de Sebastian era aún más hermosa que las mansiones que limpiaba, llena de muebles lujosos, paredes de cristal y equipos modernos. No podía creer que ese sería mi nuevo hogar. Caminé por la sala tocando cosas mientras él me observaba, admirado por mi falta de discreción, sonriendo como si le pareciera precioso que quisiera palparlo todo.

El chófer trajo los paquetes además de mis bolsas, y las llevó al dormitorio del piso superior, pero no me preocupé por guardarlas en el armario. Me colgué de los brazos de Sebastian y lo besé con intensidad.

— ¿Estás seguro de querer esto? — pregunté. — ¿De quererme aquí?

— ¿Recuerdas cuando no me respondías hace meses? Cuando te enviaba mensajes y me ignorabas...

Asentí, sabiendo que la culpa era de su secretaria.

— No imaginas cuánto dolió. Porque quería estar contigo, deseaba tenerte todos los días, y ser despreciado así...

Apreté mi dedo contra sus labios.

— Fue un malentendido, pero ya pasó — susurré, aflojando su corbata y empezando a desabotonar su camisa.

— Entregar mi corazón otra vez a una mujer era lo último que quería hacer — confesó. — Prometí que nunca volvería a confiar así en nadie.

— Prometo cuidar muy bien de tu corazón.

— ¿Y si un día despierto y ya no estás conmigo?

— Nunca te abandonaré, Sebastian. Yo... te amo.

— Yo también, Abigail — dijo, acariciando mi vientre. — Me aterra admitirlo, pero te amo.

— No temas — respondí, dejando que me levantara en brazos y me llevara a su baño.

Encendió la bañera y me besó mientras se llenaba, saboreando mis labios. Sus manos recorrían mi cuerpo bajo el vestido, haciéndome arder de pasión.

— No quiero estar más solo — murmuró.

— No lo estarás, lo prometo. Jade y yo te amaremos para siempre.

— ¿Quién es Jade?

— Nuestra hijita — expliqué.

Se arrodilló, levantó mi vestido y empezó a susurrar promesas y palabras tiernas a mi vientre, jurando protegerla del mundo y amarla más que a nada.

Acaricié su cabello, sintiéndome segura al fin.

Cuando la bañera se llenó, Sebastian se desnudó frente a mí sin imaginar lo que su cuerpo desnudo me provocaba. Lo vi entrar en el agua y recostarse contra el borde, echando la cabeza atrás y mordiéndose el labio mientras me llamaba con la punta del dedo.

Me quité el vestido y lo dejé caer al suelo. Luego, sintiéndome osada, sin importarme mis imperfecciones, me quité la braguita de encaje y caminé hacia la bañera sintiendo su mirada recorrer cada centímetro de mi piel, como si fuera lo más sexy que hubiera visto.

Mi corazón latía tan fuerte que me hacía temblar. Entré lentamente en el agua y me recosté sobre su pecho, temiendo que fuera un sueño.

El agua tibia solo aumentó el calor de mi cuerpo.

Entonces su mano estaba en mi nuca, gotas cálidas resbalaban por mi espalda. Nuestros labios se encontraron y sentí su polla dura como piedra entre mis muslos. Su mano libre descendió a mi trasero, apretando la carne con fuerza.

Bajé despacio, besando su barba incipiente, cuello, pecho y abdomen hasta alcanzar su miembro. Lo tomé con una mano, apoyé la otra en su muslo y comencé a masajearlo. Él gimió con los dientes apretados. Sus manos agarraron mi cabello y lo recogieron en una coleta.

Besé el glande palpitante, luego lo chupé. Su sabor era delicioso. Sebastian soltó un gruñido cuando tomé más en mi boca. Miré hacia arriba y vi sus ojos volverse hacia atrás. Entonces, viendo que le gustaba, aceleré, pero solo podía tomar hasta la mitad. No tenía práctica.

Tus manos guiaban mi cabeza arriba y abajo. Entonces agarró mi barbilla, atrayéndome de nuevo contra su pecho.

— Quiero correrme dentro de ti — dijo con voz ronca de deseo, ojos marrones brillantes.

Mi interior se contrajo. Era lo que más anhelaba.

— ¿Cómo lo quieres? — pregunté.

Mordí mi labio cuando agarró mi cabello, enrollándolo en su muñeca y tirando, empujándome hacia el otro extremo de la bañera.

— Así — explicó. Me agarré al borde y arqueé las caderas hacia atrás, quedando en posición perfecta.

Sentí el calor de su boca en mi nuca, descendiendo por mi columna. Se inclinó sobre mí y comenzó a penetrarme. Sus dedos se entrelazaron con los míos sobre el borde de la bañera.

Poco a poco su polla me invadía. Cuando la penetración fue completa, Sebastian inició movimientos de vaivén, llevándome a la locura más deliciosa. Mi cuerpo quería más rápido, más brusco. El agua se agitaba bajo nosotros, salpicando mi vientre y pechos. Cuanto más rápido entraba y salía, más deseaba.

Gemí aún más fuerte cuando Sebastian mordió mi cuello, clavando dientes entre gruñidos animales. Frotó la yema de su pulgar contra mis labios. Llevé una mano atrás y apreté sus nalgas firmes y suaves que se movían rítmicamente. Su pulgar entró en mi boca y lo chupé.

Quería que ese momento durara eternamente. Sebastian era todo mío en ese instante. No existían trabajo ni diferencias sociales: solo dos cuerpos hambrientos obedeciendo sus deseos, consumiéndose, matándose, devorándose.

— Me destruyes — susurró al alcanzar el clímax. — No sabes cómo adoro tu coño. Cada gemido tuyo me excita, me mata... Estoy más enamorado de ti de lo que imaginé. Quiero follarte así todos los días.

— Tenemos toda una vida por delante.

— Ven aquí — dijo Sebastian de repente, saliendo de la bañera.

Tomó una toalla y la extendió en el suelo, tendiéndose sobre ella.

— Siéntate aquí — pidió.

— ¿Aquí dónde? — exigí saber mientras salía del agua. Mi corazón latía desbocado.

— Sobre mi boca — respondió, su lengua asomando discretamente entre los labios.

Mis piernas flaquearon. Mi interior se estremeció y apreté los muslos. Tuve que contenerme para no lanzarme sobre él. Tener su cabeza entre mis piernas y su lengua lamiéndome era el mayor placer.

Me agarré al borde de la bañera y descendí lentamente, manteniendo la postura erguida. Apoyé una rodilla a cada lado de sus hombros y sentí sus labios rozarme.

La punta de su lengua presionó la parte superior de mis labios mayores, haciendo círculos lentos. Cerré los ojos con fuerza y mordí mi labio inferior. Una de sus manos apretaba mi trasero; la otra vagaba por mis pechos, apretándolos, los dedos jugando con mis pezones.

Me aferré al borde con fuerza, tratando de mantener la cordura. Era demasiado placentero, lo mejor que había experimentado. Era perfecto con la lengua. La excitación ardía tan intensa que me hizo mover las caderas sobre sus labios.

Entonces Sebastian mordió mi clítoris, deslizando dientes sobre la piel hipersensible. Creí morir en ese instante; ni siquiera podía explicar lo que sentía. Empecé a gemir tan alto que solté una mano del borde para taparme la boca.

— Sebastian... — murmuré desesperada, el sonido escapando entre mis dientes apretados. Solté un grito ahogado.

Su lengua ahora penetraba mi entrada vaginal, luego subía hacia el pubis, y chupaba el clítoris con movimientos de succión. Era brusco y perverso. Temí no resistir tanto placer. ¿Podía morirse alguien de tanto deseo?

Solté la otra mano y agarré su cabello, deslizando dedos entre sus mechas suaves. Moví las caderas más rápido. Él metía la lengua, la sacaba, chupaba mi clítoris. Metía, sacaba, chupaba. Metía, sacaba, chupaba.

Rechiné los dientes cuando el orgasmo llegó abrumador. Mis pupilas se dilataron y perdí las fuerzas. Gemí hasta que mi universo tambaleó de nuevo.

Luego fue mi turno de satisfacerlo con mi boca.

Ya era noche cerrada cuando llegamos a la cama. Cerré los ojos, acurrucada en su pecho, y me dormí sintiendo sus manos acariciar mi cabello.



Capítulo 12

Abigail

Jade empezó a patear dos semanas después de mudarme a casa de Sebastian. Karine se encargó de acompañarme en todas las compras cuando él debía ir a España a resolver asuntos de la construcción del hotel. Pensé que sería pésimo, pero resultó muy servicial.

Sebastian ofreció un empleo a mi madre como una especie de gobernanta del personal de limpieza del Colline Hotel de Teresópolis, y fue Karine quien la ayudó a adaptarse.

Aunque estaba hasta el cuello de trabajo — dirigiendo la nueva construcción y sus otros hoteles — Sebastian depositaba más confianza en los gerentes de sus resorts y viajaba menos. Cuando debía ausentarse, nunca era por más de una semana.

Podría haber dejado la universidad para volar con él por el mundo, pero preferí terminar mis estudios para trabajar en lo que amaba.

Dos meses antes de que naciera Jade, los padres de Sebastian vinieron a Brasil tras insistir semanas en que diera a luz en Francia, cerca de ellos.

Aunque eran amables y la parte adinerada de la familia, preferí tener a Jade en Brasil, cerca de mi madre y Camila. Sebastian no se opuso a ninguna de mis decisiones. Era sorprendente lo cariñoso que era lejos del trabajo, como si se transformara al estar cerca de mí.

— Tus brazos son el mejor refugio tras un día estresante — me dijo una vez, poco antes del nacimiento, mientras se acurrucaba en mí buscando mi vientre para sentir a Jade moverse. — Prometo cargarla a todas partes. No volverás a cargar peso.

— A veces siento que no podré — susurré con respiración entrecortada por el tamaño de la barriga. Ella se movía cada vez que oía la voz de Sebastian, sin importar la hora.

— No estarás sola — respondió masajeando mi espalda baja. — Seremos los mejores padres. Te adaptas fácilmente y eres la persona más tierna que conozco. Lo harás genial.

Adaptarse a la comodidad — con empleados para casi todo — era fácil, pero traer una vida al mundo sería diferente.



Ya había sentido cólicas, pero la médica explicó que solo eran contracciones falsas, algo normal, y que sabría diferenciarlas del trabajo de parto cuando llegara la hora. Pero nada se comparaba al dolor que sentí al despertar esa mañana. Sebastian había salido temprano, y estaba sola en el dormitorio.

Abrí los ojos como platos, conteniendo la respiración mientras pasaba el dolor. Por más que muriera por ver la carita de quien me acompañaba 24 horas hacía meses, casi entré en pánico.

Busqué a tientas en la mesilla de noche mi móvil. Mis manos temblaban como el día que descubrí el embarazo. Empecé a llamar a Sebastian, pero cancelé antes del primer tono. Aunque mi instinto decía que era hora, no quería alarmarlo sin certeza. Miré el reloj: 9:17 a.m. Si tenía dos contracciones regulares cada diez minutos, llamaría.

Me levanté, fui al baño, me lavé los dientes y la cara, luego al armario para revisar el bolso que preparé con ayuda de la madre de Sebastian tres semanas antes.

Verificando que todo estaba listo, aún en camisón, bajé las escaleras apoyándome con cuidado en la barandilla. En el primer descanso, el dolor regresó. Mordí el labio con fuerza, aguantando en silencio. Cuando cesó, tan repentino como llegó, seguí bajando.

Encontré a Karine en el salón.

— ¿Qué ocurre? — preguntó al ver mi cara. — ¿Es hora?

— Creo que... — antes de terminar, ella ya marcaba a Sebastian mientras me ayudaba al sofá.

— Vuelve a casa ya — dijo al teléfono. — Creo que tu mujer está de parto.

Me acomodó con cojines en la espalda e insistió en que comiera algo. Trajo agua de coco y dijo que los padres de Sebastian estaban en Río resolviendo algo en el consulado.

— Llama a mi madre — logré pedir antes de otra contracción.

— Ella también está en el hotel. Pero me quedo contigo hasta que llegue Sebastian. Ya viene. ¿Quieres darte una ducha?

Asentí, y ella llamó a Cássia, la empleada de limpieza. Ambas me ayudaron en el baño. Tuve dos contracciones más hasta estar vestida.

Cássia puso el bolso de maternidad sobre la cama. Karine ya había llamado a mis amigas (Mila, Gerci, Ariele), avisado a la médica y contactado a la decoradora del cuarto de maternidad, cuando Sebastian irrumpió como un huracán, corriendo para llevarme en brazos, pálido como si viera un fantasma.

— ¿Estás bien? ¿Rompiste aguas? — parecía más nervioso que yo.

— Las contracciones duelen un poco, pero lo soporto. No he roto aguas — al menos no que notara.

— No esperé a tu madre. Corrí al coche al saberlo, pero ella irá directo a la clínica — dijo levantándome.

— Puedo caminar, amor — comenté mirando sus ojos marrones aterrorizados.

— Pero no es necesario.

Karine y Cássia llevaron mi bolso y maleta mientras Sebastian me cargaba al coche. Había salido tan rápido del hotel que ni llamó al chófer.

Ellas vinieron atrás conmigo hasta el hospital. Al llegar, las contracciones eran cada diez minutos. La médica ya había gestionado mi ingreso por teléfono y estaba en camino.

Me llevaron a la suite. Querían ponerme en silla de ruedas, pero me negué. Podía caminar hasta el ascensor. Las contracciones eran cada vez más fuertes, pero debía aguantar.

Mi madre llegó con Camila y sostuvo mi mano hasta que vino la médica. Sebastian recorría la habitación frotándose el pelo y aflojándose la corbata, como si fuera a ahogarse de ansiedad.

— Te amo tanto, pero no puedo aliviar tu dolor — murmuró mientras la médica preparaba la medicación.

Intenté ser fuerte, pero no tanto como para rechazar el alivio de la epidural.

— Todo irá bien. Pronto seremos tres — susurré.

Intenté parecer serena, pero no pude contener las lágrimas al llevarme a la sala de partos. Estaba nerviosa, temiendo lo que vendría, pero todos mis miedos se esfumaron al oír su llanto.

Sebastian estaba a mi lado, cada vez más pálido, cuando pusieron a Jade sobre mi pecho.

— Es una preciosa pelirroja — comentó en mi oído, inclinándose para besar mi frente. — Lo lograste, mi amor.

Sacudí la cabeza, mirando a la bebé más hermosa que jamás vi, mientras lloraba sin parar. Era tan pequeñita, tan frágil. Sentí el amor más puro del mundo al mirar a mi hijita.

— Se parece tanto a ti — susurró Sebastian. Lo miré un instante y vi que también lloraba. — Nunca fui tan feliz. Os amo tanto.

Fue el momento más trascendental de mi vida. Como si el amor desbordara de mí. En ese instante supe que jamás sería la

misma.



Epílogo

Sebastian

Creo que las bodas conmueven a todos, incluso a los corazones más duros.

Estaba furioso con Benicio por comentar que su hijo Liam saldría con mi niña cuando crecieran. Aunque fuera su boda, casi le doy un puñetazo y arruiné la fiesta.

Conociéndome bien, Abigail me agarró fuerte el antebrazo. Por suerte, Jade estaba en mi regazo mirándome con los mismos ojos claros de su madre, y logré calmarme.

— ¿Puedo cargarla? — pidió la novia. Mila también estaba embarazada, así que respiré hondo y le pasé a mi hija.

No sabía cómo enfrentaría que Jade tuviera novio algún día, pero faltaban años para prepararme.

— Eres un imbécil — murmuré a Benicio mientras Mila mecía a la bebé.

— Es nuestra boda, Sebastian — me reprendió Mila.

— Y tú atrapaste el ramo — dijo Benicio, guiñándole un ojo a Abigail.

Para no golpearlo, recuperé a Jade, besando sus mofletes suaves, oliendo su aroma a bebé, intentando respirar tranquilo.

Las bodas ya me ponían nervioso, y aquel juego del ramo era una estupidez, pero no pude evitar notar cómo brillaban los ojos de Abigail mirando la decoración, las flores, el vestido blanco de Mila... como si imaginara su propia boda.

Por ella, tragué los recuerdos de ser abandonado en el altar y, enterrando mi pasado, le susurré esa misma noche, después de que Jade mamara y durmiera:

— ¿Quieres una boda como la de tu amiga?

Ella rio, apoyando la cabeza en mi pecho.

— Nunca soñé con algo así. Me parece precioso para otros, pero jamás me imaginé de novia.

— ¿Segura?

— Nos amamos y ya tenemos a nuestra hija — dijo. — No, Sebastian. No quiero una boda como la de Mila. Prefiero viajar el mundo contigo después de graduarme. No soy de esas chicas que sueñan con bodas grandiosas.

— Aun así... ¿aceptarías formalizar nuestra unión en el registro civil?

— Sí. Acepto.

Abigail mordió su carnoso labio antes de besarme. Era como un sueño, me completaba, y la amaría hasta mi último día de vida.

Abigail

Sebastian había inaugurado el hotel en Ibiza poco después del primer cumpleaños de Jade, y llevábamos dos semanas en la isla. Nos llevaba cada tarde a Cala d'Hort, donde veíamos la puesta de sol más hermosa de Ibiza.

Sostenía las manitas de Jade y caminaba delante de ella mientras mi hija lo seguía con su bañador de volantes que mostraba sus piernas regordetas llenas de pliegues.

Siempre llevaba un lazo en el pelo a juego, y sonreía abriendo enormes sus ojos azules para su papá gallina.

Sabía que tendría todo lo que yo no tuve en la infancia. Algún día administraría una fortuna de miles de millones, pero por ahora era solo nuestra niña pelirroja, sonriéndome con aquellos ojos brillantes.

Tomé su manita, Sebastian la otra, y la hicimos saltar sobre un castillo de arena. Él llevaba solo bermudas y yo, un bañador rojo. Había un nuevo tatuaje en su brazo con la fecha de nacimiento, peso y talla de Jade, además de la huella de su piececito. Era un cliché, pero me parecía adorable.

— ¿Sabes qué significa "Roux"? — preguntó cuando llegamos a una parte más apartada de la playa.

— No... — respondí, sentándome en la arena mientras Jade daba sus pasitos.

Se sentó a mi lado, cruzando los tobillos y apoyándose en las manos, rozando su hombro contra el mío.

— Significa "rojo". Es mi color favorito — dijo Sebastian, tomando un mechón de mi pelo rojizo y oliéndolo. — Eres lo mejor que pudo pasarme en la vida.

Me recosté apoyando la cabeza en su regazo, incapaz de expresar con palabras cuánta felicidad me daba.

— Te amo — susurré, sintiendo la brisa marina y el olor a sal.

— Yo también te amo.

— Vamos a tener otro bebé — le confié, viendo sus ojos marrones brillar y abrirse como platos.

Fin



Agradecimentos

Queridos lectores,

Con el corazón lleno de emoción y un poco de timidez, les escribo estas líneas desde Brasil. Soy una autora brasileña que ha tenido el inmenso privilegio de ver mis historias cruzar el océano para llegar hasta vosotras.

Al compartir mis novelas en español, sé que pueden surgir errores o matices perdidos en la traducción. Pido disculpas sinceras si en algún momento la esencia de un diálogo, una expresión local o una emoción no llegó con toda su fuerza.

Vosotras — al abrir estas páginas, al conectar con mis personajes, al sonreír o llorar con Abigail, Sebastian y todos los que habitan este universo — me habéis dado un regalo invaluable.

Agradezco de todo corazón por embarcar en esta historia, y espero encontraros en las páginas de mis próximos libros.

Con todo mi amor,

Sil Zafia

Degustalectura

Degusta mis otros romances publicados en España.

Tentación de Vecino

FAKE DATING - PADRE SOLO DE GEMELAS - HEROÍNA VIRGEN - NIÑERA - VECINOS - SOLO HAY UNA CAMA - VAN A VIVIR BAJO EL MISMO TECHO - AGE GAP





Nicole

Martes, 12 de mayo

— Vigila el móvil — dice Inácio con aspereza—. Le he dado tu número al médico que se mudó al final de la calle.

Miro al hombre con quien mi madrastra está casada ahora, un tipo repugnante que adora mirarme las piernas cuando ella no está pendiente.

— ¿Limpieza? — pregunto, desviando la mirada. No soporto verlo mucho tiempo.

— Niñera. Parece que tiene gemelas y necesita a alguien por las noches. No te hagas la tonta, los médicos suelen pagar bien. Necesitas ayudar más en casa.

Muerdo mi lengua. Ya hago casi todo el trabajo doméstico; si además tengo que conseguir un trabajo a tiempo completo, no me quedará tiempo para estudiar. Aprobar el examen de acceso es mi única luz al final del túnel.

Quiero decir que no puedo aceptar un trabajo y cuidar de la casa, que necesito luchar por mi futuro, pero sé que lo último que Inácio o mi madrastra quieren es que me vaya de aquí, y mucho menos que vaya a la universidad. Me quieren justo aquí, con los pies clavados en el suelo de esta casa, limpiando, cocinando y cuidando a los niños.

— Vigilaré el teléfono. Ojalá me ofrezca un trabajo fijo — miento, pero estoy tan acostumbrada a fingir que acepto todo, que ni nota la mentira.

Cruzo la sala, recogiendo las chaquetas y mochilas que los niños tiraron al suelo al llegar, antes de que Inácio diga algo.

— ¿Dónde estabas? — lo oigo gritar en cuanto se abre la puerta principal.

Raissa apenas tiene tiempo de entrar y ya la bombardean con acusaciones e insultos. En ese momento, Pietra, la hija de tres años del matrimonio, aparece en el pasillo con los ojos como platos.

Corro hacia ella, la tomo en brazos y le tapo los oídos para que no escuche las cosas horribles que su padre le está echando en cara a su madre. Podría meterme, pero tengo suficiente experiencia para saber que no debo intervenir, no con Inácio.

Con Pietra aferrada a mi pecho, doy media vuelta, pasando junto a la pareja en la sala, intentando no escuchar los gritos, aunque me duele el corazón por presenciarlo.

Atravieso la cocina y entro en mi pequeño y sofocante cuarto, meciendo a la niña temblorosa. Yo también tiemblo cuando enciendo la luz.

Lloramos juntas, las lágrimas resbalan por nuestros rostros.

— Shhhh — intento calmarla. Es solo una niña inocente que no entiende por qué sus padres vuelven a pelearse así.

Por encima de mi susurro, oigo el ruido de metal cayendo al suelo. Me pregunto qué lo habrá causado: un cucharón, una olla de aluminio o... ¿un cuchillo?

— ¡Todo va a salir bien! ¡Todo va a salir bien! — digo más para mí que para Pietra.

Aprieto con todas mis fuerzas para que, esta vez, Raissa llame a la policía, ponga fin a este hombre, recuerde cómo la trataba mi difunto padre y se dé cuenta de que no debe aceptar menos. Aun así, no quiero gastar más energía preguntándome por qué expone a sus hijos a este tipo de convivencia.

El sonido de la puerta al cerrarse de golpe me hace saltar, luego, el silencio.

Mantengo a Pietra abrazada un minuto más. El silencio puede significar que Inácio salió a la calle o que lastimó tanto a Raissa que finalmente recapacitó.

Pienso en Julia, Mariano y Giovane, hijos de Raissa de otras relaciones entre mi padre e Inácio, que deben estar en sus habitaciones, encerrados.

Giovane, con catorce años, tiene cuerpo de hombre, pero no interviene a favor de su madre, no la defiende. De todos nosotros, es el único que físicamente podría enfrentarse a Inácio.

Cuando noto que el silencio se prolonga lo suficiente, aflojo los brazos que sujetan a Pietra y entreabro la puerta. Veo el cajón abierto y un cucharón en el suelo. Raissa está sentada, con un cárdigan rojo nuevo, mordisqueando las piedritas que decoran sus uñas impecables.

— ¿Se ha ido? — pregunto desde la seguridad de mi habitación.

Ella me mira y pone los ojos en blanco, como si hubiera hecho una pregunta estúpida.

— ¡Mamá, mamá! — grita Pietra, empujándome para que la suelte. Salimos del cuarto, ella corriendo por delante y lanzándose a los brazos de su madre, que la coge pero está demasiado distraída para prestarle atención.

— ¿Qué has preparado para comer? — pregunta Raissa, como si no viera la marca roja en su cuello.

— Arroz, alubias, huevo y ensalada de col — respondo, cogiendo a Pietra de su regazo y notando la cabeza de Mariano asomando por el pasillo.

— ¿Y la proteína? — pregunta, levantándose y yendo hacia la cocina para destapar la olla, comprobando que el arroz está intacto. Odia que coma antes que cualquier otro miembro de la familia—. Espero que no te hayas comido la carne que compró Inácio.

— No he cocinado carne porque ya no queda, y si hubiera, no me habría atrevido a comerla — respondo con un nudo en la garganta, sin poder disimular el tono áspero.

No he hecho absolutamente nada malo para que me hable así. No llevo ropa corta, ni siquiera leggings. Visto un viejo conjunto de felpa que no marca mi cuerpo. Esa es la razón principal por la que Raissa me vigila: usar cualquier cosa que ella considere provocativa cuando su marido está en casa.

Espero a que ella sirva la comida, luego me apresuro a preparar el plato de Mariano, que solo tiene ocho años y no alcanza las ollas del fogón. Siento a Pietra en una silla y le preparo también su plato, mientras Julia, de trece años, y Giovane aparecen.

— ¿No vas a pedirle a tu marido que compre proteína? — escucho a Giovane preguntar, mientras aplasto las alubias y las mezclo con el arroz y el huevo, escondiendo la col bajo el resto de la comida para que Pietra no la vea y se niegue a comer.

Tal vez si Raissa no gastara tanto en sus zapatillas y ropa de marca, no faltaría comida, pienso decirle a Giovane.

No es que vaya a defender al imbécil de Inácio, pero, a la edad de Julia, yo ya hacía trabajitos como niñera y ayudaba a comprar comida. Quizá era hora de que Giovane buscara algún empleo, ya que no quiere estudiar y siempre exige cosas caras a su madre.

Pietra está sentada a la cabecera de la mesa, en el lado opuesto a su madre. Me arrodillo junto a ella y comienzo la estresante tarea de darle de comer, deseando terminar pronto porque mi estómago también está vacío.

La familia empieza a comer mientras yo estoy arrodillada junto a la pequeña. Ella arroja un trozo de col a la mesa y salpica hacia mí, lo que hace que la escena parezca aún más humillante, aunque ya debería estar acostumbrada a todo esto.

Cuando todos se levantan de la mesa, dejando los platos sucios, resoplo indignada porque Raissa nunca enseña a sus hijos lo mínimo para aliviarme el trabajo. Entonces tomo el único plato que queda y como, por fin.

Todavía tengo que lavar los platos, limpiar la cocina y la mesa antes de ir a mi habitación a estudiar. Ya es casi junio y no he repasado ni un cuarto del temario. Necesito darme prisa para estar al día; competiré con alumnos que van a academias caras y estudiaron en los mejores colegios. Es mi tercer año presentándome al examen de acceso y necesito aprobar.

Estoy inmersa en un elemento de la tabla periódica cuando siento mi móvil vibrar sobre mi viejo cuaderno de apuntes. Miro la pantalla y veo que me llama un número desconhecido.

— ¿Diga? — digo al atender.

— Buenas tardes, ¿habla Nicole? — pregunta una voz masculina grave, tan aterciopelada que me pone nerviosa al instante.

— S-sí, soy yo — respondo, sentándome en la cama para mejorar mi dicción. — ¿Con quién hablo?

— Me llamo Henrique. Me mudé hace poco a la ciudad y necesito una niñera para trabajar por las noches. Tu... novio me dio tu número, dijo que cuidas niños.

— Inácio no es mi novio — respondo rápidamente. La idea es demasiado repulsiva incluso para imaginarla.

— Ah, disculpa la confusión, pensé que él... No importa. ¿Estás disponible para cuidar de mis hijas esta noche? Son dos niñas de año y medio, pero no dan mucho trabajo, y yo estaré en casa.

— ¿A qué hora quieres que vaya? — pregunto, consciente de que no puedo negarme. Este hombre de voz envolvente conoce a Inácio; si se entera de que rechacé el trabajo, las cosas pueden ponerse muy feas.

— A las seis estaría perfecto.

— Está bien. Puedo ir.

— Te paso la dirección por WhatsApp, ¿vale?

— Claro, estaré pendiente.

— Hasta esta noche.

— Hasta luego, doctor Henrique — digo, recordando que es médico.

Cuelgo el teléfono y suspiro, pensando que ese hombre está viviendo mi sueño de ser médica. ¿Cómo será la sensación? ¿Cuántas veces habrá hecho la selectividad hasta lograr entrar? Si lo consiguió a la primera, aunque haya sido en una universidad privada, debe de ser muy inteligente.

Un hombre inteligente con una voz cautivadora... interesante.

Sacudo la cabeza y vuelvo a mirar la tabla periódica, tamborileando el lápiz sobre la hoja del cuaderno, intentando volver a concentrarme.

Unos segundos después, mi móvil vibra con un nuevo mensaje de WhatsApp. Desbloqueo la pantalla, curiosa por ver la foto de perfil del médico, pero no aparece su foto, sino la de una clínica pediátrica con dirección en el centro de la ciudad vecina.

Leo la dirección: el doctor Henrique se ha mudado a una casa grande, con muchos árboles, jardín e incluso piscina, situada al final de mi calle, que no tiene salida. Conozco bien la parte exterior de la casa porque, en un momento de locura por mi parte, acompañando a Giovane y a otros vecinos de la calle, saltamos el muro para hacer una fiesta a la luz de la luna, cuando aún no vivía nadie allí.

Respondo al mensaje indicando que sé dónde está la dirección, sin querer dar detalles sobre que soy su vecina, y vuelvo a bloquear la pantalla.

Tengo un montón de ejercicios de un simulacro de química por terminar y todavía quiero leer cien páginas de uno de los libros que aparecen en el temario de una de las universidades donde quiero presentarme a la selectividad, todo eso antes de bañar a los peques y dejar la cena preparada.

Esta es mi vida: dejar la casa y la comida listas, la ropa limpia y planchada, porque siempre me he encargado de las tareas domésticas desde que tengo uso de razón. Eso siempre me lo exigió Raissa, mi madrastra, con quien mi padre se casó cuando yo tenía un añito.

Mis padres eran inmigrantes, venían del norte del país, de una familia muy humilde. Mi padre era hijo único, y sus padres murieron después de que él se fuera. La familia de mi madre era abusiva, y por eso ella se fue con mi padre.

Mi madre acabó teniendo una hemorragia después de darme a luz y no se recuperó. Dejando a mi padre solo con un bebé. Viudo con una niña a la que cuidar, conoció a Raissa y se juntaron.

Cuatro años después, fue víctima de un atraco con resultado de muerte, y yo me quedé a cargo de Raissa. Nunca conocí a mis abuelos ni a ningún otro miembro de la familia. El único pariente del

que guardo recuerdo es mi padre, que se fue cuando yo tenía solo cuatro años.

Raissa no tardó ni un mes en encontrar a otro hombre, del que quedó embarazada rápidamente de Giovane, y después de Julia. Con apenas cinco años ya me usaban de niñera.

Ya no tenía a mi padre para que me comprara ropa y un regalo en fechas como Navidad, Día del Niño o mi cumpleaños, y empecé a usar cosas que venían de donaciones. Raissa trabajaba, sí, pero todo lo que ella y su nuevo marido ganaban era para sus dos hijos. Yo pasé a ser la niña a la que ni Papá Noel recordaba.

Ese marido acabó pillando a Raissa en la cama con un hombre mucho mayor, lo que puso fin al matrimonio de tres años. Después de eso, empezó a trabajar en dos sitios y toda la responsabilidad de cocinar, limpiar, lavar, planchar y cuidar de Giovane y Julia recayó sobre mis hombros.

¿Qué edad tenía yo? ¿Ocho años? Como mucho nueve.

Entre la unión de ella con el segundo marido y con Inácio, pasaron por aquí un montón de hombres. Vi desfilar a varios por la casa, pero ninguno se quedaba mucho tiempo. No todos los hombres aceptan una relación con una mujer que ya tiene dos hijos y una pequeña carga encima.

No sé quién es el padre de Mariano, que nació cinco años después de Julia, pero a él nunca le faltó nada.

Cuando el niño más pequeño ya tenía tres años, Raissa se casó con Inácio, y los dos tuvieron a Pietra. Ella nació el año en que yo cursaba el último curso del instituto, cuando se suponía que debía haberme dedicado intensamente a los estudios, pero claro que Raissa no me iba a dar esa tregua. Con la responsabilidad de un

bebé, no conseguí centrarme lo suficiente como para aprobar el primer examen de acceso a la universidad.

Y aquí estoy, con veinte años y todavía metida entre libros, viviendo en un cuarto que antes era un trastero estrecho, sobreviviendo con migajas y haciendo trabajos como niñera, limpiadora y lo que vaya saliendo para ganar algo de dinero y ayudar con los gastos de casa, soñando con que algún día seré una neurocirujana importante, alguien que no tenga que esperar a que toda la familia termine de comer para poder sentarse a la mesa.

Si no apruebo el examen de acceso este año, estoy decidida a tomarme un descanso de los estudios y buscar un trabajo con el que pueda mantenerme lejos de aquí.

Ya son las cinco y media de la tarde cuando termino de bañar a los más pequeños. Al menos la cena ya está hecha. Giovane no está en casa y Julia se está partiendo de risa en su cuarto, viendo vídeos en el móvil.

Entro en su habitación con Pietra en brazos, ya perfumada y vestida con un conjunto nuevo de chándal con dibujos de unicornios, y la dejo sobre la cama.

—¡Nicole! —protesta Julia—. Quita a esa niña de aquí, va a toquetear mis cosas.

—No puedo, chica. Tengo que salir a trabajar, así que tienes que quedarte con tu hermana hasta que llegue Raissa.

—¿Y dónde está el padre de ella? —pregunta, sentándose y enrollándose el pelo pelirrojo, igualito al de mamá, en un moño.

— No ha aparecido desde la bronca del almuerzo — respondo, saliendo del cuarto, demasiado cansada para aguantar las quejas de la adolescente.

En cuanto llego al pasillo, la oigo lanzar un objeto contra la puerta, pero no vuelvo para protestar.

Necesito ducharme y prepararme.



Nicole

A las seis en punto estoy parada en la acera frente a la última casa de la calle.

Es raro estar aquí. Esta casa ha estado vacía desde que me mudé a esta calle. Incluso había rumores de que estaba encantada, que las personas que vivieron aquí habían muerto de una forma horrible, y ahora hay una familia con niños viviendo en ella.

Me pregunto por qué no fue su esposa quien me llamó, quizás ella también sea médica y esté de guardia. Padres muy ocupados.

Chasqueo los dedos y toco el timbre blanco, que fue instalado hace poco y que no combina mucho con la construcción de estilo colonial.

— ¿Quién es? — escucho una voz masculina preguntar, acompañada de estática.

— Soy Nicole, la niñera — respondo al aparato blanco fijado en la columna de piedra que sostiene el portón de hierro forjado.

— Un momento, Nicole — pide la voz, seguramente sea el dr. Henrique.

Golpeteo el pie sobre la acera agrietada, mirando a través de las rejas de hierro hacia el jardín que se extiende desde el muro hasta la entrada de la casa. Aunque sé que hay gente viviendo, todavía me parece una casa encantada.

Veo la puerta abrirse y mi corazón se acelera. Siempre me pongo nerviosa cuando empiezo un nuevo trabajo. Cierro los puños y hago un ejercicio de inspiración por la nariz y exhalación por la boca, intentando relajarme.

Una silueta masculina empieza a venir hacia mí, caminando por el sendero estrecho de piedras entre el césped y los parterres de azaleas azules que se han desordenado alrededor de la casa en los años que estuvo vacía.

Cuando se acerca más, me doy cuenta de que se trata de un hombre con físico de atleta, alguien que se ejercita con regularidad. Noto los hombros anchos y los brazos musculosos bajo la camiseta de manga larga blanca que lleva puesta. El pelo le cae sobre la

frente, y solo veo su rostro con más claridad cuando abre el portón y yo entro a la propiedad.

Estoy aún más nerviosa porque fue él quien vino a abrir el portón y no su esposa. Basándome en los años de experiencia que tengo con los novios de mi madrastra, sé que los hombres tienden a no ser de fiar cuando están lejos de sus novias o esposas.

Sin embargo, algo en su postura me hace sentir más tranquila. Inspiro por la nariz y suelto el aire por la boca otra vez, sintiendo el aroma de las azaleas y del césped recién cortado. Algún profesional ya ha empezado a trabajar en los jardines de la residencia.

— Buenas noches, Nicole — me saluda el doctor Henrique, estirando la mano para que se la estreche.

Su apretón es firme.

— Buenas noches, doctor — respondo.

— Las niñas están en el salón. Sígame — me dice, y empiezo a andar a su lado hasta la puerta de entrada.

Nunca he trabajado para un médico y no recuerdo haber visto a uno tan guapo, y mucho menos con unos ojos tan azules.

Cuando paso por la puerta con él, siento que el interior de la casa parece más frío que el viento helado de fuera. Estamos en mayo, cuando el invierno se acerca en mi ciudad. Ya estuve dentro de la casa, en aquel luau, pero no había electricidad y parecía más un mausoleo.

A pesar del frío, la casa tiene una iluminación amarillenta que hace que el salón sea acogedor. Veo que la mayoría de los muebles ya están colocados en su sitio.

— Estas son las niñas — dice, arrodillándose junto a dos niñas rubias de cabello rizado.

Sus ojos son azules como los suyos. Están montando algo indefinido con piezas grandes de Lego, lo suficientemente grandes para que no sean peligrosas para niños pequeños.

— Esta es Aurora — dice, quitándole el lazo rosa de la cabeza a la hija, arreglándole el cabello rubio y poniéndole el accesorio de nuevo con cuidado, luego besa la mejilla de la niña. Después coge una pieza de Lego de la mano de la otra y la coloca en el lugar donde ella intentaba encajarla. — Y esta es Jasmine.

Me agacho junto a las dos pequeñas y les hago un gesto con la mano.

— ¡Qué bonitas sois! — las elogio con voz suave. Son tan parecidas que al principio no consigo ver ninguna diferencia entre ellas. — Y también tenéis nombres muy bonitos.

— A su madre le gustaban las princesas de Disney — comenta el doctor Henrique. Noto que su voz se vuelve más grave al mencionar a la madre, como si eso le doliera.

— ¡Mamá! ¡Mamá! — exclama la niña a la que acaba de arreglar el lazo, estirando los bracitos hacia arriba. — ¡Mamá!

— No, mi princesa, esa no es la mamá — dice el doctor Henrique con la voz algo alterada. — Es vuestra nueva niñera.

— Niñera — repite la niña pequeña, y la otra, Jasmine, comienza a llorar. No sé si por el tono serio de su padre o por la mención de su madre.

Me estiro y cojo a Jasmine para consolarla, haciendo una nota mental para recordar que ella es la bebé con el lazo lila y Aurora la

que lleva el lazo rosa.

Percibo la tristeza en el semblante del médico y me doy cuenta de que su esposa no me llamó porque está muerta, él es viudo y estas dos niñas son huérfanas, igual que yo cuando murió mi madre.

Un nudo se me atraganta en la garganta al pensar en el dolor que ellas cargarán toda la vida, en cada momento especial, en la primera menstruación, en todos los días de la madre...

La ausencia de una madre será algo que nadie podrá llenar jamás.

Abrazo a la pequeña, acurrucando su carita en mi hombro y frotándole la espalda.

— Todo irá bien, mi amor, todo irá bien — digo con la mayor dulzura que puedo transmitir en mi voz.

Siento que el dolor aflorar y, en ese momento, es como si yo también me arrullara. Ellas aún tienen un padre, que parece quererlas mucho, y espero con todo mi corazón que no las abandone, ya sea por destino o por descuido.

Miro a los ojos azules del hombre en medio del salón, que sigue jugando a montar los juguetes con Aurora, pasando la mirada de las piezas de lego a la niña en mi regazo, que parece triste. Dudo que algún día las abandone.

— ¿Ya han cenado? — le pregunto, sintiendo mi propio estómago rugir discretamente de hambre.

Jasmine ha dejado de llorar y ahora sólo solloza, chupándose un gordito dedo pulgar.

— No, no. Suelen comer a las siete, después de jugar, se bañan y se acuestan hasta las ocho. Pero mi tía dejó todo preparado en la nevera.

— No se preocupe, me encargaré de calentar y servirles la cena — respondo, sintiéndome un poco animada, me encanta cuidar niños, y estas son tan adorables. — ¿Y usted ya ha comido?

Mi educación no me permite tutearlo, aunque no parezca tener más de treinta años.

Sus ojos azules se entrecierran y esboza una sonrisa torcida, pero no protesta.

— Todavía no he cenado — dice brevemente, soltando la pieza de lego y poniéndose de pie. — Si quieres, puedes prepararte algo, la nevera está llena, pero no te preocupes por mí, no te he llamado para que me prepares la cena. Pido algo más tarde, no quiero darte más trabajo.

Me muerdo el labio, conteniéndome para no decir que los médicos deberían dar buen ejemplo y no sustituir las comidas por meriendas, aunque nunca sería tan atrevida.

Observo sus músculos marcados bajo la camiseta y me pregunto si sigue alguna dieta.

El doctor Henrique se pone de pie y dice que va a estudiar, estará en la oficina, en el pasillo de la planta baja, si necesito algo.

Da un beso en la cabeza de Aurora, se acerca donde estoy y acaricia la cabecita rubia de Jasmine antes de besarla y salir de la sala.

Más tranquila, la niña pequeña empieza a hablar algo en su lenguaje particular. Apenas logro entender algunas sílabas.

— Niñera, brazos — pide Aurora, pareciendo tener un poco más desarrollado el habla.

Coloco a Jasmine pegada al lateral de mi cuerpo y extiendo el brazo para coger a Aurora, llevándolas hasta los carritos de bebé que están junto al perchero, en el hall de entrada.

Pongo a una y luego a la otra en sus carritos de Minnie, pensando en cuánto debería quererlas su madre.

Llevan conjuntos de pantalón, body y chaquetita, una con lunares rosas y la otra con lunares rojos.

Abrocho los cinturones y recojo las muñecas de trapo que están en la cesta inferior de los carritos, entregándoselas a las gemelas, y luego las llevo a la cocina.

Para mí, la casa aún tiene ese aire gélido y misterioso que tenía cuando la visité la última vez, vacía y abandonada.

Aunque hay niños aquí, la felicidad todavía no ha sustituido el ambiente austero. Quizá tenga que ver con el duelo por la madre de ellas.

Me pregunto cuánto tiempo hará que murió, pero el pensamiento me inquieta.

Empujo, torpemente, los carritos hasta la cocina, atraída por la habitación iluminada.

Veo una mesa grande y los armarios de madera oscura, antiguos, que han sido pulidos y limpiados para acomodar la vajilla y utensilios de la nueva familia.

La mesa tiene lugar para ocho personas y está cubierta con un mantel de encaje que parece tener varias décadas, como si fuera

heredado de la madre del doctor Henrique, o incluso de su abuela.

Veo algunos utensilios sobre la encimera, una cocina de seis fuegos oscura y una nevera de dos puertas en acero inoxidable que aporta un toque moderno al espacio clásico.

— Vamos, chicas — digo, mostrando entusiasmo en mi tono para espantar el ambiente pesado. — La niñera va a calentar vuestra cena y preparar algo para que papá coma.

En realidad, estoy más preocupada por prepararme algo para mí que para el doctor Henrique.

Aún no he cenado porque a Raissa le disgusta que coma antes que el resto de la familia, y si espero a llegar a casa para comer, puede que encuentre las ollas vacías.

— Papá — balbucea Aurora mientras se mete la manita en la boca, mordiéndola con sus dientecitos y soltando una risa adorable.

Juego con ellas, en la privacidad de la cocina, cantando y moviendo el cuerpo al ritmo de una canción de La Gallina Pintadita, arrancándoles risitas, mientras abro los armarios y la nevera para ver qué voy a preparar para la comida.

Tomo los tarritos de cristal con las verduras y la pasta de las niñas, entonces decido hacer un estofado de pollo con la pechuga que encuentro en el congelador, optando por no usar carne roja.

Preparo la cena, prestando siempre atención a las gemelas, y cuando el estofado y el arroz suelto están listos, pongo patatas paja en una fuente y voy hasta la puerta de la oficina a llamar al doctor.

— He hecho la cena — anuncio con voz suave, sin querer molestarle demasiado. — ¿Quieres comer mientras está caliente?

Estoy acostumbrada a no servirme primero, por eso necesito que él venga a comer.

— Ahora voy — dice y yo vuelvo a la cocina.

Mi barriga ruge cuando coloco a las gemelas en las tronas y empiezo a servirles la cena, dándoles cucharadas y manchando sus baberos, hambrienta, conteniéndome para no comer una cucharada de su comida.

Unos minutos después, el doctor Henrique aparece.

— Huele muy bien — dice, acercándose a besar la cabeza de cada una de las niñas, que están demasiado ocupadas devorando el brócoli y las zanahorias cocidas para prestar atención al papá.

— He hecho estofado, no sé si tú lo comes — comento, ansiosa por la cercanía y porque estamos solo nosotros cuatro en la casa.

Es la primera vez que atiendo la llamada de un viudo. Quizá por eso mis nervios están tan a flor de piel y mis sentidos en alerta.

No suelo sentirme cómoda en casa de otros, pero sola con un hombre y dos niñas pequeñas, es aún peor.

Para ser sincera, no consigo sentirme cómoda en ningún sitio. Es como si siempre fuera una intrusa.

Intento no mantener contacto visual para no acentuar mi estado.

— Yo como de todo y huele realmente bien — dice con su tono de voz elegante. — ¿Ya has comido?

— Todavía no, estaba esperando que tú te sirvieras primero — respondo con la cabeza baja, sin estar segura de si parezco maleducada.

— Ah, sí — murmura mientras se sirve en la mesa. Comenta justo después del primer bocado: — ¡Está muy bueno! Ni recuerdo la última vez que probé una comida tan rica.

No sé si está siendo amable o si realmente le ha gustado. Toma una cerveza longneck de la nevera y empieza a beber mientras come.

Estoy muriéndome de hambre, pero primero tengo que alimentar a las gemelas. Siento una ansiedad creciente dentro de mí por no haber esposa, por ser solo los niños, el doctor Henrique y yo. Por instinto, mis ojos buscan la salida más cercana y, como reflejo, giro el cuerpo hacia la puerta, por si necesito huir. Entonces me doy cuenta de lo que hago y trato de tranquilizarme pensando que no corro peligro.

El doctor Henrique mueve el móvil mientras come, lo que es un alivio. Así no puede ver que mis manos están temblorosas. Al terminar, bebe el último sorbo de cerveza y se gira.

Mi corazón late rápido cuando su mirada encuentra la mía.

— Gracias por la cena — dice con tono de voz ronco. — Estaba deliciosa.

Siento que algo se agita dentro de mi estómago. Quiero decir algo elaborado, pero no consigo manejar la ansiedad.

— Los ingredientes son tuyos — respondo mientras limpio a Aurora con una servilleta desechable.

Suelto una risa nerviosa mientras limpio a Jasmine. Entonces el doctor Henrique se levanta, va al fregadero y comienza a lavar los pocos platos que hay sobre él.

— Déjame que lo haga yo — digo, levantándome rápido y yendo hacia el fregadero.

Con la cercanía entre nosotros, veo asomarse una pequeña parte de un tatuaje que se asoma en el cuello redondo de su camiseta.

— No te preocupes, yo lo lavo — insiste.

Ninguno de los novios o maridos de Raissa jamás lavó los platos. No estoy acostumbrada a que un hombre haga algo así. Siempre soy yo quien recoge la mesa y limpia toda la cocina después de las comidas. ¡Siempre! Esa es mi función principal.

Aprieto un paño de cocina sobre el fregadero y lo observo más de cerca, a su lado, tan cerca que puedo sentir el aroma amaderado de su perfume. Algo en su semblante me hace pensar que no necesito estar llena de miedos y paranoias por estar a solas con un hombre, sin una esposa en la casa, aunque aun así, echo una rápida mirada hacia la puerta, calculando mentalmente cuántos pasos necesitaría dar para llegar a ella si el doctor Henrique intentara algo.

Trago saliva y sacudo la cabeza ligeramente para alejar esos pensamientos.

Él es alto, con hombros anchos y los contornos de sus músculos visibles bajo la camiseta, apenas llego a alcanzar su pecho, pero aun así me permito confiar en él y relajarme un poco en su presencia.

Mi corazón sigue agitado, pero trato de controlar la respiración.

Mechones de su cabello castaño claro caen sobre su frente y sus ojos azules se concentran en los platos.

¿Qué tatuajes podría tener un pediatra?

Quisiera ser lo suficientemente audaz para preguntar, aunque sé que nunca tendré el valor de decir algo así en voz alta.

Dejo los platos sobre la encimera mientras él los lava, y vuelvo mi atención a las niñas. Las bajo de las sillas altas y recojo sus platos con las sobras de las verduras. Los llevo hasta el fregadero, donde el doctor Henrique los toma para lavar.

Necesito aclararme la garganta para poder murmurar algo.

—¿Dónde están las habitaciones de las niñas y el baño? —mi voz suena baja, delatando mis nervios.

No quiero que piense que no sé cuidar a las niñas. Son tranquilas y él parece amable, quiero volver a trabajar con esta familia.

—Te acompaño —responde.

Me lleva arriba por la escalera de madera oscura, que le da un aire aún más austero a la casa. Él carga a Aurora, mientras yo llevo a Jasmine agarrada de la cintura, medio de lado. El doctor Henrique me muestra todo lo que necesito saber y vuelve a su despacho.

Me quedo con las niñas hasta las nueve y media de la noche, cuando finalmente están dormidas, bañadas y en sus camitas de princesas.

Llamo a la puerta de su despacho para avisar que terminé y él me paga. Más del doble de lo que suelo cobrar. No rechazo la

diferencia ni hago aspavientos. Suspiro emocionada con la idea de poder ahorrar un poco más esta vez.

—¿Puedo llamarte otra vez cuando necesite? —pregunta antes de que salga del despacho.

—Sí, claro. Fue un placer cuidar a tus hijas, son unas princesas —trato de sonar lo más amable posible, aunque no sé si lo consigo.

—Gracias —dice y me regala una sonrisa espontánea y dulce, como si hacía mucho que no tenía motivos para sonreír así.

Pienso en todas las preguntas que me gustaría hacer mientras agradezco la oportunidad y salgo de su despacho.

Al cruzar el jardín, sintiendo el aroma de las flores mojadas por la llovizna fina, veo el coche de Inácio estacionado en la acera de la casa.



Nicole

Trago saliva y respiro hondo, luchando contra las náuseas que crecen en mi estómago. Paso por la puerta y empiezo a andar con pasos largos, fingiendo ignorar el coche que empieza a seguirme de cerca.

Mantengo la mirada al frente hasta que paro frente a casa y me doy cuenta de que el candado ya está cerrando la puerta. No

tengo la llave.

Respiro hondo, molesta porque Raissa me trate así, por dejarme fuera sabiendo que solo salí a trabajar, a ganar un dinero que ayudará a pagar los gastos de la casa. Me muerdo el borde interno de la mejilla y me aseguro a mí misma que este será mi último año viviendo con ella, que algún día también seré médica, como el doctor Henrique, y ni ella ni sus novios estúpidos podrán tratarme mal.

— ¿La puerta está cerrada? — Inácio pregunta incrédulo. — No me creo que Raissa me haya dejado fuera de casa. ¿Qué estará tramando esta mujer?

— No fuiste el único al que dejó fuera — murmuro bajito, pero él no me escucha.

— ¿Sabes por qué llegó tarde a comer hoy? — me pregunta.

Inácio es un hombre de mediana edad, fuerte, alto y con la piel quemada por el sol que sufre en su trabajo como capataz de una finca en Avaré. Hoy es su día libre y estuvo en casa el tiempo suficiente para saber que Raissa no está llegando a casa a la hora correcta.

Me encojo de hombros, molesta por la cercanía. Siento el olor a aguardiente en su aliento y sé que se pone aún más nervioso cuando está borracho.

— No lo sé. No me dijo nada — respondo antes de que se enfade conmigo.

Siento sus ojos sobre mí y tengo que contenerme para no salir corriendo.

— Siempre fui fiel a ella, aunque me moría de ganas de ponerle los cuernos — su voz suena terrible. No levanto la mirada, pero siento su sombra sobre mí, sus hombros encorvados hacia mí. Sé que se refiere a ponerle los cuernos conmigo.

Mi estómago se revuelve y frunzo el ceño, sintiéndome abandonada, como si no tuviera a quién quejarme, un regazo al que correr, sola en la vida.

— Fui fiel hasta cuando la tentación fue demasiada — añade. — Y aun así, ella quiere hacerme el tonto.

Trago saliva con dificultad, deseando que abra ya la puerta para poder esconderme en mi habitación. Pero Inácio sigue mirándome desde arriba. Me atrevo a mirarlo por un instante y es como si me devorara con la mirada.

— ¿Crees que merezco que me engañen? ¿Crees que voy a aceptar que me pongan los cuernos? — me pregunta.

— Estoy segura de que Raissa nunca haría eso — comento, obligándome a quedarme allí.

Pienso en salir corriendo de vuelta a la última casa de la calle y pedirle al doctor Henrique que me deje pasar la noche allí, que su casa, aunque parezca vieja y encantada, parece un lugar más seguro para mí, pero ¿qué ridículo sonaría eso?

Solo por este año, una vocecita suena en mi mente.

— Ella ya lo ha hecho con otro. Es mal hablada en el pueblo, pero es mejor que no lo haga, o...

Oigo el tintineo de las llaves y finalmente abre el candado, abriendo las puertas para guardar su camioneta. Corro hacia dentro, pero la puerta principal también está cerrada con llave.

Empiezo a golpearla, sin importarme molestar a Raissa o a alguno de sus hijos. No quiero pasar ni un segundo más fuera con Inácio. Él no me respeta, la mayoría de los hombres que mi madrastra metió en casa nunca me respetaron.

Ella aparece, envuelta en un albornoz rosa de felpa, y me mira como si hubiera cometido un crimen.

— Tu marido está furioso — anuncio, pasándola y cruzando la sala donde sus hijos mayores están tirados en el sofá grande en forma de L, jugando con sus móviles.

Llego a la cocina y solo entonces me doy cuenta de que no he comido ese strogonoff divino que preparé en la casa del médico. Me muerdo el labio con fuerza, las náuseas en el estómago dando paso al hambre.

No puedo creer que me haya olvidado de cenar. Llego a la cocina, pero antes de que pueda comprobar si hay suficiente comida para Inácio y para mí, él irrumpe por la puerta principal y empieza a gritarle a Raissa palabras que no quiero oír.

Abro rápidamente la puerta del armario y encuentro la bolsa marrón de pan, cojo uno y corro a mi habitación, cerrando la puerta con llave.

Me tiro en la cama, el cansancio mental prevaleciendo, y doy el primer mordisco al pan solo. Termino de comerlo con tres mordiscos más. Siento que no es suficiente para llenar el vacío en mi estómago, pero no me atrevo a salir de la habitación. No con los gritos que vienen desde fuera.

Las peleas son cada vez más frecuentes. Esta vez no voy a salir de la habitación a buscar a los niños pequeños. Intento convencerme de que no es mi responsabilidad, pero quedarme aquí solo me hace sentir peor.

Miro los cuadernos sobre la pequeña mesa vieja y oxidada de bar, cubierta con un mantel de algodón descolorido, mi escritorio improvisado, y me levanto para coger las últimas anotaciones que hice de química. Cuando pongo el pie en el suelo, siento mi móvil vibrar en el bolsillo de mis pantalones de chándal.

Lo cojo y veo que es una llamada del doctor Henrique. Trago saliva, sintiendo el corazón empezar a martillear en el pecho y, ansiosa, contesto, preguntándome si he hecho algo mal.

— ¿Hola? — Mi voz suena insegura mientras repaso mentalmente los acontecimientos de la noche, tratando de entender dónde me he equivocado para que él me esté llamando.

— ¿Nicole? — pregunta él.

Mi corazón ahora late furioso, subiendo por mi garganta.

— Soy yo.

— Te olvidaste de cenar — dice el doctor Henrique con voz aterciopelada y calmada.

— Estaba tan preocupada cuidando a las niñas que se me olvidó — comento, respirando aliviada.

— ¿Por qué no vuelves y cenas aquí? El estofado estaba realmente muy bueno.

Su invitación es muy tentadora. Escapar de escuchar esa estúpida pelea entre Raissa e Inácio sería genial, pero eso implicaría pasar por ellos en la sala y explicar por qué iba a salir otra vez.

La incomodidad de cruzarme con Inácio una vez más esta noche y recordar sus insinuaciones sobre saltar la cerca está por

encima de un plato de estofado, por mucho que mi estómago esté vacío.

No es la primera vez que hace insinuaciones así cuando bebe, y temo que no será la última, pero no voy a exponerme a eso cuando puedo evitarlo.

Miro la ventana abatible en la pared de la habitación, consciente de que no puedo salir por ella, aunque sea delgada y bajita, y hago un puchero.

— ¿Nicole? — insiste el doctor Henrique.

— Gracias, doctor, pero ya estoy cenando en casa. Será para la próxima — intento sonar lo más amable posible, mientras me recojo mi largo cabello castaño en un moño desaliñado.

— ¿Estás segura?

— Sí, seguro.

— Buenas noches, entonces — dice y suspira. Parece que esa tristeza lo está dominando otra vez.

Quizás sea el duelo o solo mi impresión. Aun así, me pregunto si no me llamó porque quería compañía. Entonces me doy cuenta de que un hombre rico y encantador como él seguramente no buscaría la compañía de una niñera.

— Buenas noches, doctor Henrique — respondo antes de que la llamada se corte.

Suspiro, tratando de entender si había otra intención detrás de la llamada, pero me convenzo de que él es solo amable y atento.

Los gritos fuera del cuarto se escuchan más fuertes, acompañados de golpes. No quiero saber de qué se trata, pero no puedo dejar de oír que Inácio sacó a relucir algo que pasó hace al menos dos años — la vez que Raissa fue a una fiesta sin él, cuando estaban enfadados.

Quiero salir de la habitación para buscar a Pietra y Mariano, pero mi aparición podría empeorar aún más la pelea. Cojo mis auriculares, mis apuntes de química y, aunque cansada, decido que voy a estudiar al menos dos horas.

Si realmente quiero aprobar la selectividad, no puedo darme el lujo de dormir antes de la medianoche, no cuando tengo tantas otras ocupaciones durante el día.



Despierto con el sonido de la cerradura de mi puerta girando. La luz sigue encendida y mi mejilla está apoyada contra el cuaderno, los auriculares colgados cerca de mis orejas transmiten una clase de química.

Me quedo inmóvil mientras la manilla gira. Entonces empiezo a escuchar golpes suaves en la madera de la puerta.

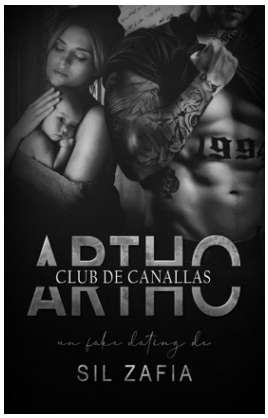
— Nicole, ¿estás despierta? — Reconozco la voz de Inácio.

Mi corazón late dolorido en el pecho mientras rezo para que se vaya pronto. No puedo desear que Raissa lo sorprenda, porque al final me cargarían a mí.

LEIA AQUI!!

ARTHO – CLUB DE CANALLAS

FAKE DATING, SLOW BORN , NEW ADULT, BAD BOY CON UN PASADO TRAUMÁTICO, PADRE SOLO, NIÑA ADORABLE, FOUND FAMILY, ROMANCE UNIVERSITARIO



Prólogo



São Paulo - Capital

Sweater Weather de The Neighbourhood. Hacía siglos que no escuchaba esa canción.
Son las 16:16 de una tarde ajetreada.

Tamborileo con los dedos sobre el volante del Jaguar mientras espero a que el semáforo cambie.

Acelero en cuanto la luz se pone verde y tiro del nudo de mi corbata para aflojarlo. Estoy deseando llegar a casa, quitarme el traje y darme una buena ducha.

Quedé con mis cinco mejores amigos para vernos esta noche en el club nocturno que Nathan y Gabriel abrieron hace poco: el Club de Canallas. Hoy gané mucho dinero con un caso y tengo que celebrarlo. Además, el club está teniendo mucho más éxito del que esperaban los gemelos.

No puedo conducir mucho rato; otro semáforo se cierra y me detengo junto a la acera, frente a un restaurante italiano.

Veo a la gente cruzar la calle, pero algo me obstruye la garganta y me deja sin aliento al reconocer un rostro familiar.

Lleva un vestido negro y sandalias de tacón, su melena castaña ondea sobre sus hombros como la de una modelo en la pasarela.

Busco su nombre en mi memoria. No necesito más que unos segundos para recordarlo.
Mi pulso se acelera. ¿Qué hace aquí, en São Paulo? Paso por esta calle todos los días cuando recojo a mi hija del colegio, y nunca la había visto.

Se me cae la mandíbula. Había olvidado lo guapa que es.

— Lograste quedarte aún más…— murmuro, viéndola pasar frente al Jaguar—. Joder que buena esta...

— ¡Papá! — me reprende mi hija desde el asiento trasero.

— Lo siento, cariño — digo, tocando su mano sobre mi hombro, pero no puedo apartar los ojos de la mujer. Llega a la acera y entra en el restaurante.

El semáforo se abre y un coche toca la bocina detrás de mí, pero aún puedo verla a través de la ventana del restaurante. El corazón me empieza a doler como la última vez que la vi.

Lleno mis pulmones de aire. El coche sigue tocando la bocina.

— ¿Quién es, papá? — la suave voz de mi hija me devuelve a la realidad y acelero de nuevo.

— Es alguien que conocí hace muchos años, cuando estaba en la universidad, en Bento Gonçalves — murmuro.

Intento convencerme de que el pulso acelerado y el nudo en la garganta se deben a la sorpresa de encontrarla, ocho años después.

Dejarla fue la cosa más difícil que he tenido que hacer en mi vida. Pero lo hice y conseguí olvidarla. Estoy seguro de ello.

Capítulo 1



Bento Gonçalves - Rio Grande do Sul

Sábado, 5 de agosto de 2017

El Bar Culture está a tres cuadras del Edificio Universitario. Hay muchos estudiantes fumando en la acera, con chaquetas con el emblema de la universidad y vasos de bebida en la mano. Puedo escuchar la música desde la calle.

Las paredes son de cristal y puedo ver las luces rojas del interior. *La luz roja me recuerda al cabaret*.

Raquel Mendes aprieta fuerte mi codo. Es mi nueva compañera de habitación, la persona con la que compartiré un minúsculo dormitorio durante los próximos años.

Tengo la cabeza gacha, estoy tan nerviosa por estar aquí que se me revuelve el estómago.

— Son los chicos más guapos de la universidad — dice en voz baja.

Hace unas horas me he trasladado de Santo Antônio das Missões, una pequeña ciudad de unos diez mil habitantes en el noroeste de Rio Grande do Sul, a Bento Gonçalves, en la Serra Gaúcha, donde voy a estudiar Derecho en la Universidad Federal.

Apenas tuve tiempo de deshacer la maleta y mi compañera de habitación ya había conseguido convencerme para venir a este bar que, según ella, siempre está lleno de universitarios.

Ya me arrepiento de haber aceptado. Me pasé toda la secundaria metida en los libros, luchando por conseguir una plaza en una universidad federal, y nunca había estado en un lugar como este.

Raquel vuelve a sacudirme el brazo, hasta que levanto la cabeza y lo veo de pie bajo la farola.

— Es Artho Becker —murmura Raquel cerca de mi oído.

Está a menos de dos metros de nosotros, llama la atención porque es uno de los tipos más altos de aquí y lleva una corona de laurel tatuada en el cuello. Aunque lleva una chaqueta de cuero, puedo ver que tiene hombros anchos.

Analizo su rostro durante unos segundos, pero me moriría de vergüenza si me descubriera mirando. Tiene un mentón bien formado y ojos marrones, y se ríe mientras habla con dos chicos gemelos.

— Cinco reales por el couvert —dice la recepcionista en la puerta, distrayéndome de Artho Becker.

Levanto las cejas. No sabía que tendría que pagar para entrar.

Tengo que administrar muy bien el dinero que me ha dado mi madre, o lo voy a pasar mal fuera de casa.

Quiere que me dedique a mis estudios en el primer semestre de universidad. Ha reunido un poco de dinero para mantenerme durante los próximos meses hasta que consiga unas prácticas relacionadas con el Derecho.

Saco un billete de cinco reales del bolsillo y pago a la recepcionista. Me pesa la conciencia, no es por eso que mi madre

trabajó tanto en turnos dobles como cuidadora de ancianos, para que yo gastarlo todo el dinero en bares y discotecas.

Por la cara que pone Raquel cuando le da el dinero, gastar le duele en el bolsillo tanto como a mí.

Entramos en el pub y ahora soy yo quien le agarra el codo, con miedo de quedarme sola en medio de todos estos desconocidos.

— Esos son las universitarias que viven en el ático de lujo — me informa Raquel, haciéndome mirar a un grupo de chicas guapas y elegantes que están cerca de la banda —. Cuanto más dinero tiene tu familia, más alto es el piso que ocupas en el Edificio Universitario, y ellas son muy ricas. Hacen las mejores fiestas en nuestro edificio, pero nunca me invitaron.

— Los pisos más baratos siempre están en las plantas bajas— digo.

— Por eso vivimos en el segundo piso con el resto de la *plebe*, es lo máximo que nuestros padres pueden pagar —dice Raquel.

Por su forma de vestir, me doy cuenta de que intenta disimular al máximo su clase social. Estudia moda y tiene una

máquina de coser en su habitación. Me ha dicho que ella misma se hace la ropa.

La banda está tocando *Sweater Weather* de *The Neighbourhood*. Al menos la música es buena. Meto la mano libre en el bolsillo de los vaqueros, intentando controlar el temblor de ansiedad.

Soy la única chica en mi campo de visión que lleva pantalones rectos. Todas las demás que veo están con vestidos o minifaldas. Además, apuesto a que también soy la única que lleva zapatillas de correr y una camiseta de los personajes de película. No sé cómo Raquel se atrevió a salir conmigo vestida así.

Lleva una falda y una blusa rojas, un abrigo *oversize* negro y botas que llegan hasta la mitad de los muslos.

— ¿Vamos a comprar una bebida? — pregunta Raquel mientras me lleva hacia la parte más concurrida del bar.

No puedo gastar más dinero, pero la sigo de todos modos.

El lugar está lleno, y tardamos un rato en llegar hasta la barra. Ella susurra comentarios sobre cada una de las personas con la que

nos cruzamos. Estoy demasiado nerviosa para prestar atención a lo que dice.

— ¡Ay, Dios mío, ¡Artho está en la fila! — dice, arreglándose el cabello rapidamente, y comienza a abrirse paso entre los jóvenes hasta llegar a donde quiere estar. La sigo con mi mano en su codo, chocando con los hombros de las personas.

Ella se lanza contra el chico que compra bebidas en la caja.

— ¿Artho? — dice, fingiendo sorpresa al verlo girarse —. Perdona, choqué contigo sin querer.

El chico, que antes estaba afuera con los gemelos, mira a Raquel y le guiña un ojo.

— No pasa nada— responde con voz grave.

— ¡Qué cliché! — susurro, riéndome de la escena, cuando me doy cuenta de que se está enroscando un mechón de pelo en el dedo, desplegando todo su encanto.

Debe de ser genial tener tanta confianza para ligar con los chicos. Yo, en cambio, siento el corazón acelerado solo de verla hablando con él.

— ¿Raquel Mendes, del curso de Moda? — le pregunta Artho, y ella asiente, contenta de que él sepa su nombre. — ¿Qué vais a beber?

— Cerveza — dice Raquel mientras le entrega un billete de diez.

— ¿Y tú? — pregunta Artho, mirando me rostro por primera vez y desviando la vista enseguida hacia mi camiseta —. *Bat... girl*.

Siento cómo mis mejillas se sonrojan por la atención que no esperaba recibir de él.

Meto la mano en el bolsillo buscando dinero, maldiciendo en silencio por gastar tanto en la primera noche.

— Una Coca-Cola— respondo con voz débil y le entrego un billete de diez.

El chico guapo y atlético compra las bebidas y nos devuelve el cambio. Doy un trago largo a la Coca-Cola fría, sintiendo cómo refresca mi garganta al bajar.

— ¿Has venido aquí solo para beber refresco, *Batgirl*? — bromea Raquel, guiñándome un ojo.

Ignoro su provocación y bebo unos cuantos sorbos más. Estoy avergonzada por mi simple camiseta de *Batman*. Todo el mundo a mi alrededor está bien vestido, y yo no encajo aquí. Agradezco en silencio que, aparte de Artho, nadie más haya reparado en mí.

La banda empieza a tocar una canción más animada, y escucho al tatuado invitar a Raquel a bailar.

— Ve, tranquila —digo cuando me lanza una mirada preocupada. Tengo miedo de quedarme sola, pero no puedo exigirle que esté a mi lado todo el tiempo.

No me gusta el sentimiento que invade mi pecho al ver a Artho y Raquel alejarse hacia los otros pares que están bailando.

Frunzo el ceño mientras los observo moverse al ritmo de la música. Ella baila muy bien, y sujetándose de la mano del chico, mueve las caderas con sensualidad, atrayendo las miradas masculinas a su alrededor.

Veo a los gemelos sonriendo a su amigo. El pelo rubio oscuro de Raquel se ondula al compás de sus movimientos. Otras parejas empiezan a bailar, y yo me voy arrinconando cada vez más cerca de una columna de hormigón.

Aparto la mirada de ellos, dejo la lata de Coca-Cola sobre una mesa cercana y me quedo mirando a la banda tocar algunas canciones.

Las chicas ricas del ático están rodeando al vocalista con risitas y aplausos.
Es moreno, tiene el pelo largo hasta la altura de la barbilla y los ojos claros, además de que canta muy bien.

— Estás devorando a Victor con la mirada —escucho la voz de Artho Becker muy cerca de mi oído, y doy un respingo.

Llevo la mano al pecho mientras siento la sangre subir a mi rostro.

Raquel está colgada del cuello de Artho, pareciendo delicada entre sus brazos. Es varios centímetros más baja que él, incluso con sus botas de tacón alto. Noto que yo tampoco llego a la altura de los hombros de él.

— ¿Otra cerveza? —pregunta Artho.

— Claro —responde Raquel, entregándole el dinero.

Pongo los ojos en blanco; bien podría invitarle una bebida.

— ¿Otra Coca-Cola, *Batgirl*? — pregunta Artho.

Detesto cómo mi corazón se comporta de forma exagerada solo por recebir atención de un chico guapo. Me pregunto cómo mi compañera de habitación puede parecer tan tranquila.

— Es Charlotte — me armo de valor y digo mi nombre, ya que Raquel no nos presentó. Después me doy cuenta de que lo olvidará en el siguiente instante. — Todavía estoy bebiendo mi Coca-Cola.

— Artho está buenísimo, ¿no? —pregunta Raquel en cuanto Artho se aleja—. Además de guapo, dicen que aguanta toda la noche.

Abro los ojos de par en par y casi me atraganto, sorprendida por la naturalidad con la que habla.

— Y-yo no... —empiezo a tartamudear.

— Tendré que averiguarlo. ¿No te gustan los tatuados, Batgirl? —pregunta mientras me lanza una sonrisa traviesa.

— Nunca he probado uno —confieso. La verdad es que nunca he estado con ningún chico, y ahora me siento fatal al saber que ella se irá con él y yo tendré que volver al piso sola.

Necesito disimular, no puede darse cuenta.

— Ahí viene —Raquel se muerde el labio perfectamente perfilado, pintado con un pintalabios nude.— Quiero follar hasta que salga el sol.

— Espero que lo consigas —susurro mientras me recojo el pelo en un moño alto.

Artho se acerca y me mira a los ojos mientras le entrega la cerveza a Raquel. Aparto la mirada rápidamente, pero alcanzo a notar ese aire de superioridad que tiene. Quizás vive en uno de esos pisos caros, vecino de las chicas de las que Raquel habló. Seguro que tiene pasta, un típico playboy.

Por lo menos, Raquel va a conocer un ático de lujo.

Se están besando a mi lado, y no puedo evitar ver cómo sus lenguas se entrelazan mientras Artho aprieta a mi compañera de cuarto contra su pecho y la levanta del suelo. Raquel encaja perfectamente entre sus brazos.

Desvío mi atención de la escena y noto que sus amigos gemelos me están mirando. Seguro que piensan: *la amiga rara haciendo de sujetavelas*. Esto me irrita tanto que consigo tragarme

mi timidez y los miro fijamente, uno tras otro, hasta que dejan de mirarme.
Vuelvo mi atención a la pareja.

Vuelvo mi atención a la pareja.

La mano de Artho agarra el pelo de la nuca de Raquel, con el otro brazo, la mantiene pegada a su cuerpo. Sus labios se separan, él la coloca en el suelo y ella le pasa los dedos por su boca para quitar las marcas de pintalabios. Los dos se sonríen el uno al otro.

Me siento ridícula por desear que alguien me bese así. Además de que Raquel está siendo super maja conmigo, Artho no es el tipo de chico que besaría a una chica como yo.

Raquel se da la vuelta y agarra mi mano sin que lo espere. Mi corazón late aún más rápido cuando ella frota su pulgar contra el mío, porque mi mente fantasea con que me va a ofrecer a Artho, para que él también pueda besarme.

El pensamiento es tan absurdo que me deja sin aliento, me niego a mirar a Artho ahora. Aunque parecer un playboy arrogante, es muy atractivo y no estoy preparada para sorprenderlo mirándome, no con las cosas que me pasan por mi cabeza ahora.

— Tienes un precioso hoyuelo en el mentón, Charlotte— dice Raquel y me acaricia mi cálida mejilla—. ¿No es hermosa, Artho?

Mi pecho se mueve rápidamente con una respiración rápida. Tomo coraje y lo miro por un momento. Tengo que morderme la esquina interior de las mejillas para aliviar la tensión.

Artho me parpadea con su ojo marrón, pero no responde la pregunta.

Me siento transparente, como si las personas que me rodean, incluidos los gemelos entrometidos, supieran lo que acabo de imaginar.

Raquel saca el móvil del bolso y me arrastra para salir en un story de Instagram con los dos.

— ¿Cuál es tu arroba, Artho? — pregunta ella.

— No tengo Instagram — responde él. — Ni Facebook.

Ella lo mira perpleja.

— ¿Y cómo te relacionas con la gente?

— Así — dice, tirando de ella para darle otro beso.

Giro la cara, avergonzada, acalorada y ansiosa.

Noto que la banda ya no está en el escenario. Un DJ tomó su lugar. Los gemelos desaparecieron. Las chicas del ático también, probablemente fueron a una orgía. Todos juntos, incluido el vocalista.

— ¿Quieres salir a comer algo? — pregunta Raquel. — Artho tiene coche. Y este sitio se va a descontrolar con el DJ. Muchas drogas.

— ¡No, no! — niego rápidamente. — Id vosotros, estoy cansada del viaje, voy a volver al dormitorio.

Me alejo con la plena conciencia de que fue una pésima idea venir. Además de sentirme incómoda la mayor parte del tiempo, ya he gastado suficiente dinero por una noche.

Pero la pareja me sigue hasta fuera del Bar Culture.

— Te acompañamos hasta el edificio — dice Artho Becker cuando llego a la acera, lejos del ruido alto de la música.

— Ni pensarlo — respondo, elevando la voz por los nervios. — No hace falta.

— ¡Charlotte! — Raquel me lanza una mirada de advertencia.

— Id a divertiros. Puedo volver perfectamente sola, son solo tres manzanas.

— ¿Estás molesta porque voy a liarme con él? — mi compañera de cuarto susurra al acercarse a mi oído. — Es tu primera noche, podemos pasarla juntas. No lo necesito a él.

— No, Raquel. Ni de broma. Puedes irte tranquila — ruego y me alejo unos pasos, pero ellos me siguen.

— Acabas de llegar a la ciudad. No voy a dejar que vuelvas sola a casa después de robarle su amiga en tu primera noche aquí — se justifica Artho —. Es tarde, y a estas horas hay muchos borrachos por la calle.

Me muerdo la lengua al darme cuenta de que solo pareceré cabezota si sigo insistiendo.

— Está bien.

Dejo que Raquel se enganche de mi brazo. Artho camina a mi otro lado, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta. La brisa fría despeina algunos mechones de su pelo castaño claro, que caen sobre su frente.

Miro nuestros pies. Artho lleva botas militares marrones, Raquel, sus botas negras, y yo, mis zapatillas de correr.

Ella apoya la cabeza en mi hombro y agarra mi brazo con fuerza hasta que llegamos a la entrada del Edificio Universitario, hogar de la mayoría de los estudiantes que vienen de otras ciudades para estudiar en la UFBG.

— ¿Seguro que quieres quedarte sola? — insiste.

Intento ser optimista, pero la verdad es que me molesta un poco que Raquel prefiera salir con él antes que pasar el resto de la noche conmigo, aunque digo que no me importa.

— Ve y diviértete — digo y le doy una sonrisa forzada.

— Tienes un precioso hoyuelo en el mentón, *Batgirl* —dice Artho.

Mi corazón se acelera con su cumplido. Esbozo una sonrisa tímida y les doy la espalda a ambos.

Dentro del cuarto, decido terminar de deshacer las maletas y organizar mi ropa gastada en el pequeño armario que ahora es mío.

La antigua compañera de cuarto de Raquel fue expulsada, y dejó algunos percheros que uso para colgar mis camisetas de personajes y la chaqueta de lona nueva que me regaló mi madre.

Me doy una ducha y me meto debajo de las mantas, en una de las dos camas individuales con cabeceras de hierro, la que está más alejada de la puerta.

Es la primera vez que voy a dormir lejos de casa. Echo de menos a mi madre y su abrazo protector.

Me doy la vuelta en la cama y trago el nudo que tengo en la garganta. No puedo llorar como una niña, ya estoy bastante mayor y tengo que aprender a valerme por mí misma. Solo que no pensé que sería tan solitario, que me sentiría tan fuera de lugar.

Mi corazón pesa al recordar a los gemelos, la forma en que me miraron mientras Raquel besaba a Artho, y pongo mala cara.

No soy encantadora ni deseable como las chicas que estaban en el bar. Sé perfectamente que no me visto bien y nunca he hecho ningún esfuerzo por cambiarlo.

Debe ser por eso que estoy dando vueltas sola en la cama un

sábado por la noche, en plena flor de mis dieciocho años, mientras Raquel va a pasar la noche follando con Artho.

Todo el mundo habla de la belleza interior, pero al final, lo que realmente importa es el físico.

Hasta yo quisiera tener un novio guapo y atractivo. No voy a ser hipócrita.

En medio de esos pensamientos autodestructivos, termino quedándome dormida.
Me despierto sobresaltada por un ruido en el cuarto. Escucho susurros. Intento enfocar la vista hasta distinguir a la pareja liándose cerca de la cama de Raquel.

— Eso no está bien —oigo murmurar a Artho Becker—. Charlotte se va a despertar.

¡Él acaba de decir mi nombre! No *Batgirl*, sino Charlotte, y suena tan… bonito en su voz grave.

— Está dormida —susurra Raquel en respuesta, mientras se quita la camiseta.

Dejé la luz del baño encendida para que no ella tropezara con los muebles al llegar, y por eso puedo ver cómo se despojan de sus ropas. Con cuidado, subo la manta hasta la cabeza, dejando solo los ojos al descubierto. Respiro con dificultad, y eso hace que mi corazón golpee con fuerza contra mis oídos.

Capítulo 2



Las cosas se ponen intensas mientras los observo bajo la tenue iluminación. El sujetador de Raquel cae, Artho se inclina hacia abajo y coloca su boca en uno de sus pechos. Hace ruido mientras él chupa. Raquel gime, y Artho murmura un *Shhh* para que se calle. Él sujeta sus muñecas cuando ella empieza a quitarle la camiseta, pero al final termina cediendo.

Nunca he visto a nadie teniendo sexo delante de mí. Sé que todos estamos mal. Ellos, por hacerlo mientras yo estoy en la habitación, y yo, por espiar sin que ellos lo sepan, pero no puedo cerrar los ojos.

Mi cuerpo se calienta como nunca.

La camiseta de Artho aterriza en el suelo, y puedo ver su cuerpo musculoso. Me esfuerzo por intentar verlo mejor, identificar los diseños tatuados en su piel, pero Raquel está delante.

Ella desliza los dedos por su pecho, su abdomen, y luego se arrodilla para desabrocharle los pantalones a Artho.

Me relamo los labios cuando ella empieza a chupárselo.

Es tan incorrecto que me hace arder por dentro.

Artho la pone de pie y murmura que deberían ir a otro lugar, pero Raquel lo agarra por el cuello hasta callarlo con su pecho en su boca. Las manos del chico empiezan a desabrocharle la falda. El resto de la ropa desaparece.

Estoy en shock cuando ella se tumba con las piernas abiertas sobre la cama.

Lo veo acostarse sobre ella. Raquel echa la cabeza hacia atrás y gime mientras él la penetra. Artho le tapa la boca con la mano y empieza a moverse despacio, entrando y saliendo.

Quiero saber tanto qué se siente, que muerdo la manta con desesperación. Inconscientemente, mi mano derecha alcanza mi

pecho. Cierro los ojos, pero pronto los abro de nuevo. Algo está pasando.

Miro a Artho y me quedo en shock al darme cuenta de que él también me está mirando. Mi mundo se desmorona.

Quiero apartar la mirada de sus ojos marrones, pero no puedo. Él sigue mirándome mientras se folla a Raquel.

No sé cuál de los dos es peor.

Pero, de repente, Artho se detiene. Ella parece haberse quedado dormida, y él empieza a levantarse de la cama. No quiero mirar su cuerpo, pero no puedo evitarlo. Recorro con la mirada cada centímetro de *él*.

De pie, Artho recoge su ropa y camina hacia el baño. Cierra la puerta, dejando la habitación a oscuras. Me quedo quieta, sin saber muy bien cómo procesar lo que acaba de pasar.

¿Me molesta que hayan empezado a follar mientras yo estaba en la habitación? ¡Sí! Pero me molesta mucho más que hayan parado.

Me siento una depravada. Más aún cuando Artho abre la puerta del baño y se queda bajo la luz. Su cabello castaño

desordenado, sus labios entreabiertos, su cuerpo firme. Me está mirando fijamente.

— ¿Lo quieres? —le oigo susurrar.

Miro a Raquel, sintiendo cómo el sudor empieza a formarse en mi nuca.

— No se va a despertar —añade Artho.

Lo vuelvo a mirar y asiento con la cabeza una sola vez.

Él se acerca rápidamente, se mete debajo de las mantas y corre mi braguita a un lado.

No pienso en que esta es mi primera vez, ni en Raquel, ni en nada.

Muerdo su hombro cuando me penetra, sin siquiera besarme antes.

La cama cruje mientras él empieza a moverse. Quiero gemir, pero Artho cubre mi boca con su mano. Quiero cerrar los ojos e imaginar a otro hombre, pero todo lo que veo delante de mí son los ojos marrones de Artho, sus labios rosados y su cabello pegado al

sudor en su frente. Me mira como si supiera exactamente lo que quiero.

No pienso en nada más. Solo abro las piernas para que él se hunda cada vez más en mí y dejo escapar gemidos ahogados contra su mano, hasta que...

LEIA AQUI!!!

UN REGALLO PARA EL CEO

MATRIMONIO POR CONTRATO - EMBARAZO INESPERADO - CHICA INOCENTE - CEO VIUDO



Capítulo 1



Natalie

No era el hecho de estar tratando con hombres millonarios lo que me ponía nerviosa, sino hacerlo justo después de pasar por el mayor escándalo de mi vida.

Graduada en turismo, ya estaba acostumbrada a atender a personas ricas. No era eso lo que me inquietaba, ni los varios millonarios hospedados en el resort Colline Hotel, sino que el hombre del que intentaba esconderme había descubierto dónde estaba trabajando.

Él había arruinado mi vida.

Trabajaba como recepcionista en el mejor hotel de Itatiaia, en el estado de Río de Janeiro, cuando nos involucramos. Se había mudado de la capital a mi ciudad y me conoció casi de inmediato. El tipo de hombre con el que imaginas casarte, tener hijos, alguien en quien confías tanto que te entregas por completo, a quien estás dispuesta a presentar a tu familia. Hasta que, un día, mientras estás besándolo en su coche, cuando viene a recogerte después de tu

trabajo, una mujer empieza a golpear la ventana, abre la puerta y te arrastra fuera.

Descubres, de la forma más humillante posible, que tu "príncipe azul" no era más que un canalla que escondió que estaba casado. Esa mujer furiosa era su esposa, madre de sus hijos, y acabas de perder tu empleo por haber estado involucrada en un escándalo justo frente a tu lugar de trabajo.

A partir de ahí, el chisme corre por el pueblo pequeño, y todos los que te conocen saben que estabas saliendo con un hombre casado, incluso si tú no tenías ni idea. La gente empieza a juzgarte, a susurrar a tus espaldas, y tu familia es la que menos te apoya.

Como si eso no fuera suficiente, descubres que, además de no ser un príncipe, ese hombre es violento, está involucrado con una peligrosa organización criminal, y comienza a insistir en quedarse contigo a pesar de todo, siguiéndote por las calles o cualquier lugar al que vayas. Por si fuera poco, la esposa traicionada también empieza a acosarte con amenazas. Lo único en lo que puedes pensar es en huir de todo aquello.

Y aquí estoy, con los nervios de punta, intentando mantener la concentración mientras atiendo una mesa llena de ricachones importantes. No puedo cometer ningún error.

Hace una semana me mudé a un estudio minúsculo y conseguí este trabajo en un resort apartado del centro de Penedo. El salario es tres veces menor que el de mi antiguo trabajo en el hotel de Itatiaia, donde pensé que Luca, mi maldito ex, no me encontraría. Pero si inclino la cabeza hacia la derecha, puedo verlo.

Mi mundo está a punto de derrumbarse otra vez. No puedo perder otro empleo por su culpa. Me arrepiento cada segundo de

haberme involucrado con Luca, sin saber que era un traficante peligroso.

Estoy perdida. Intento concentrarme en el vaso de zumo de naranja que estoy sirviendo a un hombre de unos treinta años, sentado en la cabecera de la mesa. Tiene ojos azules y una mandíbula bien definida. Sonríe con el rostro relajado mientras conversa con los demás, como si nada le afectara, como si no tuviera problemas en su vida. Y seguramente no los tiene. El dinero en sus cuentas puede resolver cualquier cosa.

Pienso que no notará que estoy temblando al servirle el zumo, ni siquiera percibirá mi presencia. Pero inclina la cabeza para darme las gracias, y sus ojos se fijan en el vaso, suben por mi mano temblorosa hasta llegar a mi rostro. Me observa, dándose cuenta del pánico reflejado en mi cara.

—¿Todo bien? —susurra tan bajo que solo entiendo sus palabras al leerle los labios.

—Sí, con permiso —respondo rápidamente, dando un par de pasos hacia atrás, sintiendo los ojos de él y de Luca clavados en mí.

Aprieto el borde de mi uniforme mientras me giro y empiezo a caminar hacia una terraza cercana a la cocina.

Debería esconderme allí, pero necesito aire fresco o me voy a desmayar. El encargado del mostrador, quien orienta a los camareros, me mira, pero pronto otro empleado llama su atención.

Deslizo la puerta de cristal y salgo al aire frío y limpio de las montañas que rodean Penedo. Me concentro en el río que fluye bajo el hotel. Estoy en el cuarto piso y el río parece diminuto desde aquí.

Sé que si no recupero el control pronto, si no retomo las riendas de mis emociones, voy a perder este trabajo. Y necesito mantenerlo. Gasté mis ahorros comprando una moto para venir a trabajar, además de muebles para mi estudio. No puedo volver a casa de mis padres. No soportaría seguir siendo la vergüenza de la familia, aunque mi madre insista en que regrese. No puedo enfrentarme al disgusto en el rostro de mi padre.

Aprieto la barandilla de la terraza y respiro hondo varias veces, diciéndome a mí misma que Luca no vendrá todos los días, que aún no sabe dónde vivo, y que podré trabajar en paz. Pero, ¿a quién intento engañar? Sé que estará esperando con el coche en la salida del personal, aguardando para seguir acosándome.

Muerdo mi labio con fuerza y me doy la vuelta para regresar al restaurante, pero me topo con Luca. Sus ojos color miel brillan cuando esboza esa sonrisa inocente.

—Pensé que no ibas a salir nunca —dice, inclinándose hacia mí.

—¿Qué quieres? Este es mi trabajo, no puedes arruinar también esto —murmuro, mientras él apoya una mano a cada lado de la barandilla, acorralándome. —¡Se acabó, Luca!

Sé que esas palabras son inútiles, pero no puedo evitarlo.

—No, Natalie, esto solo termina cuando yo lo diga. Y en este momento, te quiero de vuelta. No quiero que trabajes aquí, sirviendo a esta gente rica y esnob. Yo te voy a dar todo.

—¡No digas gilipolleces! —pierdo el control y alzo la voz dos tonos más de lo normal, haciéndome parecer más grosera que él. A pesar de estar metido hasta el cuello en el tráfico, Luca nunca deja entrever su verdadera naturaleza. Se comporta y habla con

educación, lo que me hizo nunca sospechar. —Estás casado. Si tu mujer se entera de que sigues persiguiéndome, me va a destrozar.

—Rebeca nunca lo sabrá, ya te lo expliqué. Tú eres mía, Natalie, toda mía. —En ese momento, me agarra del brazo. No me aprieta, pero sujeta con firmeza suficiente para que no pueda escaparme. —¿Quién te mandó hacerme enamorar?

—¡Suéltame! Si no dejas de acosarme, iré a la comisaría y lo contaré todo.

Luca suelta esa risa por la que me enamoré y que ahora me provoca náuseas.

—Sabes lo que pasaría si lo hicieras. Muy bien lo sabes. Tu mamá no vería otro amanecer.

Quiero gritar, pedir ayuda, pero sé que nadie puede protegerme, que si alzo más la voz, la culpa recaerá sobre mí. Nadie quiere a una empleada nueva que cause problemas y escándalos.

—Voy a volver al trabajo —anuncio. —Y tú no puedes impedírmelo.

Su mano en mi brazo se endurece, sus dedos me aprietan con fuerza. La otra mano va a parar a mi cuello. El pánico crece dentro de mí. Quiero empujarle, mandarlo todo a la mierda, huir. Pero me sujeta con tanta fuerza que apenas puedo moverme.

—Quiero un beso —dice, apretando aún más mi cuello. El aire comienza a faltar, siento que me ahogo, intento toser mientras golpeo su pecho con mi mano libre. Sin aliento, no puedo gritar. —No soporto más la falta de esta boca. Vas a ser mía, toda mía. Tenemos que terminar lo que empezamos en aquel...

—¿Está todo bien? —escucho una voz masculina preguntar, interrumpiendo sus amenazas. En ese preciso momento, los hombros de Luca están encorvados hacia mí, amenazantes. Está tan concentrado que da un salto al darse cuenta de que alguien se ha acercado.

Mi corazón late con fuerza en el pecho, siento el temblor en las manos y respiro hondo cuando me suelta. Tengo tanto miedo que casi olvido mi trabajo y lo mucho que lo necesito.

Capítulo 2



Natalie

—Miro sobre el hombro de mi ex y veo a un hombre con traje parado detrás de nosotros. Reconozco su rostro de inmediato. No es mi jefe, sino uno de los millonarios hospedados en el hotel. Es el último al que le serví el zumo de naranja.

Abro la boca para decir algo, para disculparme por la inconveniencia, pero Luca se gira y lo encara. Aprovecho los segundos para secar las lágrimas y aclararme la garganta. Mi garganta duele.

El hombre es unos centímetros más alto que Luca y tiene los hombros más anchos. Mientras intento recomponerme, ahora tomada por la vergüenza de ser vista en una situación tan humillante, veo los labios de mi ex tensarse.

—¿Está todo bien? —repite el huésped, observándome.

Intento fingir, porque sé que es la mejor manera de mantener mi trabajo, pero el pánico es más grande que mi sensatez, y acabo negando con la cabeza levemente. No puedo ocultar lo que estoy sintiendo, pero contengo la respiración todo lo que puedo, en un intento desesperado de que no se me escapen más lágrimas.

Los ojos del hombre bajan hasta mi brazo, donde Luca aún mantiene la mano apretada. Veo cómo su mandíbula se tensa, luego entrecierra los ojos y mira a Luca con mucha seriedad.

Siento cómo la mano en mi brazo se afloja, y Luca da un paso atrás. Respiro aliviada.

—Está todo perfecto —responde Luca. —Solo estamos conversando.

El hombre alza sutilmente el mentón, pero ambos lo notamos. Es una señal de los ricos cuando no están interesados en escuchar disculpas.

—¿Es tu hora de descanso, Natalie? —pregunta el cliente al leer mi nombre en la plaquita dorada que lleva mi uniforme gris, cerca de mi pecho derecho.

—No, señor —respondo de inmediato.

—Entonces necesito que termines de servirme el almuerzo en mi suite. Tengo que atender una llamada y quiero más privacidad —dice el hombre, guiñándome un ojo azul.

Asiento, aliviada y a la vez sorprendida al darme cuenta de que lo dijo para ayudarme.

—Lo tendré listo enseguida, señor —digo, mordiendo el labio por aún no haber memorizado el nombre de todos los huéspedes del

resort.

Doy un paso atrás, alejándome de Luca y permitiéndome relajar un poco los hombros. Sigo al hombre como si mi ex no existiera, pero en el fondo, aunque haya recuperado el control de mi postura, sé que no me dejará en paz. Volverá cuando quiera y continuará con las amenazas. No puedo relajarme, sigo alerta. Mi nuca está caliente, temo que él se acerque, me agarre por el brazo dolorido y me arrastre fuera.

—¿Te está gustando tu estancia en el Colline Hotel?

—Es uno de los mejores —dice, sonriendo con una ligera y discreta sonrisa mientras pasamos por las puertas de vidrio del restaurante. Antes de ir al ascensor, añade: —Lleva mi almuerzo a la 613, por favor.

—¡Por supuesto!

Lo observo caminar hasta el ascensor más cercano. Luego voy a mi jefe y le cuento que uno de los huéspedes quiere ser atendido en su habitación.

—¿Qué esperas para hacerlo? —dice Bianco, el encargado de los camareros. —Prepara el carrito y ve rápido a la suite de Anthony Hoffmann.

Le doy la espalda y me dirijo a la cocina a recoger la comida, repitiendo su nombre varias veces para no olvidarlo. No miro hacia atrás, pero sé que si lo hiciera vería a Luca en algún lugar, observándome con furia. Ya no quiero verlo más, tengo tanto miedo que no puedo reaccionar como debería. No puedo defenderme de él. Aun así, soy consciente de que esto no es el fin.

—¿Qué hice para merecer esto? —me pregunto mientras preparo la comida para ese hombre de tan buen corazón. No sé qué habría pasado si él no hubiera llegado.

Me aclaro la garganta y respiro hondo para no volver a llorar. No puedo ser tan débil, debo ser dura, fuerte, pero las heridas en mi corazón siguen abiertas.

En pocos minutos, llego a la suite 613. No es el piso de la azotea, lo que me sorprende, porque pensaba que todos los hombres de esa mesa estarían en las suites de lujo. Sin embargo, su habitación no deja de ser lujosa.

Anthony Hoffmann está aflojándose la corbata cuando me atiende. Mi corazón, que se había calmado un poco, vuelve a latir agitado por la vergüenza de que un huésped haya presenciado aquello en la terraza, por saber que soy el tipo de mujer que deja que su novio la maltrate, que deja que un hombre le apriete el brazo y el cuello de esa manera.

Trago saliva y bajo la cabeza, no soporto esos pensamientos.

—Gracias —susurro, avergonzada, mientras empujo el carrito hacia dentro.

—¿Quién era ese hombre? —pregunta él.

—Un exnovio —respondo, encogiéndome de hombros, pero sin volver a mirarlo.

No puedo enfrentar una mirada de juicio ahora. Mi nuca está caliente otra vez, mis mejillas arden y mis manos comienzan a ponerse frías. Odio ser el centro de atención. No esperaba que un huésped de su nivel se fijara en mí. Recuerdo cómo él quiso saber si

estaba todo bien mientras le servía el zumo, y no sé qué pensar. Mi corazón late más rápido y siento como si mi piel fuera transparente.

—¿Él vino hasta aquí a molestarte?

Levanto la cabeza despacio y lo miro.

—No es asunto mío, lo sé —dice él.

—Perdón, él me está persiguiendo y es peligroso, pero juro que no sabía que vendría —digo rápido, intentando justificar esa escena. —No era para que él me encontrara aquí. Conseguí este trabajo en este hotel precisamente para esconderme de él, pero logró encontrarme. Lo siento mucho por el inconveniente. Haré todo lo posible para que no vuelva a ocurrir.

Estoy sin aliento cuando termino de hablar.

—¿Por qué pides disculpas? Era él quien te estaba maltratando.

—Lo sé, aquí no es el lugar, no debería recibirlo en mi horario de trabajo. Y no fui yo quien lo llamó aquí. Solo salí a la terraza para intentar... —Mi voz empieza a fallar cuando finalmente me doy cuenta de lo que Luca es capaz de hacer, de cómo no voy a poder mantener este trabajo tampoco, que él me va a atormentar hasta que se canse.

—No te estoy señalando por eso. Solo quiero entender qué pasó. Vi cómo estabas nerviosa antes, luego vi a ese tipo acorralándote y pidiendo un beso. Claramente te estaba acosando.

Lo miro a los ojos, ardientes de emoción.

—Siéntate aquí —dice, gesticulando hacia la mesa de la suite.

—No puedo sentarme. Vine a servir tu almuerzo. Muchas gracias por librarme de la presencia de Luca, pero no puedo sentarme contigo. Yo soy la camarera.

Anthony Hoffmann niega con la cabeza y sigue gesticulando hasta que dejo de resistir y me siento en una de las sillas tapizadas y elegantes de la mesa redonda.

—Gracias —susurro mientras él se sienta frente a mí. —Gracias por preocuparte.

Suelto un suspiro, afectada por toda la situación, luchando contra el nudo que empieza a formarse en mi garganta.

—Vi a un hombre acosando a una mujer, no podría ignorarlo.

—La mayoría de los hombres lo ignoraría —digo aún más bajo.

—Lo sé. Desafortunadamente —dice él, suspirando. Veo una línea de preocupación en su frente.

Recorro con la mirada su rostro, observando sus rasgos hermosos por un instante, luego regreso mi atención a sus dedos en busca de un anillo, pero no encuentro nada, sus dedos, con uñas limpias y bien cuidadas, están desnudos.

—¿Tienes una hija? —pregunto, aunque no esté segura de por qué. Tal vez se imagine a su pequeña hija en la misma situación que yo, tal vez piense en eso cada vez que ve a un hombre acosando o faltando el respeto a una mujer.

Él inclina la cabeza, como si mi pregunta lo perturbara, luego la sacude y cambia de tema.

—¿Por qué te sigue? ¿No aceptó el final de la relación? ¿Ya estás con otro, pero él insiste en que solo eres suya?

—No estoy con otro, pero sí, él no acepta el final —respondo con sinceridad.

—¿Salieron mucho tiempo?

—Menos de dos meses. Estaba empezando a ponerse serio cuando descubrí que estaba casado. Su esposa también se enteró y me hizo el escándalo frente al hotel en el que trabajaba. Al final, me despidieron. Conseguí este trabajo justamente porque el Colline Hotel está aislado aquí en las montañas, pensé que no me encontraría tan fácilmente.

—¿Por qué no vas a una comisaría? Busca una comisaría de mujeres. Sé que Itatiaia es una ciudad pequeña, pero debe haber una en Resende, a unos kilómetros de aquí.

Es mi turno de respirar hondo.

—En teoría, todo parece más sencillo, pero en la práctica... Él está involucrado con una facción de Río de Janeiro, si lo denuncio...

—Alguien acabará lastimado —completa Anthony. —¿En qué te metiste?

—No lo sabía. Nunca me habría involucrado con él si lo hubiera imaginado, pero parecía una persona decente, respetuosa, hablaba bien, era simpático. Dijo que se mudó para trabajar como gerente de carga en una empresa de automóviles importados. Todo era mentira, pero caí como una tonta. Me da vergüenza hasta contarlo. Todo se vino abajo cuando su esposa se enteró de nosotros. Mi mundo se derrumbó. Todos los que conozco se

enteraron. Solo supe quién era realmente cuando ya lo había dejado formar parte de mi vida, conocía hasta a mis padres.

Lo único que no le entregué fue mi virginidad, pero no necesito contarle eso a Anthony.

—No debería estar importunándote con esto. Es un problema mío, que no debería haber traído al hotel. Ya has sido muy amable al salvarme de esa situación —digo, levantándome. Sé que ya he molestado demasiado y que este no es mi lugar. —Muchas gracias, señor Hoffmann.

—No tienes que agradecerme —dice él, levantándose también.

—Por favor, siéntese, señor Hoffmann. Necesito servirle el almuerzo.

Él obedece.

Descubro la bandeja, revelando una porción de trucha a la parrilla con salsa de alcaparras y comienzo a servirle en su plato, pero él levanta la mano, señalándome para que pare.

—No me siento cómodo con que me sirvas —dice, y una extraña risa escapa de él. —Hay comida suficiente para los dos.

También me río. Siento mi rostro calentarse solo de pensar en almorzar con él.

—Gracias, señor Hoffmann, pero ya almorcé. Lo dejaré solo. Puede llamarme cuando termine de comer para recoger la mesa.

Él asiente con la cabeza y me giro para irme.

—Gracias una vez más —repito, antes de abrir la puerta para salir de su suite.

Nunca olvidaré lo que hizo este extraño: salvarme de una situación tan incómoda. No resolvió mis problemas, pero en ese momento fue suficiente.

—Espera, Natalie —dice Anthony, levantándose, alcanzándome mientras saca una tarjeta de su bolsillo. —Aquí tienes mi WhatsApp. Puedes mandarme un mensaje si él vuelve a molestarte.

—Es muy amable de tu parte —digo, agradecida por conocer a un hombre tan... servicial.

La tarjeta es negra con letras doradas. Sus iniciales están en relieve. Toqué la unión de la A y la H y lo miro.

—Puedes mandarme un mensaje a cualquier hora —añade.

—¿Tienes novia, señor Hoffmann? —pregunto con el respeto que puedo demostrar con mi tono de voz.

—No.

—¿Esposa? —Levanto una ceja mientras insisto.

—¿Por qué?

—Porque sería afortunada de tener un caballero como tú.

Él sonríe con una sonrisa torcida, tan hermosa que hace que la sonrisa de Luca parezca la mueca de un payaso.

—No tengo a nadie, Natalie.

LEIA AQUI!!

Contratada Para Casarse Con El CEO

UNA OFERTA INDECENTE

Él, un viudo marcado por el pasado y padre solo

Ella, la niñera inocente de su hija que nunca imaginó este destino

Bajo el mismo techo, la tensión es inevitable

Pero ella tiene una regla: no puede enamorarse… ¿podrá cumplirla?



Capítulo 1



Llamo tres veces y espero. Es la primera vez que el señor De La Roche quiere hablar conmigo en las semanas que llevo trabajando como niñera de su hija.

Chasqueo los dedos, ansiosa por ser recibida en su despacho. Como llevo tanto tiempo trabajando sin que me llame ni tener una conversación con él sobre la educación de su hija, acabo creando mucha paranoia en este breve momento. No puedo perder este trabajo, la ciudad es grande y nueva para mí, no tengo adónde ir y no hay forma de que vuelva al lugar del que huí.

Pienso en la primera vez que le vi. Era mi segundo día aquí y había ido a la cocina a por papel de cocina para limpiar el polo que Alicia, su hija de siete años, había tirado al suelo de la terraza delantera de la mansión. Volví corriendo, despegando y deslizando los pies por el mármol blanco como una niña, me deslicé por el balcón con el rollo de toallitas de papel en la mano y me tropecé con él.

Recuerdo lo avergonzada que me sentí por mi torpe llegada, por haber estado a punto de chocar con él, pero sobre todo porque su aspecto me había desconcertado. Ese tipo de belleza que no pasa desapercibida para nadie, el magnetismo que atrae el cuerpo, que hace que quieras mirar a la persona una y otra vez.

Me sentía como "Cenicienta encontrándose con su príncipe azul", despeinada, con chanclas, leggings y una camiseta de tirantes con el cuello suelto. Apenas me miró, se me quedó mirando unos segundos, haciendo que el corazón me martilleara en los oídos, asintió y me dedicó una sonrisa torcida.

- ¿Es usted la nueva niñera? - preguntó, y me di cuenta de que nunca había oído un tono de voz tan encantador.

- Sí, soy yo -respondí tímidamente, sin presentarme siquiera, avergonzada de lo chillona que sonaba mi voz. Bajé la cabeza y empecé a limpiar el polo derretido.

Alicia abrazaba y hablaba a su padre con devoción, encantada de su presencia como yo nunca había estado encantada de mi padre.

- Sólo he venido a casa a recoger unas plantas que me dejé en la oficina -le dijo a su hija, besando la parte superior de su rubia cabeza y poniéndose en pie-. - Tengo que volver a la empresa.

- Ah, padre... - Alicia protestó, pero no había mucho que pudiera hacer.

- Te prometo que te lo leeré antes de acostarte -dijo, y luego se volvió hacia mí, utilizando ese tono de voz suave y seductor como si no fuera injusto-. - ¿Carol lo ha arreglado todo contigo?

- "Sí, has acertado", le contesté, totalmente avergonzada, sintiendo la injusticia de encontrarme con un hombre como él, todo desaliñado, mientras que él estaba elegante con un traje azul marino, sosteniendo unas caras gafas de sol y calzando unos zapatos relucientes. - Me lo explicó todo.

Volvió a asentir con la cabeza, dedicándome otra sonrisa torcida que me dejó sin aliento, luego me dio la espalda y se dirigió hacia el despacho, dejándome allí de pie, perplejo.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que estaba siendo ridícula con todos esos pensamientos sobre él. ¿Qué más daba que estuviera desaliñada o no? ¿Qué cambiaría si me vistiera mejor?

Nada, absolutamente nada, porque era mi jefe, un CEO multimillonario que lo único que quería de mí era que cuidara bien de su hija. Sería una tonta si empezara a albergar sentimientos por él.

Sacudo la cabeza para despejar estos pensamientos vergonzosos cuando oigo el clic de la puerta al abrirse y entonces aparece su imagen en el hueco, que se hace cada vez más grande hasta que puedo verle por completo. Mi corazón late más deprisa cuando el Sr. De La Roche me invita a entrar con un gesto de su mano derecha.

Entro en su despacho y cierra la puerta. Me resulta extraño que alguien como él me cierre la puerta a mí, una simple niñera. En su mano izquierda sostiene un teléfono móvil negro junto a la oreja. Sin prestarme mucha atención, me hace un gesto para que me siente en la silla frente a su escritorio.

Intento respirar con calma para tranquilizar mi corazón, que galopa desbocado, mientras rezo mentalmente para que no me despidan, preguntándome qué habré hecho mal para que me llame a su despacho.

Me siento en la silla giratoria y él toma el sillón que hay detrás del escritorio, un objeto de cuero negro que se asemeja a un trono por su respaldo. El Sr. De La Roche mira el iPad que tiene sobre la mesa y desliza el dedo por la pantalla.

Mis ojos siguen su gesto, pasando por encima de su largo dedo con la uña pulcramente recortada. Inmediatamente escondo los dedos apretando las manos en puños, recordando que tengo las uñas sucias de raspar las pegatinas que Alicia había pegado en el dosel de su cama. Pero no me presta atención, así que sigo observándole en . Es la primera vez que puedo ver a mi jefe de cerca desde hace tanto tiempo. Puedo ver las venas abultadas en el dorso de su mano, subiendo hacia la muñeca, ocultas bajo el puño de su camisa blanca.

Debido a su posición, puedo ver la forma de su musculoso brazo, y sigo su mirada hasta sus anchos hombros. Tiene el cuello

de la camisa desabrochado, la corbata y el traje tirados sobre el respaldo del sofá Chesterfield de cuero negro de la pared este del despacho.

Veo un atisbo de su pecho a través del ojal abierto. Desplazo la mirada por su cuello, observo más detenidamente su mandíbula, su nariz recta y, por último, sus profundos ojos verdes.

El Sr. De La Roche sigue centrando su atención en el iPad, mientras yo le observo sin darme cuenta. Es el hombre más importante, elegante y encantador que he visto en persona. El CEO de la constructora más cotizada de Natal, la capital del estado.

Sólo sé que Benjamin De La Roche heredó la empresa de su padre hace unos años y que desde entonces la dirige con éxito. Pero Carol, la secretaria y cocinera de la mansión, me ha dicho que no le gusta que le llamen Benjamin, sólo Ben.

Aparte de sus empleados, sólo están Benjamin y Alicia, su hija de siete años. Su mujer murió al dar a luz y él nunca volvió a casarse. Carol me contó que nunca tuvo citas, al menos nunca trajo a nadie a casa, nunca presentó a Alicia a una mujer.

Me muerdo el labio con fuerza, incapaz de decidir si esto es bueno o malo. Bueno porque puede ser un hombre de familia, no del tipo mimado, rico y gallina, sino alguien que espera a la persona adecuada. Por otro lado, es casi imposible llegar a su corazón endurecido por la pena.

Imposible llegar a su corazón... Suelto una risita al pensarlo, como si alguien como él no me viera solo como la niñera de su hija, alguien insignificante y reemplazable. Intento ahogar una carcajada más fuerte con la mano en la boca, pero el señor De La Roche me mira justo a tiempo, colocando su teléfono móvil sobre la mesa.

Aparto inmediatamente la mirada, con la cara ardiendo de vergüenza por la metedura de pata. Siento que sus ojos me analizan, pero no tengo valor para devolverle la mirada.

- ¿Qué me pasa? - me pregunta, con una voz más aterciopelada ahora que hace un momento por teléfono, lo que me pone aún más tensa.

- Lo siento, señor, estaba recordando algo que ha pasado esta mañana -digo cada palabra con cuidado, evitando cualquier jerga del país para que no me considere una mala influencia en la educación de su hija.

- No hace falta que me llame señor, por favor", me dice con una amabilidad que no esperaba de alguien como él.

Levanto la vista para mirarle, pero su encanto me hace apartar rápidamente la mirada. Por dentro, estoy tensa; por fuera, intento parecer inquebrantable, utilizando el autocontrol que he desarrollado a lo largo de los años bajo la mirada de un padre extremadamente estricto y dominante.

- Lo siento, Ben -intento sonar lo más centrada posible, pero me parece mal llamarle así, como si estuviera forzando una intimidad que él no me ha dado.

No parece importarle, sus labios se curvan en una sonrisa torcida y su cara se ilumina, como si le gustara el apodo de mi voz.

Qué ridículo soy...

- Mucho mejor, "señor" me hace parecer mucho mayor", dice bromeando. - Terminaré esta llamada y podremos hablar, ¿vale?

- Por supuesto", respondo, aliviada por no tartamudear.

Benjamin coge el móvil que tiene sobre la mesa y vuelve a hablar con la persona que está al otro lado, parece que hablan de trabajo. Tengo menos de un minuto para recomponerme, porque se despide rápidamente y apaga el móvil.

- Siento el retraso, pero tenía que solucionar un problema con la empresa constructora antes de dar por terminado el día", me explica, dejándome aún más encantado por su amabilidad.

Su cara sigue iluminada, pero me doy cuenta de que sus ojos no lo están, como si cargara con algo de lo que no puede deshacerse.

- No hace falta que te disculpes. Alicia ya está haciendo sus tareas", le explico.

- No me gusta ocupar el tiempo libre de mis empleados, pero no hemos tenido ocasión de hablar desde que empezaste a trabajar aquí.

Empiezo a pensar que se ha enterado de que he venido a Natal huyendo, que he escapado de un compromiso no deseado y que mi padre ha descubierto dónde estoy y viene a recogerme.

- Nosotros no... - murmuro, cabizbaja ante la idea de volver a casa de mis padres y que me roben todos mis sueños con un matrimonio de conveniencia con el hijo del pastor.

Conveniente para ellos, no para mí.

- Pareces preocupado - Benjamin De La Roche me vigila, lo que sólo empeora mi estado. - ¿Necesitas salir? Podemos hablar en otro momento.

- No, no pasa nada. - digo rápidamente. - Sólo tengo miedo de que... me despida. Me encanta trabajar aquí, su hija es encantadora y parece que yo también le gusto.

- Sí, Alicia lo es", admite. - Virgilia, eres la chica a la que se ha adaptado más rápidamente.

- ¿Podrías llamarme simplemente Lia? - le pregunto, segura de que estoy cruzando una línea. - Casi nadie me llama Virgilia, solo mi ex, y eso me trae malos recuerdos.

Imagino que va a decir algo para ponerme en mi sitio, pero Benjamin se limita a dedicarme otra sonrisa torcida.

- Lo entiendo, a mí tampoco me gusta que me llamen Benjamin. Tenemos algo en común.

- "Lo hacemos", digo, relajando los hombros, empezando a confiar en que no me va a despedir y no se ha enterado de mi fuga y de que mi familia me busca como loca.

Se levanta del sillón y se acerca a mí, apoyándose en la mesa que tengo delante. De pie, parece aún más elegante. Puedo oler su perfume amaderado e incluso fantasear con su aspecto sin ropa.

El pensamiento momentáneo me acalora, me quema como si tuviera fiebre. Mi corazón late más rápido mientras él se mueve encantadoramente, cambiando su peso de una pierna a la otra.

- ¿Cuántos años tienes, Lia?

Mi nombre en su tono de voz suena sensual, tengo que morderme la comisura interna de la mejilla y recordarme que es mi jefe, no es digno tener ese tipo de pensamientos con él.

- "Veintidós", digo mirándole con la barbilla levantada, clavándome las uñas en las palmas de las manos para mantener la tensión.

- La edad que tenía cuando me casé. Unos meses después nació Alicia. Luiza, mi mujer, estaba embarazada cuando nos

casamos", dice, como si estuviéramos cerca.

A pesar de la tensión que siento, parece fácil hablar con él, al menos Benjamin no me hace sentir inferior.

Lo que siento tiene más que ver con su aspecto, su belleza, que con su posición social. Me pone nerviosa, pero apuesto a que muchas otras chicas también se sienten así con alguien como Benjamin De La Roche. Está bueno, y punto.

- Te casaste demasiado joven", digo, sin saber si me estoy extralimitando.

- Luiza se quedó embarazada cuando estábamos en el último semestre de la universidad, fue un "accidente" -explica, haciendo comillas en el aire con los dedos, mientras yo fantaseo con caer en su regazo por accidente. - Mi familia no se lo tomó muy bien, pero decidimos casarnos de todos modos.

- Os queríais mucho", añado, para disipar mi último pensamiento.

- Era muy importante para mí", admite. - Incluso después de tantos años, a veces sigue siendo difícil hablar de ello.

Ben aparta la mirada, lo que me hace pensar que aún está afligido. Trago saliva y, al ver la tristeza visible en su rostro, siento la tentación de levantarme y abrazarlo para tranquilizarlo, como hago con su hija cuando está triste.

- Pero no te he llamado para hablar de mi viudedad -dice riendo, disimulando sus sentimientos-. - Carol me ha dicho que es tu primer trabajo aquí en la capital.

- Sí, pero he trabajado para otras familias en mi pueblo - le explico rápidamente. - Tengo experiencia con niños.

- No lo dudo, he visto tu forma de actuar con Alicia, te la ganaste muy rápido, y te aseguro que no es tan fácil.

- Alicia es encantadora, muy educada y tranquila, es un placer trabajar con ella", digo conteniendo la respiración.

- ¿Te has trasladado a Natal sólo por el trabajo o tienes otros intereses, ambiciones, aparte de trabajar de niñera? No es que no sea un trabajo decente, sólo quería saber si tienes otros objetivos.

Su pregunta me despierta curiosidad.

- Quería ir a la universidad, pero el curso con el que soñaba era demasiado caro y no conseguí plaza en la UFRN. Confieso que fui una tonta al pensar que podría pagarme los estudios trabajando de niñera. No es que no sea un trabajo decente - repito tus palabras.

- ¿Y qué curso soñaba hacer?

- Medicina -digo con una sonrisa, avergonzada de pensar que podría permitirme ir a la universidad con un sueldo mínimo. - He soñado con ello toda mi vida y no tenía otros planes, así que aún no

he decidido qué voy a hacer, pero sí, claro que pienso estudiar, no quiero trabajar de niñera el resto de mi vida, aunque sea un trabajo excelente. Yo también quiero ser alguien, no empecé pronto la universidad por falta de oportunidades.

- Sé que no todo el mundo tiene las mismas oportunidades que yo tuve, no vivo en una burbuja -se defiende.

- No quería decir eso", me apresuro a aclarar.

- Ya sé que no, pero es mejor concretarlo. Tengo una empresa de construcción, quizá ya lo sepas, soy ingeniero y trabajo con muchos becarios y empleados que han pasado mucho para estudiar. Reconozco y admiro el esfuerzo de los que no nacieron en la vida como yo.

No sé si es una especie de regañina o simplemente un arrebato, pero parece mucho más serio que cuando empezamos a hablar.

- También admiro tu dedicación a dirigir bien tu empresa, no a todos los bien nacidos les gusta dedicarse a trabajar.

Asiente con firmeza.

- He tenido muchos amigos a lo largo de mi vida que sólo querían gastar el dinero de sus padres. No es que yo no gaste, pero nunca quise ser el hijo mimado que espera recibir una herencia.

- Te admiro por eso: acabo felicitándote antes de sopesar mis palabras. - Me refiero a tu dedicación. Carol me ha dicho que La Roche es el constructor más solicitado de la capital y que tú eres quien lo ha hecho posible.

- Mi abuelo empezó todo cuando llegó aquí desde Francia, mi padre siguió sus pasos y yo me limité a continuar el trabajo", dice modestamente.

Esbozo una tímida sonrisa, porque no sé qué más decir, cómo continuar la conversación sin que parezca un halago por mi parte.

Ambos permanecemos en silencio, y él sigue analizándome con sus ojos verdes. Me siento inquieta y acalorada, ansiosa, con ganas de moverme en la silla, de actuar de alguna manera, pero no puedo, me quedo quieta mientras me observan tan de cerca.

Fuera hace calor, pero aquí en su despacho el aire acondicionado está encendido a 23 grados, lo sé porque levanto la vista para comprobarlo. Aprovecho para mirar a mi alrededor, fijándome en los detalles de la decoración. Hay una obra de arte abstracta en la pared este, justo encima del sofá Chesterfield, miro las estanterías de madera oscura llenas de libros, y detrás de su escritorio hay puertas de cristal que dan al jardín.

Sus ojos siguen clavados en mí, y siento que se me calienta la nuca, clavándome aún más las uñas en las palmas de las manos. El corazón me late con fuerza, quiero saber por qué sigue mirándome, qué interés puede tener, pero no puedo formular ninguna teoría.

Vuelvo la mirada hacia él, observando el pantalón de sastrería color grafito, a la luz brillante de la habitación puedo ver la curva de los músculos de sus muslos, esperando estar siendo discreta, recorro con la mirada su pelvis cubierta por el pantalón, observando la marca de la cremallera, notando el volumen marcado por la tela de lino. Trago saliva, aún más curiosa por saber cómo es sin ropa, entonces me doy cuenta de lo que estoy haciendo y aparto la mirada, parpadeando para recuperar el control de mis pensamientos.

- ¿Puedo invitarte a cenar? - me pregunta, cogiéndome por sorpresa.

- ¿Jan-Cena? - balbuceo la pregunta. Noto el sudor en la nuca, fruto de la atracción que el cuerpo de Benjamin ejerce sobre el mío.

- "Tengo una proposición para ti", dice misteriosamente. - A menos que ya hayas cenado...

- ¡No! ¡No he cenado! - respondo rápidamente. - Le diré a Carol que no cenarás en casa... Quiero decir, ¡tú! Lo siento.

Es evidente lo nerviosa que estoy, más aún cuando vuelve a dedicarme esa sonrisa torcida.

- No tienes que decírselo a Carol, lo haré yo mismo. Voy a acostar a Alicia y a darme una ducha. Te veré en el coche en un par de horas, ¿vale?

- Por supuesto", digo negando con la cabeza, aún perpleja.

Ben se acerca al sofá, coge su traje y su corbata y abre la puerta del despacho. Solo me doy cuenta de lo agarrotadas que tengo las piernas cuando me levanto y tengo que concentrarme para pasar junto a él sin tropezar con mis propios pies.

- ¿Adónde vamos?", pregunto y me encojo de hombros, "sólo para saber qué debo ponerme".

- Un restaurante cerca de la playa.

No sé qué esperar, no sé qué puedo utilizar, ni siquiera sé si tengo algo a mi altura, estoy desesperado, pero sobre todo: no puedo prestar atención a las teorías de cuento de hadas que se están desarrollando en mi mente, escapando a mi control.

Capítulo 2



Actúa con gracia, despreocupada, como si ella no fuera la razón de mi insomnio de los últimos días. Sus rizos castaños enmarcan su rostro y la hacen parecer más joven de sus veintidós años.

- Puedes adelantarte", le digo cuando se detiene y me mira al llegar a la puerta.

Lia se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y sonríe, haciendo que su barbilla puntiaguda destaque en su rostro bien dibujado. Asiente y casi alargo la mano para tocar su piel morena clara, delicada como el terciopelo, pero me controlo. No puedo ni quiero perder el control con alguien a quien apenas conozco.

Me mira fijamente un momento más, con sus ojos color miel llenos de dudas. Su piel brilla a la luz amarillenta del balcón de la oficina, luego sacude la cabeza y se vuelve hacia la casa.

- Lia -pronuncio su nombre, dándome cuenta de cómo la punta de la lengua me toca el paladar con la pronunciación. - Lia.

- ¿Cómo? - pregunta mientras se gira para mirarme, haciendo que las ondas de sus rizos se balanceen a su alrededor.

- Nada -digo, parpadeando, aturdida por el acto. - Nada, me estaba recordando a mí misma que ya no debo llamarte Virgilia. Sólo Lia.

Vuelve a sonreír y sale corriendo por el camino de piedra que atraviesa el césped recién cortado. La veo desaparecer por el jardín, en dirección a la casa, vestida con unos vaqueros claros, una camiseta blanca de tirantes y chanclas.

De pie, a la luz del balcón, la soledad es casi palpable, me deprime. Me giro para cerrar la puerta del despacho, consciente de que esta sensación de vacío me seguirá el resto de mi vida. No lo rechazo, no lucho contra él, simplemente lo acepto.

Respiro hondo y sigo el mismo camino que ella. Construí la oficina a unos metros de mi casa precisamente porque me gusta tener intimidad cuando trabajo.

Hace siete años enviudé, hace siete años me enfrenté al dolor más grande que he sentido nunca, juré que nunca volvería a enamorarme, que nunca permitiría que otra mujer se me acercara lo suficiente como para entrar en mi corazón. Y así será por el resto de mi vida.

Prefiero ahogar mi deseo en cuerpos desconocidos, descargar mis frustraciones en mujeres que no me exijan ningún sentimiento. Una, dos, tres, tantas como quiera mi libido, según la noche.

Así es como he llevado mi vida desde que enviudé. Sexo sucio, fantasías libertinas y un corazón vacío. Me conozco lo suficiente como para saber que no podría soportar pasar por otro dolor como el que sentí cuando Luiza murió. No se lo deseo a nadie y no me permitiré volver a sentirlo. No puedes perder el amor si no te enamoras, y yo tengo el control absoluto de mi corazón y me aseguro de no dejar que eso ocurra.

Sí, el vacío es mejor que un dolor terrible, un dolor para el que no hay remedio.

Sin embargo, hace casi cinco años, mi padre me hizo una oferta: darme todo el poder de la empresa a cambio de que me volviera a casar. Un hombre de familia y un hombre de negocios necesitan una mujer a su lado, una madre para su hija, palabras de mi padre Raúl De La Roche.

Fue generoso y me dio cinco años. Si no me casaba en ese tiempo, recuperaría la empresa y la pondría en manos de un primo al que mi tío había mimado toda su vida. Un completo desastre. Y se me acaba el tiempo.

Durante cuatro años fingí que este trato no existía, y seguí con mi vida sin preocuparme por una boda, pero el tiempo no se detiene aunque uno quiera, sigue pasando con cada respiración, y necesito encontrar a alguien que acepte casarse conmigo sin involucrar sentimientos, alguien que necesite mi ayuda hasta el punto de escenificar un romance.

Lia es perfecta, no sólo por la necesidad de pagar la universidad, no sólo porque podría ser alguien que aceptaría un contrato matrimonial, sino porque es maravillosa con mi hija.

No hay nada en el mundo que quiera más que a Alicia. La quiero tanto que algunas noches, antes de tumbarme a dar vueltas en la cama y esperar el sueño que rara vez llega, voy a su habitación mientras duerme y le busco el pulso, en el cuello, en las muñecas o en el pecho, sólo para asegurarme de que sigue latiendo el corazón de alguien a quien quiero tanto, siento sus mejillas cálidas y la beso,

rogando a Dios que no me la arrebate también. Y entonces, cuando me aleje de mi angelito, podré entregarme a la depresión de las noches en vela.

Sé que, por mucho que le dé a mi hija todo el amor del mundo, así como todo lo mejor, sigue necesitando una figura materna. No espero que nadie ocupe el lugar de Luiza, pero si mi hija es más feliz con alguien ahí que la quiera y la guíe, habré tomado la decisión correcta.

He visto cómo está Alicia desde la llegada de Lia, han sido semanas de cambios significativos.

Entro en la casa, atravieso el salón, paso las manos por el piano de cola sin hacer ruido, llego a la escalera y subo al primer piso, tirando mi traje y mi corbata en uno de los sillones del salón de esta planta. Con pasos apresurados, llego a la puerta pintada de blanco y llamo dos veces antes de girar el picaporte.

Viene corriendo hacia mí y se lanza sobre mí. La estrecho entre mis brazos y siento que el pecho casi se me llena de amor. Me aferro a este sentimiento, ignorando el casi, e intento olvidar el vacío.

- Painho, ¿por qué has tardado tanto? - me pregunta, con su dulce forma de llamarme.

- Tenía que arreglar unas cosas con Lia, tu niñera", le explico, oliendo el aroma a jazmín y hierbas en su pelo mojado y llevándola

a su pupitre. Está en pijama y sus deberes están sobre la mesa.

- ¿Con Lia? No irás a despedirla, ¿verdad? - me pregunta con los ojos azules muy abiertos. - Painho, ya sabes cuánto me gusta.

- Sí, lo sé -dije, dejándola en el suelo y tocándole la punta de la nariz con el dedo índice-. - Nunca jugabas en el jardín después del colegio, ¿crees que no sé que las niñeras se quejaban de que pasabas tanto tiempo con el móvil, sin salir de casa ni para jugar?

La timidez se le nota en la cara, Alicia se encoge de hombros y mueve los dedos de los pies de un lado a otro con las manos a la espalda.

- Antes no tenía ganas de jugar", explica a la defensiva.

- No voy a despedirla -le aseguro, acariciándole la mejilla y tendiéndole la mano para darle confianza. - Lia te está haciendo bien, de hecho, quizá pueda ser algo más que una niñera para ti - termino por dejar escapar, emocionada ante la idea de encontrar a alguien que hace tanto bien por mi hija.

- ¿Qué quieres decir, papá? ¿Lia y tú vais a ser novios? - me mira con cara inocente, pero mirada de niña lista y observadora.

Es mi turno de esbozar una tímida sonrisa, sin dejar de mirarla. A veces puedo hablar con ella con solo mirarla.

- ¿Alguna vez me has visto con una novia?

- No... - admite, tomándose su tiempo para pronunciar la palabra.

- ¿Por qué pensaste eso? ¿Lia y yo saliendo?

Se ríe suavemente y se tapa la boca con la mano.

- Porque nunca he dejado de soñar con tener una mamá, aunque sea mentira", admite mi hija, y aunque sonríe, sus palabras me rompen el corazón.

Me siento culpable por no permitírmelo nunca, por no dejar que ninguna mujer se acerque lo suficiente, por cerrar mi corazón, y sé lo mucho que le afecta, pero me doy cuenta de que no sería capaz de cuidar de Alicia si me volvieran a romper el corazón.

Me arden las fosas nasales y los ojos, me trago la aspereza de la garganta y fuerzo una sonrisa amarilla.

- ¿Te gustaría que fuera Lia? - pregunto, arrepintiéndome al instante siguiente. Ni siquiera sé si aceptará la propuesta, ni siquiera sé si tendré el valor de proponérselo, no debería dar esperanzas a una niña que ya ha sufrido tanto por la falta de alguien.

Ella asiente con la cabeza.

- ¡Me encantaría, papá! - dice con esa sonrisa que destruye toda mi coraza.

- No nos dejemos llevar", le advierto. - ¿Echamos un vistazo a tus tareas?

*

Después de leerle a Alicia y de que por fin se duerma, cruzo el pasillo y entro en mi habitación. Las cortinas están abiertas y puedo ver el jardín a través de la ventana panorámica. Voy directa al baño, me quito la ropa y me meto en la ducha.

Los recuerdos de Lia llenan mi mente mientras el agua caliente me calienta, pienso en su sonrisa, su piel aterciopelada, la forma en que se mueve cuando no sabe que la estoy mirando. Por ella tardo cada vez más en ir al baño, sobre todo hoy que voy a estar tan cerca de ella y necesito tener el control.

Me dejo la barba sin afeitar, porque tener la cara lisa me hace parecer más vulnerable. Intento elegir una camisa que no muestre mi desesperación al declararme, pero me rindo y cojo la primera que se me pone por delante cuando me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Me pongo pomada en el pelo para mantenerlo en su sitio, mi perfume favorito, me meto la cartera y el móvil en el bolsillo y bajo las escaleras jugando con la llave del coche para controlar mi ansiedad.

Ya no sé cómo tratar con mujeres como ella, no sé cómo conquistarlas. A todas las mujeres que me follo no hace falta conquistarlas, me basta con darles una mirada para conseguirlas. Vienen cuando las llamo, me satisfacen de la manera que yo exijo... pero ¿a quién quiero engañar? Eso realmente no me satisface, y ya no sé cómo conquistar a una chica. No es que quiera ganarme el

corazón de Lia, pero estaría bien al menos poder mantener una conversación agradable.

Llego a la zona donde están aparcados los coches, un garaje abierto cubierto de enrejados de madera y enredaderas que caen en cascada. Elijo el todoterreno negro, temiendo coger el descapotable y parecer esnob.

Me apoyo en el lateral del coche y miro la hora en el móvil. Llego pronto y aprovecho para saber cómo van mis finanzas, qué inversiones han caído y cuáles han dado beneficios. Mi empresa está teniendo un día excelente.

Una figura me llama la atención y levanto la vista de la pantalla del móvil para ver a Lia bajando por el camino empedrado. Respiro hondo ante la sorpresa de verla con un vestido. Es amarillo con estampado de flores, con tirantes, ceñido alrededor de los pechos, haciéndolos resaltar perfectamente, y suelto alrededor de las caderas, llegando hasta la mitad de los muslos, mostrando unas piernas suaves que nunca antes había visto. Lleva sandalias sin tacón con tiras y un bolso cruzado. Su pelo castaño enmarca su bonita cara, cayendo alrededor de sus hombros en rizos.

Siento que algo se revuelve en mi interior cuando se detiene frente a mí, sujetando la correa de su bolso, sin aliento. Pronto me doy cuenta de que el tiempo extra que he pasado en la ducha ha sido inútil, que no importa que me haya descargado en la ducha, no puedo estar satisfecho cuando tengo cerca a una mujer tan sexy.

¿Se da cuenta de su efecto sobre los hombres? ¿Se da cuenta de que puede tener a cualquiera a sus pies? En mi mente sucia, pienso en cuántas veces habrá sido honrada por tipos que no tenía ni idea de que existían. En mi mente perturbada, les enseño el dedo corazón a todos ellos, porque es conmigo con quien esta maravillosa chica va a cenar esta noche.

- Parece que te has precipitado: digo lo primero que se me pasa por la cabeza y luego me arrepiento.

Me asusta la forma en que llena mis pensamientos, la forma en que hace palpitar la polla de mis pantalones, a pesar de que la noche anterior me follé a tres chicas y me alivié antes de conocerla, pero sé que mi corazón está a salvo, que el muro que he construido a su alrededor tiene la firme estructura de los edificios que he diseñado.

Lia me desconcierta de otra manera, es sexual, despierta mi peor lado y, en ese momento, pienso en estrecharla entre mis brazos, tomar su boca, saborear su lengua, morder uno de los pezones de sus pechos resaltando contra la frágil tela de su vestido. Me pregunto en qué pensó cuando eligió las bragas que lleva ahora, voy más allá imaginando qué pensó cuando estaba en la ducha, si sus manos bajaron hasta su coño, qué aspecto tiene. ¿Cuántos días lleva sin sexo? ¿Quién fue el último hombre al que dejó en ridículo? ¿Por qué rompió con su novio?

Fantaseo con llevarla al asiento trasero, ponerme a cuatro patas y lamerle el culo, apretar su piel suave y cálida, imaginarla moviendo las caderas para tentarme aún más y entonces... estoy empalmado delante de ella y tengo que disimular, porque no puedo dejar que sepa lo que me gustaría hacerle.

No hay manera de que pueda hacer una propuesta así a alguien como Lia, pero tengo que hacerlo, y será esta noche.

LEIA AQUI!!



Redes sociais

Instagram: autorasilzafia